

EI RETORNO
de la GLORIA de DIOS

(LE RETOUR DE LA GLOIRE DE DIEU)

BAKHT SINGH

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
I. ANA	
–Instrumento para la oración–.....	5
II. SAMUEL	
–Instrumento para la palabra–.....	19
III. SÉPTUPLA PARTICIPACIÓN	35
IV. DAVID	
–Instrumento para la revelación–.....	49
V. SALOMÓN	
–Instrumento para la ejecución del proyecto de Dios–.....	64
VI. EL LUGAR CENTRAL DEL SEÑOR JESUCRISTO EN LA IGLESIA.....	76
VII. TESTIMONIO.....	89
VIII. LA VOLUNTAD DE DIOS.....	103
IX. YO HAGO COSA NUEVA.....	123
X. ANTES DE LA CENA DEL SEÑOR	
–Último mensaje–.....	131

INTRODUCCIÓN

En 1977, durante la primera santa convocación que tuvo lugar en Francia, el hermano Bakht Singh predicó los mensajes que contiene esta obrita.

Se han reproducido por escrito, guardando el estilo oral en que los dio el mensajero de Dios.

Quiera Dios que esta palabra, siempre actual, obre alcanzando el objetivo divino, a saber: la edificación de la Iglesia viva del Señor en muchos lugares.

"Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié." (Isaías 55:11).

El Editor.

A N A
-INSTRUMENTO PARA LA ORACIÓN-

"Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado, y orando, el cielo se abrió." (Lucas 3:21).

Leemos aquí que estando orando el Señor Jesús, el cielo se abrió.

El Señor no comenzó Su ministerio público con milagros ni sermones, sino orando. Le vemos orando en Su bautismo, pero entonces nadie le conocía, ni siquiera Juan el Bautista. *"Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo." (Juan 1:33)*

El Señor vino entre la multitud como un desconocido para ser bautizado. Estando Él orando, sucedieron tres cosas:

1. El cielo se abrió,
2. El Espíritu Santo descendió sobre Él,
3. La voz de Dios se oyó muy claramente.

En aquel preciso momento, el Señor Jesucristo reveló el gran propósito de Su venida al mundo:

- a) a fin de que el cielo se abriera para nosotros. Hasta entonces el cielo había quedado cerrado, pero cuando Él se puso a orar, el cielo se abrió, y estando orando, el Espíritu Santo descendió;
- b) a fin de que Su palabra se cumpliera poderosamente en nosotros y en medio nuestro;
- c) a fin de que pudiéramos oír, día tras día, la voz apacible y delicada de Dios.

¡Dios habla! *"Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Éste es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda." (Isaías 30:21).*

Las palabras: "dijo Dios" y "llamó Dios", se repiten constantemente en el primer capítulo del Génesis. Las hallamos quinientas cincuenta y ocho veces en los cinco primeros libros de la Biblia, y unas dos mil veces hasta el libro del profeta Malaquías. Dios habla y Él desea que le oigamos y le escuchemos cuando habla. El Señor vino para que oigamos la voz de Dios y nos demos todo a

Él. Por eso tenemos que aprender a orar. Creo que aprender a orar, conforme a la voluntad de Dios, es la necesidad más grande del pueblo de Dios, en nuestros días.

En 1.º de Samuel 1: 6,7 y 10, leemos: *"Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola porque Jehová no le había concedido tener hijos. Así hacía cada año; cuando subía a la casa de Jehová, la irritaba así; por lo cual Ana lloraba, y no comía." "...ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente."*

Esta mujer estaba angustiada y oraba muy seriamente. Con amargura e insistencia pedía al Señor: *"¡O Dios, dame un hijo! Quita mi vergüenza, quita mi esterilidad para que sea feliz."* A pesar de que oraba con lágrimas y con todo su corazón, Dios guardaba silencio. Es con un propósito divino, incomprensible entonces para ella, que había quedado estéril. Pero Ana no veía cuál era la intención de Dios en esta amargura que Él permitía en su vida, y Dios callaba. Nuestras oraciones pueden ser muy egoístas, muy egocéntricas. De hecho, ella decía: *"Señor, haz que yo sea feliz; ten piedad de mí, quita mi vergüenza, dame un hijo, mírame, ve mi aflicción, contesta a mi necesidad."* Toda su oración estaba centrada en sí misma, pues no había comprendido todavía que Dios tenía también una necesidad y aflicción; no veía que Dios quería introducirla en Su propia preocupación.

Respecto a esto observamos en la palabra de Dios que no se llama nunca a los ángeles colaboradores, compañeros de Dios. No hay un solo pasaje, del Génesis al Apocalipsis, indicando a los ángeles como colaboradores, compañeros o amigos de Dios. Veamos por ejemplo en el Salmo 103: 20: *"¡Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fuerza, que ejecutáis sus mandatos escuchando la voz de su palabra!" (V.M.).* Ángeles poderosos ejecutan las órdenes, los mandatos de Dios. Ellos escuchan la voz de Su palabra. El evangelio según San Lucas 24: 4, nos habla de ángeles con vestiduras resplandecientes, y en el libro del Apocalipsis 5: 11, leemos: *"Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones."*

Hay muchos ángeles, poderosos, gloriosos y resplandecientes que siempre están haciendo lo que agrada a Dios: Su voluntad. Pero

no les es dado el privilegio de ser colaboradores, compañeros de Dios. "Pues ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?" (Hebreos 1:13,14). Los ángeles son espíritus ministradores, mientras que nosotros, creyentes, tenemos el privilegio y el honor de ser llamados colaboradores, compañeros de Dios (véase 1.ª Corintios 3: 9; 2.ª Corintios 6: 1).

Cuando Ana se ponía a orar, preocupada principalmente por su propia necesidad, no se daba cuenta, en esos momentos, de que Dios quería hacer de ella una colaboradora que sería un reproche para el sacerdote Elí. El pecado había invadido el pueblo de Dios en aquella época y, Elí, aunque era sumo sacerdote, se había vuelto muy negligente y ligero. Vea cómo sus propios hijos practicaban el pecado en la casa de Dios, pero no tenía valor para reprenderles con severidad. Si Dios lo hubiera querido, habría enviado ángeles para reprobar a Elí. Éste se merecía el reproche de Dios a causa de su negligencia, pero Dios esperó hasta conseguir un instrumento humano en la persona de Samuel, al que confió esta misión. Para obtener Samuel, le hizo falta Ana.

Al cabo de muchos años de oración, notamos el cambio que se operó en la petición de Ana: "E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza." (1.º de Samuel 1:11). Dios contestó a esta súplica, porque su oración había cambiado.

Después de mucha amargura, sufrimiento y aflicción, Ana descubre que Dios quiere hacer de ella Su colaboradora. Ahora dice: —Señor, si me concedes un hijo, te lo dedicaré todos los días de su vida. Samuel —igual que Ana—, fue un compañero de Dios. Luego, el rey David fue introducido por Samuel, y Salomón por medio de David. Durante el reinado de Salomón, la gloria de Dios descendió a la tierra. Vemos así el importante ministerio que Ana ejerció.

En 1.º de Samuel 4: 21,22, leemos que la gloria se fue. "Y llamó al niño Icabod, diciendo: ¡Traspasseda es la gloria de Israel! por haber sido tomada el arca de Dios, y por la muerte de su suegro y de

su marido. Dijo, pues: Traspasseda es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios." Fue el día más triste, el más oscuro y terrible para el pueblo de Dios. "Traspasseda es la gloria", es el significado en hebreo de la palabra "Icabod". Pero en 2.º de Crónicas 7: 1, leemos que la gloria llenó la casa de Dios: "Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas, y la gloria de Jehová llenó la casa." Éste fue el día más feliz para la nación. Entre estos dos acontecimientos transcurrieron 140 años. La gloria se había marchado, la gloria volvió. Vemos, pues, que Dios utilizó a cuatro personas para hacer volver esta gloria. Por medio de Ana aprendemos cómo orar; por Samuel cómo ser la boca de Dios, los profetas de Dios; por David, cómo recibir la revelación del plan celestial, del propósito de Dios. Finalmente, por Salomón aprendemos cómo gozar de la paz celestial y mantenerla siempre presente. Más adelante lo examinaremos en detalle. Ahora nos limitaremos a ocuparnos de Ana.

Aprender a orar, lo digo con toda humildad, es hoy día la necesidad más grande del pueblo de Dios. Podemos cantar bien, dar mucho dinero para la obra de Dios, predicar maravillosamente, pero son muy pocos los que saben orar en colaboración con Dios. Por eso vemos con frecuencia vidas infructuosas en los cristianos. Se hace mucho en el Nombre del Señor Jesucristo: predicación, enseñanza, hay institutos y escuelas bíblicas por todo el mundo, se pueden obtener toda clase de libros, periódicos y revistas, se organizan muchas campañas, pero muy pocos creyentes saben orar en relación con la voluntad de Dios. Su palabra nos dice: "Y ésta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye." (1.ª Juan 5: 14). Notemos bien estas palabras: "Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye." Al principio, Ana no sabía cuál era la voluntad de Dios. Muy preocupada por su propia necesidad, todas sus lágrimas y oraciones giraban en torno a ella. Pero vemos en el versículo 11, que se hace colaboradora de Dios y ora de distinta manera. Se da cuenta de que el Dios grande y poderoso tiene también una necesidad. ¿No es esto un misterio?

Él es el Dios Todopoderoso, infinitamente grande. Su grandeza es insondable. Su palabra dice que los cielos de los cielos no lo pueden contener. Sin embargo, Él te desea a ti y a mí para que seamos Sus

colaboradores para siempre. Ser colaboradores y colaboradoras de Dios, es un honor muy grande. El Señor puede entonces llevar a cabo Su gran propósito en nosotros, y a través de nosotros.

Al fin, Ana descubre que al hacer de ella Su colaboradora, Dios la había elevado a un rango privilegiado. Observemos su manera de orar: *"Y Ana oró y dijo: Mi corazón se regocija en Jehová, mi poder se exalta en Jehová; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salvación... Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo." (1.º de Samuel 2:1 y 8).* ¡A qué gran altura nos eleva Dios! En los cielos seremos un día nombrados para ocupar una posición superior a la de los ángeles, porque a los ojos de Dios un solo creyente tiene más valor que todos los ángeles. Para salvar a un solo pecador, el Señor Jesús se tuvo que despojar completamente a sí mismo.

La Biblia dice acerca del Señor Jesucristo: *"Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;" (Colosenses 1: 16 y 17).* *"Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca." (Sal. 33: 6).* Por una palabra del Señor Jesucristo fueron creados todos los cielos, todo el universo. Y todo ello de la nada. Dios dice que así fue. Sólo por la palabra del Señor Jesucristo existen y se mantienen todos los cielos y todas las cosas.

"el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." (Hebreos 1: 3). Notemos la expresión: "Quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder".

"Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura." (Hebreos 1:10,11). Los cielos fueron creados por una palabra del Señor Jesucristo. Él es el Alfa y la

Omega, el Principio y el Fin. Todas las cosas fueron creadas por Él, y el universo entero se sostiene por Su palabra poderosa. Y, por una de Sus palabras, los cielos desaparecerán. ¿Podemos imaginarnos qué poder usó el Señor Jesucristo al crear todos los cielos por una palabra, los que asimismo desaparecerán por una de Sus palabras? Él dijo: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." (Mt. 24: 35).*

Considere ahora que este poder del Señor Jesucristo se manifestó para salvarnos a ti y a mí. *"Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." (2.º Corintios 8:9).* Para ser nuestro Salvador, se tuvo que despojar a sí mismo, y hacerse pobre. Él tuvo que dejar Su trono y Su gloria para nacer en un pesebre, que servía para alimentar las bestias en el establo. Vivió pobremente. Él mismo dijo: *"Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza." (Lucas 9:58).* Y cuando se cumplió el tiempo, se entregó completamente. Todo Su cuerpo fue quebrantado, y Su sangre derramada. Le cubrieron el rostro de esputos, le arrancaron el cabello y flagelaron Su cuerpo con azotes. Le horadaron los pies y las manos, y cuando lo crucificaron, todas sus coyunturas, podríamos decir, se desarticularon.

Su cuerpo entero fue quebrantado para podernos salvar. Piense que todo el universo fue creado por una de Sus palabras; sin embargo, para ser nuestro Salvador, se tuvo que despojar a sí mismo. Se humilló, y se hizo pobre para enriquecernos y llenarnos de Su plenitud. Es la razón por la que un creyente tiene más valor a los ojos de Dios que todos los ángeles, y por la que Él desea también que seamos Sus colaboradores. Debemos aprender a orar, con un pleno conocimiento de la voluntad de Dios, para ser Sus colaboradores, y no dar vueltas alrededor de nuestras propias necesidades.

Después de mucho sufrimiento, desamparo y pérdidas, Job aprendió a ser un colaborador de Dios cuando se puso a orar por los otros: *"Y aconteció que después que habló Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros*

afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job.

Fueron, pues, Elifaz temanita, Bildad suhita y Zofar naamatita, e hicieron como Jehová les dijo; y Jehová aceptó la oración de Job. Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job." (Job: 42: 7- 10).

A los amigos de Job, Dios dijo: —Id a Job y pedidle que interceda en vuestro favor. Esos amigos no habían hecho más que acusar a Job, cuando éste se hallaba en una tremenda necesidad; lo había perdido todo en un mismo día. Murieron todos sus hijos, sus casas fueron destruidas, le robaron sus bienes y sus rebaños. Su cuerpo fue herido, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza de una sarna maligna, y su mujer se volvió contra él. En esos momentos era muy grande su angustia. Pero cuando se puso a orar, no dijo: —Señor, considera mi aflicción, vé mi amargura y mi miseria; lo he perdido todo, ya no tengo nada. Señor ten compasión de mí. No, no es así que oró, sino que dijo: —Señor, perdona a mis amigos, ten piedad de ellos. Y mientras estaba ocupado en orar a favor de sus amigos, Dios quitó la aflicción de Job. A través de todas sus aflicciones, Job aprendió a ser un colaborador y compañero de Dios. Llegar a ser colaboradores, compañeros y amigos de Dios, es el mayor honor que se nos puede conceder. Después de las aflicciones, aprendemos por la palabra de Dios cómo llegar a ser Sus colaboradores.

Todos tenemos que reprocharnos el haber acertado nuestro tiempo de oración ante el Señor. Pensamos que estamos demasiado ocupados, demasiado cargados de trabajo para ponernos a orar. Nos ocupamos en muchas cosas y a pesar de estar muy activos, nuestras vidas no dan fruto. Sin embargo, es llevando mucho fruto que glorificamos al Señor: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos." (Juan 15: 8). Pero en muchos casos no vemos este fruto abundante. Aunque somos creyentes, no hemos aprendido todavía a orar como debe hacerlo un colaborador de Dios. Según vemos en la palabra de Dios, toda la vida del Señor Jesucristo fue una vida de oración. Leemos que estando Él orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre Él. Hay tres pruebas importantes que son los criterios de una vida de oración abundante:

- el cielo abierto,
- el poder del Espíritu Santo desciende,
- se oye la voz de Dios.

Es así que en toda circunstancia y para cada necesidad, el Señor Jesucristo llevaba Su vida de oración. También nosotros podemos aprender a orar de ese modo.

"Pero su fama se extendía más y más, y se reunía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades. Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba." (Lucas 5:15,16). Grandes multitudes acudían, pues Él había dicho: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11: 28). Habiendo oído Su invitación, mucha gente venía para oírle y para que les sanase. Nuestro Señor ama a todo el mundo. Él no echa fuera a nadie, bendice a todos, ninguna persona se marcha de vacío. Él dice: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no le echo fuera." (Juan 6:37). Él los había invitado, ellos venían; sin embargo se retiraba a un lugar tranquilo y desierto para orar, y cuando volvía, el poder de Dios se manifestaba abundantemente. "Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar." (Lucas.5: 17)

Nadie puede estar más ocupado o tener más trabajo que el Señor Jesús. Tenemos que sacrificar ciertas actividades para consagrar más tiempo a la oración. Cuando oremos para saber cuál es la voluntad de Dios, cuál es Su pensamiento, Su propósito, entonces veremos el poder de Dios.

En el evangelio de Lucas 6: 12, leemos que: "En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios." (Lucas 6: 12). Aquí, el Señor Jesús ora con dos objetivos. En el versículo 9 de este capítulo 6 de Lucas, leemos que el Señor Jesús pregunta: "¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla?" Veamos ahora el versículo 10: "Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él lo hizo así, y su mano fue restaurada." En seguida leemos: "Y ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús." (v.11).

Los judíos no agradecieron al Señor Jesús que sanase a un hombre el sábado, sino que se llenaron de furor y premeditaron hacerle mal. Vemos lo endurecidos que estaban. A causa del endurecimiento de los corazones, el Señor Jesús tuvo que orar toda la noche. El pecado endurece. No son las señales o los milagros poderosos que ablandarán y abrirán los corazones endurecidos; es la oración perseverante, la que persiste durante toda una noche. Pero, en muchos casos, los cristianos no son capaces de orar más de diez minutos. Pueden cantar dos, tres, cuatro y cinco horas seguidas, predicar durante horas gesticulando con las manos, dar mucho dinero para la obra de Dios, tomar parte en muchas actividades y campañas, pero orar de rodillas durante diez minutos con un corazón sobrecargado, lo encuentran difícil. No agonizamos en oración; nuestro corazón no trabaja en la oración por los que perecen; y por eso nuestra predicación es vana y la gente se endurece cada vez más. Dependemos de nuestros dones, de nuestros talentos, de nuestra inteligencia, de nuestra propia sabiduría, y por esta razón el efecto de nuestra predicación es muy pobre y débil.

A continuación leemos: "Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles; a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor." (Lucas 6: 13-16). El Señor llamó primero a esos hombres para que le siguieran. Ellos le dejaron todo para ser Sus discípulos. Pero antes de ser apóstoles, el Señor Jesucristo tuvo que orar por ellos toda la noche (véase Lucas 6: 12). No fueron apóstoles porque estaban con Él desde hacía algún tiempo y habían oído Sus sermones, ni porque le vieron hacer muchos milagros. Los discípulos fueron preparados para ser los enviados de Señor, gracias a toda esa noche que Él pasó orando por ellos.

En nuestros días, dependemos de los institutos y escuelas bíblicas para formar a los servidores de Dios. Hay grandes institutos bíblicos tanto en los Estados Unidos como en el Canadá, pero los institutos bíblicos nunca podrán hacer un solo siervo de Dios. Pueden formar predicadores, doctores en teología que enseñen, pero no verdaderos siervos de Dios, de los que conocen el poder, el pensamiento y el plan de Dios.

El Señor forma a Sus siervos por medio de la oración. Él tuvo que orar una noche entera por sus discípulos antes que pudiesen ser sus apóstoles. Esto nos enseña que debemos aprender a orar con perseverancia, a orar en la victoria y con una carga de corazón. Miren cómo el apóstol Pablo pedía la oración. Nunca pidió otra ayuda: "Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada; para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros." (Romanos 15: 30-32).

En este pasaje, observamos que Pablo dirige un apremiante llamamiento a los cristianos para que oren. Pablo pasó con gozo por muchas pruebas, dificultades y sufrimientos de toda clase. Pero fíjense cómo pide la oración de los creyentes: "Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo," Es un llamamiento urgente, como el de un hombre a punto de ahogarse que grita: —¡Oh, tened piedad de mí, venid a mi socorro! Pablo era un hombre de Dios, lleno del Espíritu Santo, pero dice: —Os suplico, os imploro, orad por mí. Pero, hoy día, los servidores de Dios apenas dependen de la oración de los cristianos para ejercer su ministerio.

Por el evangelio de Lucas 9:18, sabemos que después de haber orado, el Señor hace dos preguntas a Sus discípulos: "Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado. Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy?" Leamos lo que sigue, en Mateo 16: 16,17: "Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos." —Simón, he orado por ti para que la luz de Dios penetre en ti, te revele y te haga ver quién soy Yo en realidad. No es porque ves mis milagros y oyes mis sermones que sabes quién soy. Mi Padre te lo reveló porque Yo he orado por ti.

No se puede ver la verdadera grandeza del Señor Jesús por los milagros que realizó, o por los sermones que predicó. Él es nuestro Creador, el Rey de reyes, y Señor de señores. (Véase Apocalipsis 17:

14; 19: 16; y 1 Timoteo 6: 15). ¡Él es tan grande! Sin embargo, jamás podremos ver Su grandeza porque simplemente escuchemos sermones. A no ser que la luz de Dios resplandezca en nosotros, no veremos quién es Él. Tenemos que orar constantemente: "Oh, Dios, abre los ojos de los ciegos para que puedan ver Tu grandeza, Tu magnificencia, Tu majestad, Tu gloria". De otro modo, no veremos Su gloria.

"También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar." (Lucas 18:1). Es nuestro Señor quien lo dice. Los creyentes deberíamos orar siempre sin desanimarnos. Si no oramos sin cesar, seremos vencidos. Hemos de orar por todas las cosas durante nuestra vida. El apóstol Pablo dice en Efesios 6: 18-20: *"Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuesto el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuesto hable de él, como debo hablar."* El apóstol Pablo no se confiaba en su ministerio o en las experiencias pasadas, ni en las bendiciones recibidas, sino que dependía de todas las oraciones de los santos; contaba con las oraciones perseverantes, victoriosas y continuas de los creyentes. Oremos hasta que el cielo se abra y descienda el poder de Dios, sino seguiremos siendo estériles.

"Dijo también el Señor; Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos." (Lucas 22: 31,32). ¡Qué solemnes palabras! El Señor dijo: —Simón, Simón, mi apóstol, el diablo te ha pedido para zarandearte como a trigo, pero acuérdate de que yo mismo he orado por ti que tu fe no falte. ¿No fue Simón lleno del Espíritu Santo? Dios llevó a cabo muchos milagros por medio de su ministerio. Pedro se daba cuenta de que el Señor obraba poderosamente a través de él. Era el apóstol más intrépido del Señor Jesucristo; no obstante, el Señor le dice: —Simón, el diablo te va a zarandear, y no es confiándote en tus milagros y señales, en tu poder o ministerio que podrás resistir, mas porque yo he rogado por ti que tu fe no falte. Por la oración persistente, victoriosa y agonizante veremos la bendición y el poder de Dios continuamente.

Hoy en día, muchos hogares y muchas vidas están siendo atacadas y asediadas por el diablo. Vemos barreras alzarse entre los creyentes de una misma familia. El pecado ha entrado en los hogares cristianos. Vidas y hogares están siendo arruinados a causa del pecado. Los niños son rebeldes e insumisos. Esos problemas no se resolverán predicando sermones solamente, sino por la oración. El Señor mismo nos lo dice: *"...pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos."* (Lucas: 22: 32). Debemos por lo tanto orar los unos por los otros. Yo necesito sus oraciones y ustedes las mías.

"Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación." (Lucas 22: 46). Es una advertencia del Señor. Caeremos, si no nos dedicamos con firmeza y bastante tiempo a la oración perseverante, victoriosa y agonizante; fracasaremos, a pesar de todo nuestro conocimiento y actividad. Por eso, desde el comienzo ya de nuestra santa convocación, creo que el Señor nos quiere enseñar, y nos está exhortando ahora a que aprendamos a orar. Él quiere derramar sobre nosotros espíritu de oración, de súplica y de intercesión, según Su voluntad. De esa manera, lo que oiremos de Su palabra será de alguna utilidad para nosotros. Que el Señor nos guarde en espíritu de gracia y de suplicación, durante todos estos días que estaremos reunidos. Entonces, lo que vamos a oír, lo que veremos, nos será muy provechoso.

La oración fue el arma de los primeros creyentes. Con ella salieron los apóstoles al ministerio como vencedores. *"Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera."*

Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuesto hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano

para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios." (Hch. 4: 23-31).

"Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba." (Hechos 6: 10).

"Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia." (Hechos 13: 49).

"Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día." (Hechos 16:5).

Amenazas, oposición, persecución. Hay tres grandes poderes en el mundo. Todos ellos combatieron contra los discípulos y la Iglesia. El primero es el poder de la religión. En aquel entonces, los judíos estaban muy orgullosos de su religión. Tenían su templo y sus sacrificios, pero todo acompañado de incredulidad. Fueron los adversarios más grandes del evangelio. En esa época, el imperio romano dominaba en el mundo, y todos los romanos se opusieron al evangelio. En cuanto al pueblo griego, estaba muy orgulloso de su conocimiento y sabiduría. Todos esos poderes —romano, griego y judío—, eran contrarios al evangelio. Sin embargo, fueron vencidos. ¿Cómo? Por la oración.

"Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo. Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían." (Hechos 16: 23-25). Aquí tenemos una reunión de oración a medianoche. Los apóstoles habían sido azotados, y sus ropas desgarradas. Sin embargo, a medianoche, oraban. Oraban y seguían orando. Súbitamente, un gran terremoto sacudió todo ese lugar, cuyas consecuencias alcanzaron a toda Europa, y ello, por la oración. "Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron." (Hch. 16: 26).

"Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor." (Hechos 19:20). La oración era la única arma que poseían los

creyentes para asegurar el poder de Dios. Perseveraron en ella hasta que el cielo se abrió, que el poder de Dios se manifestó, y que Dios habló:

"Habla entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado." (Hechos 13: 1 y 2). Ellos oraban, y Dios habló, diciendo: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado."

Por este medio, sólo por Su voz, Dios envió el mensaje a toda Europa. Ellos sabían cómo orar. Aprender a orar es hoy en día la gran necesidad. Orar de continuo, individual y corporativamente por cada cosa; orar con fe y, como colaboradores de Dios, orar conociendo el pensamiento de Dios. Orar hasta que el cielo se abra, hasta que el enemigo sea derrotado, hasta que veamos las montañas derretirse ante Dios. Orando de esta manera, aprendemos a cooperar con Dios, a ser Sus colaboradores por la eternidad.

El Señor comenzó Su ministerio con la oración, y asimismo el apóstol Pablo. "Y el Señor le dijo (a Ananías): Levántate, y vé a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora," (Hechos 9: 11). Ananías no se había encontrado nunca con Saulo. Pero el Señor se le apareció para enviarle. Cuando entró en la casa donde estaba Saulo —ahora Pablo—, no encontró a mucha gente. En ese preciso momento, vio sólo a un hombre orando, y éste era Pablo. Ananías no tuvo que preguntarle: —¿Quién eres? pues el Señor le había dicho: —Vé y hallarás a un hombre orando; ése es Saulo. El Señor no le dijo: —Verás a un hombre alto o bajo, o esto o aquello. Nada de eso, sino: —Hallarás a un hombre orando, ése es Saulo. Pablo empezó su ministerio orando, y continuó suplicando que rogasen por él. Dependía de la oración de los otros. Él mismo vivía una vida de oración. Sabía orar.

Ésta es nuestra carga. Que el Señor nos enseñe en estos días cómo orar. Entonces, todo el glorioso propósito que Dios tiene para nosotros, nos será luego revelado. Quienquiera que sea usted, dondequiera esté, arrodílese y ore.

S A M U E L
- INSTRUMENTO PARA LA PALABRA -

"Dijo, pues: Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios." (1.º de Samuel 4:22).

"Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa." (2.º de Crónicas 7:1).

Estos dos versículos atrajeron nuestra atención ayer tarde y se dijo que, entre estos dos eventos, pasaron unos ciento cuarenta años. En el primer caso, la Escritura nos refiere la partida de la gloria; día triste, el más desdichado para el pueblo. En el segundo: el retorno de esta gloria; el día más feliz.

Si estudiamos atentamente estos dos libros: Samuel y Crónicas, nos daremos cuenta de que la situación, en esa época, corresponde a la que vivimos actualmente. Por eso, estas porciones de las Escrituras nos son muy útiles.

Para traer de nuevo esta gloria, Dios se sirvió de cuatro personas: Ana, Samuel, David y Salomón. Recuerden bien estos nombres, porque representan cuatro grandes principios divinos, según los cuales Dios actuaba, a fin de volver a traer la gloria en Israel. Todo lo que Dios da o hace, lo será de acuerdo con estos principios divinos. Él exige que sean respetados para que Su propósito se realice.

Aquí aprendemos cómo Dios actúa para hacernos Sus colaboradores, compañeros y participantes en Su obra. Es la primera gran lección. Él no sólo quiere perdonar nuestros pecados, Él también quiere hacernos Sus compañeros, Sus colaboradores, Sus amigos ligados a Su obra. La mayoría de la gente se imagina que la salvación es recibir el perdón de los pecados, vivir después más o menos bien, y más tarde tener un lugar en el cielo. Pero esto no es más que una ínfima parte de la gran salvación; porque tenemos una salvación muy grande: *"¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?" (Hebreos 2:3).* Es una gran salvación. Nos hará falta toda la eternidad para descubrir su verdadera grandeza.

Hemos visto que en ningún lugar de la Biblia se llama a los ángeles colaboradores de Dios, a pesar de ser poderosos, resplandecientes y muy numerosos (véase Salmo 103:20, Lucas 24:4 y Apocalipsis 5:11). Para la satisfacción de Dios, todos obedecen a Su palabra, a Su voz. Para anunciar el nacimiento del Señor Jesucristo, y también en Su resurrección, Dios envió ángeles, pero no se les llama colaboradores de Dios; siguen siendo espíritus ministradores (véase Hebreos 1:13,14). Tampoco han sido destinados a recibir autoridad y dominio en la nueva creación: *"Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero" (Hebreos 2:5).* Esta nueva creación va a expresar la plenitud de la gloria de Dios; estará libre de la contaminación del pecado; no habrá en ella ni muerte, ni dolor, ni pena, ni pecado, ni sufrimiento: *"Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron." (Apocalipsis 21: 3 y 4).* Es una nueva creación, ya que todo será nuevo y por la eternidad: *"Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas." (Apocalipsis 21:5).*

Los ángeles, pues, no gobernarán esta nueva creación gloriosa y magnífica que mostrará la gloria de Dios. Es la palabra de Dios que lo dice. El privilegio de gobernar esta nueva creación se concederá a los redimidos por la sangre preciosa de Cristo: *"y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra." (Apocalipsis 5: 9 y 10).* Todos los redimidos por la sangre preciosa del Señor Jesús, de toda raza, tribu y lengua, pueden desde ahora tener esta esperanza. Esto significa que el Señor quiere que un día ocupemos el lugar más elevado del universo, un lugar superior al de los ángeles. Por esta razón Él nos da el título de colaboradores, de obreros con Dios (véase 1.ª Corintios 3:9; y 2.ª Corintios 6:1).

Es un misterio. No se puede comprender ni sondear por la sabiduría o la ciencia natural o terrenal del hombre. Por fe aceptamos

simplemente lo que dice la palabra de Dios. Jamás salió de los labios del Señor Jesús una sola palabra vana. Su palabra es sí, sí, y no, no. "Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado." (Mateo 12: 36 y 37). "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." (Mateo 24: 35).

Nuestro Señor quiere que un día ocupemos en el cielo la posición suprema, la más elevada. En cuanto a los ángeles, serán siempre espíritus servidores en esta nueva creación. Los ángeles fueron creados, mientras que los creyentes han sido además rescatados a gran precio: con la preciosa sangre del Señor Jesucristo. Para ser nuestro Salvador, el Señor Jesús tuvo que dar todo lo que tenía. La palabra de Dios nos dice que Él se hizo pobre para enriquecernos. Se despojó a sí mismo para darnos Su plenitud. Es con miras a un gran ministerio en la eternidad que nos está ya preparando aquí. Ahora vamos a ver cómo ser efectivamente los compañeros y colaboradores de Dios que harán volver Su gloria. Examinemos, para empezar, el estado del pueblo de Dios en los días de Ana y Samuel:

"Y era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, trayendo en su mano un garfio de tres dientes, y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. Asimismo, antes de quemar la grosura, venía el criado del sacerdote, y decía al que sacrificaba: Da carne que asar para el sacerdote; porque no tomará de ti carne cocida, sino cruda. Y si el hombre le respondía: Quemar la grosura primero, y después toma tanto como quieras; él respondía: No, sino dámela ahora mismo; de otra manera yo la tomaré por la fuerza. Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová.

Y el joven Samuel ministraba en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino. Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio acostumbrado. Y Elí bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo: Jehová te dé hijos de esta mujer en lugar del que pidió a

Jehová. Y se volvieron a su casa. Y visitó Jehová a Ana, y ella concibió y dio a luz tres hijos y dos hijas. Y el joven Samuel crecía delante de Jehová.

Pero Elí era muy viejo; y oía de todo lo que sus hijos hacían con todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión. Y les dijo: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo; pues hacéis pecar al pueblo de Jehová. Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él? Pero ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir." (1.º de Samuel 2:13-25).

Tales eran las condiciones en aquella época. El pecado se había introducido en la casa de Dios. Los hijos de Elí robaban tomando para sí de los sacrificios que el pueblo ofrecía a Dios.

Dios había instituido siete fiestas que el pueblo debía celebrar (véase Levítico 23). Estas fiestas anunciaban los grandes acontecimientos que ocurrirían en la historia espiritual del pueblo.

- 1) La fiesta de la pascua anunciaba la muerte y resurrección del Señor Jesucristo.
- 2) La fiesta de los panes sin levadura nos muestra el deseo de Dios: que seamos librados completamente de la vieja naturaleza.
- 3) La fiesta de las primicias: Dios quiere hacernos entrar en la experiencia del poder de la resurrección que gobernará la nueva creación.
- 4) La fiesta de pentecostés: todas las naciones habían de ser unificadas.
- 5) La fiesta de las trompetas: la buena nueva sería proclamada a todos los pueblos. Durante siete días, los israelitas debían sonar las trompetas cada día, mostrando así que Dios iba a enviar un día a Sus siervos para anunciar la buena nueva a los pecadores.
- 6) La fiesta de expiación: los judíos debían manifestar su arrepentimiento a Dios.
- 7) La fiesta de los tabernáculos anunciaba el reino milenar del Señor Jesucristo en la tierra.

Los creyentes devotos venían a la casa de Dios, por lo menos tres veces al año, para celebrar esas fiestas. Muchos traían los animales con ellos.

Cinco clases de sacrificios se ofrecían a Dios:

- el holocausto,
- las ofrendas de flor de harina y de primicias,
- el sacrificio de paz,
- el sacrificio por el pecado,
- el sacrificio de expiación.

Todos estos sacrificios nos hablan del sacrificio completo y único del Señor Jesucristo. Los israelitas traían sus sacrificios a la puerta del tabernáculo, pero ellos no podían entrar en el interior. Los levitas, es decir, los sacerdotes eran los que tenían el privilegio de ofrecer a Dios esos sacrificios en favor del pueblo. Y vemos aquí los criados de los hijos de Elí, que iban de acá para allá con garfios de tres dientes. (véase 1.º de Samuel 2:13-16).

¡Qué iniquidad, qué pecado, qué falta de honradez en la casa de Dios! Los servidores, los sacerdotes de Dios tenían por costumbre robar usando la violencia, y cometían además otros pecados aborrecibles y execrables en la casa de Dios. Por eso se llamó Icabod, al niño que dio a luz la mujer del sacerdote.

Los israelitas piadosos venían a menudo de muy lejos para traer a Dios sus sacrificios. Luego los sacerdotes los ofrecían sobre el altar de Dios, en favor de ellos. Lo que después quedaba de esos sacrificios, estaba a la disposición de los sacerdotes para sus propias necesidades. Pero esos sacerdotes –los hijos de Elí–, exigían primero los mejores trozos para ellos. Su pecado era muy grande delante de Dios. Sus criados iban y venían en el templo con unos garfios de tres dientes para llevarse los pedazos de carne. Su deber era, en primer lugar, ofrecer a Dios, pero le robaban apropiándose por la fuerza de lo que el pueblo le ofrecía. Por esta razón se practicaba toda clase de pecado abominable en la casa de Dios. La palabra de Dios escaseaba en aquellos días; no había visión de parte de Dios, no había mensaje del cielo. Las tinieblas invadieron la casa de Dios: *"El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí, y la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia."* (1.º de

Samuel 3:1). "Pero Elí era muy viejo; y oía de todo lo que sus hijos hacían con todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión." (1.º de Samuel 2:22).

Hoy día hallamos este mismo estado de cosas en muchos lugares que llevan el nombre del Señor Jesucristo. Vemos por fuera grandes y magníficos edificios, todo parece perfecto y en orden. En el interior tenemos órganos, alfombras y mobiliario de calidad. Pero en muchos sitios se puede decir que no hay sino rapiña y falta de honradez. Los que deberían dar a Dios lo que le corresponde, sirviéndole a Él ante todo, se mueven en los lugares de culto trayendo en sus manos – como quien dice–, un garfio de tres dientes. Esos dientes nos hablan de:

- el amor al poder,
- el amor al dinero,
- el amor a la fama.

Así, en muchos países, esos servidores de Dios roban literalmente a Dios lo que le pertenece. En vez de servir al pueblo de Dios con amor y humildad, ejercen sobre ellos la autoridad, el dominio y el poder. Actúan como gobernadores, pero no los sirven en realidad. Nuestro Señor nos enseñó que, como servidores de Dios, debemos aprender a lavar los pies de Sus hijos.

El segundo diente es el amor al dinero. No están nunca satisfechos. Para tener más, se recurre a la publicidad o a otros medios. Se sirve a Dios sobre todo por el dinero. Son servidores del dinero.

El tercero es el amor a la fama. Se empleará cualquier procedimiento para aumentar el auditorio, y gozar de más fama, popularidad y renombre.

Hay pecados abominables en muchas congregaciones o asambleas en todo el mundo, y, en muchas reuniones, se puede ver muy bien que la gloria se ha ido: "Icabod". La palabra de Dios escasea. Los creyentes oyen sólo historias bonitas y hasta chascarrillos para entretenerles. Entran en la casa de Dios con hambre, y salen con hambre. Los predicadores dependen de toda clase de libros para preparar sus sermones; pocos se sirven en verdad de la Biblia. De ese modo adquieren dinero y poder. Por eso hallamos el pecado y la esterilidad en la casa de Dios.

Pero Dios es tan misericordioso que anhela traer de nuevo esta gloria. Es la razón por la que Él utilizó estas cuatro personas: Ana, Samuel, David y Salomón. Dios desea que usted y yo seamos efectivamente Sus colaboradores y compañeros que trabajen con Él para el retorno de Su gloria.

En muchos lugares se ora por un despertar. Con eso se reconoce que algo no está bien. Oran para que Dios les visite, pero Dios guarda silencio. No confundan, por favor, un verdadero despertar, con las grandes campañas que tienen lugar en todas partes. Esas grandes campañas no traerán nunca la gloria de Dios. Ellas serán de bendición muy pasajera. En esas ocasiones, puede que mucha gente se entusiasme, pero será por poco tiempo; pronto regresan al mundo.

De 1936 a 1941, tuvimos un despertamiento en la India. Habíamos orado noches enteras, pidiendo a Dios que enviara un despertar. Nunca utilizamos métodos humanos para atraer a la gente; vinieron gracias a la oración. Varias veces vimos descender fuego de Dios en las reuniones. Millares de personas nacieron de nuevo en esas campañas; fueron regeneradas con lágrimas, con arrepentimiento profundo; todas las cosas ponían en regla ante Dios y los hombres. Sin embargo, unos meses después, muchas de esas personas —realmente nacidas de nuevo— retrocedían. Durante esos cinco años, vimos esta clase de despertar en setenta lugares. Era porque no habían sido traídas sobre una base sólida. Por eso esas campañas de evangelización no podrán nunca volver a traer la gloria.

Cuando la presencia de Dios llene la casa de Dios, entonces volverá la gloria de Dios y se oirá la voz de Dios. *"Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él."* (Números 7: 89). Al acabarse la obra del tabernáculo, la gloria de Dios descendió y se oyó la voz de Dios de encima del propiciatorio, entre los dos querubines. Pero noten bien lo que se cumplió antes de que la gloria bajara y se oyera la voz de Dios:

"Así, en el día primero del primer mes, en el segundo año, el tabernáculo fue erigido. Moisés hizo levantar el tabernáculo, y asentó sus basas, y colocó sus tablas, y puso sus barras, e hizo alzar sus columnas. Levantó la tienda sobre el tabernáculo, y puso la

sobrecubierta encima del mismo, como Jehová había mandado a Moisés.

Y tomó el testimonio y lo puso dentro del arca, y colocó las varas en el arca, y encima el propiciatorio sobre el arca. Luego metió el arca en el tabernáculo, y puso el velo extendido, y ocultó el arca del testimonio, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso la mesa en el tabernáculo de reunión, al lado norte de la cortina, fuera del velo, y sobre ella puso por orden los panes delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso el candelero en el tabernáculo de reunión, enfrente de la mesa, al lado sur de la cortina, y encendió las lámparas delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso también el altar de oro en el tabernáculo de reunión, delante del velo, y quemó sobre él incienso aromático, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso asimismo la cortina a la entrada del tabernáculo. Y colocó el altar del holocausto a la entrada del tabernáculo, del tabernáculo de reunión, y sacrificó sobre él holocausto y ofrenda, como Jehová había mandado a Moisés.

Y puso la fuente entre el tabernáculo de reunión y el altar, y puso en ella agua para lavar. Y Moisés y Aarón y sus hijos lavaban en ella sus manos y sus pies. Cuando entraban en el tabernáculo de reunión, y cuando se acercaban al altar, se lavaban, como Jehová había mandado a Moisés.

Finalmente erigió el atrio alrededor del tabernáculo y del altar, y puso la cortina a la entrada del atrio. Así acabó Moisés la obra. Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba.

Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba. Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre

él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas" (Exodo 40:17-38).

En este corto pasaje, se repite siete veces la expresión: "como Jehová había mandado a Moisés". Para cada detalle se especifica: "como Jehová había mandado a Moisés". Toda la construcción del tabernáculo se ejecutó escrupulosamente, según Dios lo había revelado. Ni Moisés, ni nadie se habría atrevido a cambiar nada. Por esa razón se repite siete veces: "como Dios lo había mandado a Moisés", y es sólo después que leemos: "Y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo".

La nube estaba sobre el tabernáculo. Ella debía dirigirlos. Esta nube podía quedar sobre el tabernáculo un día, una semana, un mes o varios meses. Pero cuando se alzaba, ya por la mañana, ya por la noche, estuviesen comiendo o durmiendo, era para ellos la orden de ponerse en marcha:

"Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban; todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, permanecían acampados. Cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová, y no partían. Y cuando la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Y cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, o cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían. O si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo permaneciendo sobre él, los hijos de Israel seguían acampados, y no se movían; mas cuando ella se alzaba, ellos partían. Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como Jehová lo había dicho por medio de Moisés." (Números 9: 18-23).

Así, la nube gobernaba todos sus movimientos y no su propia sabiduría, su propia inteligencia o los buenos consejos de otros. Para ver esta gloria, para conocerla, Dios nos enseña aquí que debemos estar continuamente bajo Su autoridad y gobierno. Lo que Moisés y el pueblo conocieron, era figura y sombra de lo que más tarde se llevaría a cabo en la casa de Dios: "Los cuales sirven a lo que es figura y

sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte." (Hebreos 8:5).

Notemos bien esta frase: "figura y sombra de las cosas celestiales". Del tiempo de Moisés, esas cosas eran figura y sombra que anunciaban realidades espirituales, las que habrían de venir, que se realizarían en el tiempo del Señor Jesucristo. "Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza." (Hebreos 3:5,6).

Cuando la gloria de Dios descendió, todos los sacerdotes tuvieron que salir de la casa de Dios, pues Dios no dará nunca Su gloria a otro. "Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová. (2.º de Crónicas 7:2). Hoy día se glorifica a los oradores, a los predicadores, pero a Dios realmente no se le glorifica. Se da toda la gloria a los hombres; no es así que se verá la gloria. La casa de Dios se ha de gobernar por las leyes divinas. La casa que Moisés construyó, no era sino figura y sombra de la verdadera casa de Dios que sería construida por el Señor Jesucristo mismo. Ni Moisés ni Aarón tenían autoridad para cambiar ninguna cosa del modelo revelado, y, nosotros, ¿quiénes somos para cambiar alguna cosa del plan celestial de la casa de Dios? "Pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz..." (Hebreos 3: 6-8a).

Estos versículos nos dan a conocer, de qué gloria Dios quiere ahora llenar Su casa. En primer lugar, en la casa de Dios todo se ha de ejecutar conforme al plan celestial. Nuestra vida personal, individual, de familia tanto como de asamblea, debe estar dirigida según este plan, y gobernada enteramente por la presencia divina, simbolizada por la nube. Nuestro oído debe ser sensible a la voz de Dios para que la oigamos. Todo lo que es del hombre se ha de dejar de lado, y fuera de la casa de Dios. Es en una iglesia de esa clase que se podrá ver la gloria de Dios. "A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén." (Efesios 3:21).

Veremos la gloria de Dios llenar la casa de Dios, cuando vengamos al Señor Jesucristo para poner todas las cosas bajo Su señorío, Su autoridad y supremacía.

Dios no se satisface con bendiciones temporales y pasajeras. Por esta razón esperó 140 años, desde Ana a Salomón, para traer de nuevo Su gloria. Con este fin hizo de ellos Sus colaboradores y compañeros en Su obra. Hoy también, con el mismo objetivo, Dios busca instrumentos como Ana, Samuel, David y Salomón.

Ana pasó por mucho sufrimiento, antes de hacer suya la preocupación de Dios y llegar a ser Su colaboradora. Al principio se preocupaba solamente de ella. Decía al Señor: —Ten piedad de mí, mira mi aflicción, mi esterilidad, mi miseria, mi desgracia. ¡Oh, Dios, dame un hijo para que sea feliz! Durante años su oración se concentraba en su propia necesidad, y Dios callaba. Es un Dios de amor. Desde la eternidad, Él había decidido hacer de ella Su colaboradora con un propósito muy grande, muy elevado. Después de años de oración y súplica, Ana comprende que Dios tiene una preocupación; Él también tiene una necesidad.

Esto es un misterio. ¿Cómo es posible que un Dios tan grande, tan poderoso, dependa de usted y de mí para satisfacer una necesidad que hay en Él, en Su propio corazón? —Pero —me dirá usted—, ¿No es Dios omnipotente? Él tiene todo poder para obtener lo que quiera. ¿Por qué va a necesitar a pobres y débiles criaturas como nosotros? Porque Su amor es un amor único e incomparable; es un amor eterno, y Su deseo es que seamos llenos de Su plenitud. Por eso Él quiere hacer de nosotros Sus colaboradores: *"y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."* (Efesios 3:19).

Él desea llenarnos de todas las bendiciones posibles e imaginables en los lugares celestiales en Jesucristo. *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo"* (Efesios 1:3). Esto significa que todas las bendiciones —todas sin excepción—, nos están destinadas a usted y a mí, en los lugares celestiales en Jesucristo.

Cuando lleguemos al cielo, no va haber departamentos de manera que el Señor diga: —Aquí es el departamento para París, éste para el Japón, éste otro para África, aquél para la India, etc. No, pues el cielo

entero será para cada uno de nosotros. Todo será nuestro, por todas partes. Él quiere que seamos Sus colaboradores para que gocemos perfectamente del cielo, con todo lo que en él hay. Por fe aceptamos y creemos estos misterios. Lo dice la palabra de Dios, no la de los hombres. Lo que Dios ha dicho, lo hará, lo que ha prometido, lo dará por Su gracia.

Para demostrar lo que sabe hacer, el carpintero va a necesitar madera, el herrero hierro y el orfebre oro. Mediante el lienzo y los pinceles, el pintor de cuadros mostrará su talento y el músico expresará su arte con un instrumento musical. El Señor Jesucristo tiene necesidad de usted y de mí, de estos trapos sucios, de estos árboles secos que somos, para demostrar lo que sabe hacer: *"para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales."* (Efesios 3:10). ¡Qué misterio! La palabra de Dios dice que *"somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia"* (Isaías 64:6). En ese estado vinimos a Dios. Pero en Su segunda venida, esta obra de Su gracia llegará a la perfección y a su completa realización, cuando le veamos cara a cara y seamos semejantes a Él. Entonces ocuparemos un lugar superior al de los ángeles. Por eso el Señor quiere que usted y yo colaboremos con Él.

Debemos, pues, someternos por entero a Su autoridad, Su soberanía y señorío para ser así guiados por Él paso a paso, y entrar en el conocimiento de Su plan. Podremos luego satisfacer la necesidad misma de Dios. Oraremos, igual que Ana, sabiendo lo que Él quiere y cuál es Su propósito. En muchos casos —tenemos que reconocerlo—, nuestras oraciones muestran egoísmo y egocentrismo; no oramos por los demás.

Dios enseñó a Job, como colaborador suyo, a orar y a interceder por los otros (véase Job 42: 7-10). En aquel momento, Job se hallaba muy necesitado, en una angustia grande. En un día lo perdió todo: hijos, casas, bienes, y su cuerpo se cubrió de llagas. Aun sus amigos se volvieron en contra de él y le acusaron falsamente. Pero cuando Job oró, no dijo primero: "¡Oh Señor, mira mi aflicción, mira mi necesidad, sáname, restabléceme!" Tampoco dijo: "¡Señor, castiga a mis amigos! me condenan, en vez de tener compasión de mí." Job no oró de esa manera, sino que olvidó su propia necesidad en favor de la de Dios, y rogó: "Señor, perdónalos. Aunque me acusan sin razón, perdónalos, no

los castigos, ten piedad de ellos y bendícelos." Cuando oró por ellos, la Escritura nos dice que Dios quitó la aflicción de Job y le restableció.

Es conociendo la necesidad de Dios que aprendemos a orar. De esta manera Dios enseñó a Ana y le hizo ver lo elevada que sería su posición por su obediencia a Él. *"Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra y él afirmó sobre ellas el mundo."* (1.º de Samuel 2:8). Así oraba Ana. Cuando se puso a orar, decidida a satisfacer la necesidad de Dios, entonces Él le otorgó su petición: *"Y visitó Jehová a Ana, y ella concibió, y dio a luz tres hijos y dos hijas. Y el joven Samuel crecía delante de Jehová."* (1.º de Samuel 2:21). Al principio oraba, diciendo: *"Señor, ten piedad de mí, dame al menos un hijo."* Ahora leemos, que además de Samuel, Dios le dio tres hijos y dos hijas; aún más, Samuel llegó a ser una fuente de bendición para todo el pueblo y las otras naciones; y todo gracias a que Ana respondió a la necesidad de Dios, pues dijo: *"Señor, si me dieres un hijo, será para Jehová todos los días de su vida."*

Puede que nuestra vida de oración sea pobre. Muchos oran por cosas pasajeras, cosas de este mundo. Pocos son los cristianos que oran con una carga por los intereses de Dios, por otras familias y países. Debemos orar pidiendo a Dios "Señor, muéstranos Tu carga por la India, por el Japón, por África, Europa, etc. Haznos ver lo que deseas de nuestras vidas." Como colaboradores de Dios, oremos por otras familias y personas de otros lugares.

El apóstol Pablo contaba mucho con las oraciones de los cristianos en su favor (véase Romanos 15:30-32). Fue enseñado en las Escrituras por los mejores maestros de su tiempo, y el Señor mismo se le apareció. Sin embargo, no se apoyaba en las bendiciones pasadas para el ejercicio de su ministerio, pues sentía que necesitaba las oraciones de los creyentes; sabía muy bien que sostenido por la intercesión de ellos, podría destruir las obras del adversario. Por eso les rogaba que intercedieran por él.

Para ser colaboradores de Dios en el retorno de Su gloria, debemos primero aprender a orar. Hoy día no se oye mucho esta clase de oración en el mundo. A muchas personas les cuesta orar, lo hallan difícil. Son capaces de cantar o de predicar durante horas, de recorrer

kilómetros y hacer muchas cosas, pero no pueden orar con perseverancia. En nuestros días es una carga real de oración que necesitamos. Entonces Dios levantará hombres que, como Samuel, sean Sus voceros, Sus mensajeros, según leemos en los siguientes pasajes:

"Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar; vino allí sobre él la mano de Jehová." (Ezequiel 1: 3) "Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca, y les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor: El que oye, oiga; y el que no quiera oír, no oiga; porque casa rebelde son." (Ezequiel 3:27)

"Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar." (Jeremías 1:9,10). "Tú pues, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos" (Jeremías 1: 17). "Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte." (Jeremías 1:19).

"Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad." (Hechos 18: 9, 10)

"Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida." (Hechos 5:20).

Dios necesita hoy instrumentos como éstos. Hombres que transmitan el mensaje completo de Dios y digan de verdad: "Así dice el Señor." No importa su origen o su nacionalidad, lo esencial es que prediquen el mensaje íntegro de Dios. Este mensaje tal vez hiera y tenga un efecto destructor, pero se tiene que comunicar. Ése fue el ministerio de Samuel.

"Hizo, pues, Samuel como le dijo Jehová; y luego que él llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a recibirle con miedo, y dijeron: ¿Es pacífica tu venida?". (1.º de Samuel 16:4) Samuel fue a Belén, a casa de Isaí, porque Dios se lo había mandado. En aquel entonces, Dios quería que Samuel buscara a David para ungirle. Los

ancianos de Belén se asustaron cuando fueron informados de la llegada de Samuel. ¿Por qué tenían miedo los ancianos de esa ciudad? Samuel no venía con palo ni espada, pero sólo su presencia les inquietaba. Antes de que abriese la boca, ya temblaban, pues temían que por la venida de Samuel, Dios hiciera descubrir la hipocresía de ellos. Las historias bonitas y las anécdotas no tienen ningún poder. Hacen falta voceros de Dios, hombres como Samuel.

Cuando Isaf hizo que se acercara Eliab, su hijo mayor, Samuel quedó muy impresionado por su estatura, y se dijo: "*De cierto delante de Jehová está su ungido*". Pero Dios dijo a Samuel que no mirase a la apariencia de las personas sino a su corazón: "*Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.*" (1.º de Samuel 16:7). 'No puede ser mi rey, no puede gobernar mi pueblo.' Isaf hizo pasar delante de Samuel a siete de sus hijos, pero cada vez Dios decía: —No es éste, no es éste. Mas cuando llegó David, Dios dijo: "*Levántate y úngelo, porque éste es.*" (1.º de Samuel 16:12). Samuel aprendió a no dejarse engañar por las apariencias, a no guiarse por los consejos humanos, antes bien, por la sabiduría, por la inteligencia de Dios, de forma que la voluntad perfecta de Dios le gobernara.

"*Dijo Jehová a Samuel: ¿Hasta cuando llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isai de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey.*" (1.º de Samuel 16: 1). Saúl representa la sabiduría humana, la sabiduría carnal y la inteligencia natural. Aunque Samuel lloraba por Saúl, Dios lo había desechado. De la misma manera, Dios ha desechado hoy día todas esas denominaciones mundanas, porque en ellas hay mezcla de sabiduría de Dios y sabiduría humana. En casi todos los grupos hay una constitución de iglesia. En esa constitución, en esos estatutos de iglesias, hallaremos una mezcla de principios humanos y divinos. En esa clase de grupos no se verá nunca la verdadera gloria de Dios. Se verá actividad y entusiasmo pasajero. La gloria viene sólo cuando se reconoce la autoridad de Dios sobre todas las cosas, cuando todos los detalles se ejecutan de conformidad con el plan divino, el plan celestial.

Pero ¿qué vemos en nuestros días? Si falta dinero, se mendiga. Para aumentar el número de miembros inscribirán a personas que ni han nacido de nuevo. Para el cargo de anciano se escogerá con preferencia a gente rica, mundana e influyente. Se desprecia, se ignora por completo la palabra de Dios. Se prefiere la sabiduría humana a la de Dios. Y Dios dice: —¿Hasta cuando os lamentaréis sobre todas esas denominaciones, sobre todos esos grupos? Yo los he desechado.

Se necesitan hombres como Samuel, profetas de Dios, voceros de Dios, que den el mensaje de Dios con imparcialidad y sin temor a nadie.

| 3 | SÉPTUPLA PARTICIPACIÓN

"Dijo, pues: Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios." (1.º de Samuel 4:22).

"Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa." (2.º de Crónicas 7:1).

Estas son las palabras que el Señor nos ha dado para nuestra santa convocación; lo cual significa que el Señor nos quiere enseñar y dirigir, de manera que colaboremos con Él para el retorno de Su gloria.

Como ya vimos, la condición actual del pueblo de Dios, en el mundo, es el motivo por el que la gloria de Dios se ha ido. Se ha permitido, por desidia, que el pecado se introduzca por todas partes en la casa de Dios.

En los días de Ana, la revelación de Dios era rara, las visiones no eran nada comunes (véase 1.º de Samuel 3: 1). El Señor se vio privado de Su gloria y derechos por Sus propios servidores. Los hijos del sacerdote Elí robaban para sus necesidades y satisfacción propias, de lo que el pueblo ofrecía. Y si alguien se atrevía a oponerse, entonces los criados lo tomaban por la fuerza con los garfios de tres dientes. Por esas razones el pecado se multiplicaba y abundaba en la casa de Dios, tanto que la muerte espiritual cayó sobre el sacerdocio e incluso el sacerdote Elí se volvió sordo.

Vimos que estos tres dientes significan: el amor al poder, al dinero y a la fama. Es así que esos sacerdotes y sus criados, animados por la codicia de ganancias, en vez de servir al Señor con toda humildad, buscaron sus propios intereses. En consecuencia, las tinieblas se infiltraron extendiendo su oscuridad en la casa de Dios. En nuestros días, ese mismo estado de cosas prevalece todavía en el pueblo de Dios.

Dios se sirvió de cuatro personas —cuatro instrumentos escogidos—, para volver a traer Su gloria. Y si leyéramos y estudiáramos atentamente los dos libros de Samuel y el primero de Crónicas, veríamos cómo Dios obra minuciosa y sabiamente con vistas al retorno de Su gloria entre los suyos. De ese modo trabaja también el Señor en nosotros para enseñarnos, y llevarnos a ser Sus colaboradores y

compañeros. No se da este privilegio a los ángeles. Ellos son "enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación" (véase Hebreos 1: 13, 14). Pero a nosotros, creyentes, nos incumbe la gran responsabilidad de hacer volver la gloria de Dios en medio de Su pueblo.

Hoy día, nos confrontamos con condiciones idénticas a las que existían en la época de Ana y Samuel. En el capítulo tres de la segunda epístola a Timoteo, Pablo habla de las señales de los últimos tiempos. Por ellas comprobamos hasta qué punto los cristianos nos hemos vuelto infructuosos, estériles. Lean, por favor, todo este capítulo. Hallamos ahí las señales que caracterizan el estado espiritual del pueblo de Dios en los postreros días. Pero, al mismo tiempo, Dios se está preparando en todas partes un remanente, a través del cual Él podrá manifestar Su poder y Su gloria. Él quiere enseñarnos de la manera que hemos de trabajar en colaboración con Él, para traer de nuevo Su gloria en Su pueblo.

Cuando recibimos al Señor Jesucristo como nuestro Salvador personal, entramos en una séptupla compañía con el Señor. Mediante esta unión con Dios, nos hacemos Sus colaboradores en el ejercicio de Su ministerio en la tierra. Es como trapos sucios, impuros, que vinimos a Él, pero por la salvación llegamos a ser Sus colaboradores en esta vocación celestial; somos hechos compañeros suyos al recibir Su vida celestial. Esta vida debe alcanzar en nosotros Su plenitud, para que en verdad seamos Sus colaboradores. Pero retengamos primero estos siete aspectos de nuestra unión con el Señor, de este compañerismo espiritual con Dios:

I. PARTICIPANTES DE LA NATURALEZA DIVINA

El primer aspecto de nuestra participación se halla en 2.ª Pedro 1:4: *"por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."*

El Salmo 51:5 dice: *"En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre"*. Nacemos con una naturaleza pecadora y corrupta, y es con esa naturaleza pecaminosa que vinimos al Señor Jesucristo la primera vez. Pero nuestra vieja naturaleza pecadora y mala es crucificada con Él, al recibirle como nuestro Salvador, y, por el poder

de Su resurrección, somos hechos participantes de una nueva naturaleza, una naturaleza divina.

Según Romanos 6:5, fuimos plantados juntamente con Cristo en Su muerte, e igualmente en Su resurrección: *"Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección."*

Esta expresión: "ser plantados juntamente", nos sugiere un injerto. Hoy día se obtienen frutas de mejor calidad por medio de injertos. Los árboles que producen frutas agrias y pequeñas, pueden, por este medio, llevar frutas deliciosas. Se hace en el árbol una incisión en la que se introduce una rama de otro árbol que da buena fruta. La naturaleza del árbol cambia completamente; sus ramas, sus flores, hojas y frutas, todo cambia, a veces en un tiempo muy corto: dos o tres años. En la India tenemos hoy día toda clase de frutas por este procedimiento. Yo mismo he visto árboles, que daban frutas de mala calidad, producir hermosas y suculentas frutas después de haber sido injertados.

En el capítulo 6 de la epístola a los Romanos, el apóstol emplea la palabra "plantados", que podríamos decir "injertados" en Cristo, en la semejanza de Su muerte; (con la sola diferencia de que en este caso el injerto es el que cambia, o sea nosotros). De modo que por el poder de la muerte del Señor Jesús, morimos progresiva y lentamente a nuestra vieja naturaleza. Luego, por el poder de Su resurrección, participamos de Su naturaleza divina. Este poder de resurrección obra en nosotros de tres maneras:

1. Por el poder de Su resurrección, somos hechos justos delante de Dios:
"el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación." (Romanos 4:25).
2. Por el poder de Su resurrección, alcanzamos el gran propósito de Dios para nosotros, a saber: ser hechos conformes a Su imagen:
"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos." (Romanos 8:29).

Por esta razón, el apóstol Pablo anhelaba conocer más y más el poder de Su resurrección y la semejanza en Su muerte: *"a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus*

padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte". (Filipenses 3:10). De hecho, él decía que no se sentiría satisfecho, mientras no alcanzara la meta del llamamiento celestial que el Señor había determinado para él. Por eso corría él: *"No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús."* (Filipenses 3:12-14). El apóstol deseaba siempre conocer y experimentar más y más profundamente el poder de la resurrección de Cristo. Estaba dispuesto a pasar por toda prueba y sufrimiento a fin de llegar a la meta.

3. Por este mismo poder de Su resurrección, por el cual el Señor Jesucristo resucitó, y que opera en nosotros, recibiremos finalmente un cuerpo nuevo, un cuerpo de resurrección:
"Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros." (Romanos 8:11)

A causa de esto el apóstol Pablo ora: *"para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales,"* (Efesios 1: 17—20).

El apóstol Pablo oraba con una carga grande en su corazón, para que los creyentes de Efeso conociesen más el poder de la resurrección; este poder por el que —después de haber pasado por la muerte—, el Señor Jesucristo resucitó, salió de la tumba y subió al cielo. Este mismo poder de resurrección fue derramado en nuestros corazones, cuando nacimos de nuevo; trabaja y se hace ver en nosotros continuamente, hasta que seamos hechos conformes a la imagen del Señor Jesucristo. Así, en nuestra vida terrenal, participamos cada día más y más de la naturaleza divina; y es por medio de ella que se va

desarrollando en nosotros un apego, un afecto creciente por las cosas celestiales, las cosas de arriba: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra." (Colosenses 3:1,2).

Ser participantes de la naturaleza divina es, pues, la primera etapa en nuestra unión con Cristo. Si nos apoyamos en las promesas de Su palabra y nos las apropiamos por fe, nos daremos cuenta poco a poco de que participamos realmente de esta naturaleza divina.

II. PARTICIPANTES DEL ESPÍRITU SANTO

En segundo lugar, somos hechos participantes del Espíritu Santo: "...gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo" (Hebreos 6:4).

El Espíritu Santo viene y trabaja en nosotros, cada día, tan pronto como recibimos al Señor Jesucristo como nuestro Salvador personal. "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir." (Juan 16:13). Él es nuestro jefe que nos conduce, es nuestro guía, nuestro maestro que nos enseña, y nos ayudará a andar en el Espíritu y a vivir por el Espíritu. En la epístola a los Gálatas, el apóstol define esta obra del Espíritu Santo con las siguientes palabras:

- a) Andar en el Espíritu. (véase Gálatas 5:16)
- b) Ser guiados por el Espíritu. (véase Galatas 5:18)
- c) Vivir por el Espíritu. (véase Gálatas 5:25)

Andar, ser guiados y vivir.

¿Cómo andamos? No es dando saltos de cien metros de distancia, sino paso a paso. Primero adelantamos el pie derecho, luego el izquierdo; así vamos avanzando. De ese modo hemos de ser guiados por el Espíritu Santo. Quiere decir que cada paso ha de estar bajo el control del Santo Espíritu; y ello, sometiéndonos totalmente *nosotros mismos*, a fin de comprender y discernir el plan de Dios. Nos hace falta esta guía del Santo Espíritu de Dios en nuestros proyectos, para toda decisión, en cuanto al trabajo, para mudarnos de cualquier lugar, etc.

A veces tendremos que esperar días, semanas o meses, antes de estar seguros en algún asunto del plan de Dios para nuestra vida. En ciertos casos lo descubrimos en un día, pero en otros necesitamos meses. El Señor quiere que esperemos con paciencia, hasta que Su plan para nuestra vida esté bien claro. Veamos, por ejemplo, en los Hechos de los Apóstoles:

"Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió. Y pasando junto a Misia, descendieron a Troas. Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio. (Hechos 16: 6-10).

El apóstol Pablo y sus compañeros esperaron pacientemente que el Señor les indicara el camino que tenían que tomar. Primero, atravesando Frigia y Galacia, el Espíritu Santo les prohibió hablar en Asia. En seguida intentaron ir a Bitinia, pero nuevamente el Espíritu les dijo: No. Pero cuando Pablo tuvo la visión del macedonio, entonces supieron con certeza cuál era la voluntad de Dios.

Es así que el Espíritu Santo nos guía. Antes, pues, de hacer cualquier plan, bien para el casamiento, bien para la profesión, para mudarnos o simplemente para ir de compras, seamos pacientes hasta que hayamos comprendido cuál es el plan de Dios, cuál es Su voluntad para nosotros. Muchos no esperan con paciencia que el Señor les revele Su voluntad; por eso hay muchos sinsabores, desengaños y pérdidas.

Comenzamos nuestro ministerio en la India, en 1933. En aquella época tenía la costumbre de ir de casa en casa, distribuyendo tratados. Recorría muchos kilómetros a pie. Salía muy temprano y regresaba de noche, muy tarde. Durante meses y meses trabajé duro; me cansaba enormemente, y todo ello sin resultado. Hasta que oré al Señor y le dije:

—Señor, ¿cómo es que no veo ningún fruto en mi ministerio? Trabajo muy duramente, hago muchos sacrificios, me paso muchas

veces sin comer y ando muchos kilómetros. He hablado a muchísimas personas acerca de su salvación, pero nadie ha nacido de nuevo.

El Señor me contestó:

—Me estás sirviendo con tu sabiduría y tus fuerzas. Yo nunca te he dicho que andes tantos kilómetros, ni que te prives de comer.

Quedé muy sorprendido, pues significaba que había perdido el tiempo, que lo había malgastado. Entonces me humillé ante el Señor, le pedí perdón y le dije:

—Señor, enséñame cómo descubrir tu plan para mi vida diaria.

Desde ese momento observé más fruto y mejores resultados. Algunas veces tuve que esperar un día, otras veces una semana, y otras un mes o varios meses, antes de que pudiese salir para cumplir mi servicio. A no ser que seamos guiados por el Espíritu Santo, no veremos ningún resultado en nuestro servicio para Dios. *"Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."* (Romanos 8:14).

Luego, leemos en Gálatas 5:25: *"Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu"*. Debemos siempre ser conscientes de la presencia de Dios. No lo somos si hemos pecado. A causa de la ira, de la irritación, los celos, el orgullo o las prácticas impuras, ya no sentimos Su presencia. El Espíritu nos ayuda a arrepentirnos, a poner las cosas en orden. Así, por el Espíritu Santo, vivimos conscientes de la presencia de Dios.

III. PARTICIPANTES DE SU SANTIDAD

En tercer lugar, somos hechos participantes de Su santidad: *"Y aquellos, (nuestros padres terrenales) ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad."* (Hebreos 12:10).

Y según la primera epístola de Pedro, nuestro Señor desea que seamos tan santos como Él: *"porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo."* (1.ª Pedro 1:16). Leemos también en Mateo: *"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."* (Mateo 5:48).

No podremos nunca alcanzar esta perfección y santidad mediante esfuerzos humanos. El Señor Jesucristo nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención (véase 1.ª Corintios 1:30). Él es una persona viva que resucitó, y quiere que nos demos por entero

a Él, para ser Él mismo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención.

De esta manera somos hechos participantes de Su santidad. No por nuestro esfuerzo, ni nuestro conocimiento, ni por largas oraciones. Tampoco por el ayuno o los sufrimientos que nos impongamos, sino dejándonos gobernar enteramente por el Señor Jesús mismo. De esta única manera somos hechos participantes de Su santidad. Por eso es necesario que el Señor nos eduque, nos reprenda e incluso nos discipline.

IV. PARTICIPANTES DE LA HERENCIA CELESTIAL

"Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Colosenses 1:12). Ser participantes de la herencia de los santos en luz, es el cuarto aspecto de nuestra participación.

Además de perdonarnos nuestros pecados, el Señor desea que participemos de Su herencia celestial, espiritual y gloriosa: *"para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero."* (1.ª Pedro 1:4,5).

Por herencia entendemos la adquisición de una posesión, de una propiedad, a menudo por derecho de nacimiento. Supongamos que usted haya nacido en una familia muy rica. En ese caso tiene parte en la riqueza y fortuna de su padre. De igual manera, habiendo nacido en la familia celestial, tenemos parte en las riquezas de esta herencia celestial. Tenemos que tomar por fe nuestra porción cotidiana de esas riquezas celestiales. Pero el enemigo está siempre ahí para privarnos de esta herencia, por el descuido, la mundanidad y la ceguera espiritual. Me permitiré darles un ejemplo muy simple a este respecto:

Uno de mis parientes del norte de la India, era un hombre excesivamente rico. Tenía importantes posesiones en muchos pueblos. De sus dos hijos, el mayor era muy inteligente, mientras que el menor era muy simplón. Cuando el padre murió, el mayor de los hijos pensó apropiarse de una parte de la herencia de su hermano. Se reunieron ambos hermanos, y el mayor dijo:

—Nuestro padre nos ha legado numerosas propiedades, casas y bienes en muchos pueblos. Tú no vas a ser capaz de ir a todos esos sitios para cobrar el alquiler y pagar los impuestos. Te propongo, pues, pagarte al contado la parte de tu herencia. No tienes más que firmarme un papel, testificando que has sido totalmente indemnizado. Yo mismo me encargaré en tu lugar de administrar todas esas propiedades.

En seguida le ofreció mil rupias para compensarle. Pero su joven hermano, le dijo:

—Aunque soy muy tonto, una cosa sé: mi padre me ha legado una parte igual a la tuya. Es verdad que no sé leer correctamente, por eso vamos a llamar a otra persona para que haga las cuentas. Tú tendrás la mitad y yo la otra. Aceptaré lo que el libro diga.

—¡Vayamos despacio! esto es un asunto de familia —contestó el mayor—. Tratémoslo entre nosotros amigablemente. Te propongo cinco mil rupias en vez de mil. Con eso podrás vivir a tus anchas muchos años.

—Yo sé una cosa —replicó el menor—. Mi padre me ha legado mi parte. Trae los libros de contabilidad. Estoy dispuesto a pagar al contable.

Entonces el mayor le ofreció diez mil rupias, luego veinticinco mil, después cincuenta mil. Pero el menor siempre contestaba:

—No, lo que el libro diga.

Su hermano propuso darle entonces cien mil rupias. Pero el menor, a pesar de ser muy bobo, seguía diciendo:

—Mi padre me ha dejado una parte igual a la tuya, y esa parte es mía.

Querido amigo, el Señor Jesús le ofrece, quienquiera que sea, tan "tonto" como sea, una parte igual a la de todos los demás. Cada rescatado tiene derecho a la misma parte de la herencia. La recibimos por fe.

Participar de la herencia de los santos en luz, es nuestra cuarta participación.

V. PARTICIPANTES DEL LLAMAMIENTO CELESTIAL

"Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión,

Cristo Jesús." (Hebreos 3:1). Ésta es nuestra quinta participación del Señor Jesucristo.

Somos participantes del llamamiento celestial. El Señor Jesucristo es nuestro apóstol y sumo sacerdote. Entramos en esta participación del Señor, en esta íntima compañía, para construir con Él esa morada, esa casa eterna para Dios.

"Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir, pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza." (Hebreos 3:5,6).

En esta porción de la Escritura se nos habla de dos casas: una construida por Moisés, la otra por el Señor Jesús mismo. Lo que Moisés construyó, vimos que no era sino figura y sombra de las cosas celestiales, aun cuando todo se llevó a cabo conforme al modelo que Dios le había mostrado. Pero ahora, el Señor Jesucristo, nuestro apóstol y sumo sacerdote, está construyendo un edificio eterno. Él desea que seamos Sus colaboradores en esta labor inmensa:

"Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." (Efesios 2: 20-22).

Una "morada de Dios en el Espíritu". Esto es un misterio. Dios es tan grande que los cielos de los cielos y todo el universo no lo pueden contener (véase 1.º Reyes 8:27; 2.º Crónicas 6:18). Él es insondable. Sin embargo, Él quiere que usted y yo construyamos para Él una morada eterna. Dios habita solamente en dos lugares: en la altura y la santidad, y con el contrito y humilde de espíritu. *"Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados." (Isaías 57:15)*

Tal vez se pregunte usted: —¿Cómo es que nosotros, criaturas tan pobres y débiles hemos sido destinadas a construirle a Dios una morada? —Es gracias al amor de Dios. Tan grande es Su amor, que quiere llenarnos de toda Su plenitud. Él desea que seamos Su casa, Su

hogar. Podríamos decir que Dios añora este hogar. Lo ilustraremos de manera muy sencilla. Muchos tenemos que salir de casa para trabajar sea en una escuela, sea en una oficina, en una tienda, un taller o en un centro médico. Es posible que pasemos la jornada en un ambiente muy agradable y en edificios perfectamente acondicionados. No obstante, nunca llamaremos a ese lugar nuestro hogar. Si por la mañana un amigo le pregunta: —¿Adónde vas? usted le contestará: —Voy al trabajo. De regreso a casa, si alguien le pregunta: —¿Adónde va usted? Entonces le dirá con mucha satisfacción: —¡Voy a casa! —¿Por qué se siente usted tan feliz y se da tanta prisa? Porque su esposa está en casa, y porque sus hijos o sus padres le esperan. Lo que constituye un hogar es el amor. Un edificio en sí mismo no puede ser un hogar. Tampoco un bello mobiliario. Solamente el amor hace un hogar. Dios es amor. Dios quiere amarnos plenamente por toda la eternidad. Por esta razón Él desea que colaboremos con Él para construir una morada eterna, celestial, gloriosa y espiritual. Es con esta intención que hemos sido llamados a ser piedras vivas: *"Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo."* (1.ª Pedro 2:5).

Así, por este llamamiento celestial, somos colaboradores de Dios y del Señor Jesucristo para construir una morada eterna, la morada de Dios.

VI. PARTICIPANTES DE SUS VIRTUDES

En sexto lugar, somos participantes de Cristo mismo: *"Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio"* (Hebreos 3:14).

Somos, pues, participantes de todas las virtudes del Señor Jesús. Cuanto más le amamos, obedecemos y servimos en esta tierra, más se desarrolla en nosotros la naturaleza misma del Señor Jesucristo. Su humildad, Su amor, Su paciencia, Su mansedumbre, Su bondad, Su longanimidad, Su comprensión, Su compasión, todas esas virtudes del Señor las recibimos de una manera progresiva por medio de nuestro servicio, obediencia y amor a Él. Finalmente, cuando le veamos, seremos hechos semejantes al Señor. Él nos guía, nos transforma a Su semejanza mediante todas Sus gracias y virtudes. Él desea hacernos semejantes a Él en sabiduría, poder y amor.

De esa manera el Señor quiere que participemos de todo lo que Él posee.

VII. PARTICIPANTES DE SU GLORIA

"Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada:..." (1.ª Pedro 5:1)

"Participantes de Su gloria". Esto sucederá cuando el Señor Jesucristo vuelva, acompañado de Sus ángeles y Sus santos. La primera vez vino como un niño. Se humilló y se hizo pobre despojándose a sí mismo. La segunda vez volverá como Rey celestial. En el Nuevo Testamento, tres veces se le llama al Señor Jesucristo: *"Rey de reyes y Señor de señores"* (Véase Apocalipsis 17:4; 19:6 y 1 Timoteo 6:15). Él vendrá con toda Su gloria como Rey de reyes y Señor de señores:

"y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)". (2.ª Tesalonicenses 1:7-10)

En ese día Él nos hará participantes de Su gloria y nos hará reyes y sacerdotes para siempre. ¡Qué misterio! Un día seremos reyes y sacerdotes a pesar de nuestras debilidades y fracasos del pasado. Es con ese objetivo que Dios creó a Adán, el primer hombre: *"Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra."* (Génesis 1:26). Éste fue el primer regalo de cumpleaños que recibió Adán de Dios.

El Señor creó a Adán en un solo día; fue adulto desde su nacimiento, y recibió en don de Dios el dominio de toda la tierra. En ese momento no existía todavía la maldición. No había espinos ni

abrojos, ni sufrimiento, ni muerte, ni pena, ni dolor. Para demostrarle Su amor, Dios puso a Adán por rey en esta tierra maravillosa. Dios le dijo: —Adán, mi querido hijo, te quiero tanto que voy a darte ahora tu regalo de cumpleaños: te hago rey de toda la tierra, rey de los animales, de las aves, y de los peces. Adán fue el único rey de esta clase. Es la palabra de Dios que lo dice. Con esa intención lo creó Dios; pero por su pecado, su desobediencia, Adán perdió este privilegio. Sin embargo, el amor de Dios no cambia. Nosotros podemos cambiar, pero el amor de Dios no cambiará jamás: *"Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia."* (Jeremías 31:3). Él mismo dice: "Con amor eterno te he amado". También dice: *"Porque yo Jehová no cambio"* (Malaquías 3:6).

Porque el amor de Dios no puede cambiar, Su propósito en la creación del hombre no puede tampoco cambiar. Con ese fin vino el Señor a la tierra. Lo que Adán perdió por su desobediencia, se ha recuperado ahora por la obediencia del Señor Jesucristo. Por eso, en Su primer sermón, el Señor Jesús habló del reino: *"Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado."* (Mateo 4:17). Fue el primer mensaje que Él predicó después de Su bautismo, el mismo mensaje que proclamó Juan el Bautista. (Véase Mateo 3:2).

¿Por qué ese mensaje? Leemos en el evangelio de Lucas: *"No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino."* (Lucas 12:32). El Señor Jesús dice muy claramente: "porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino". Él no dijo: —Echad una mirada a este reino, y salid de él. Lo que Él da, lo que Él ofrece, es para toda la eternidad. Él nos ofrece y nos da la vida eterna, lo mismo que una sabiduría eterna, una gloria eterna, una belleza eterna, un amor eterno, una santidad eterna, una herencia eterna, un reino eterno. Es por toda la eternidad. Y en este reino eterno, seremos reyes para siempre.

"Y os encargábamos que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria" (1.ª Tesalonicenses 2:12). Hemos sido llamados a Su reino y gloria: *"a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo."* (2.ª Tesalonicenses 2:14) A Su regreso seremos hechos participantes de Su

gloria. En ese día, si somos vencedores, dignos de este reino, Él nos hará reyes para que reinemos en la nueva creación.

Así, pues, durante nuestra peregrinación terrestre, somos hechos participantes de Cristo de una séptupla manera:

1. Participantes de Su naturaleza divina,
2. Participantes del Espíritu Santo,
3. Participantes de Su santidad,
4. Participantes de la herencia celestial,
5. Participantes del llamamiento celestial,
6. Participantes de Sus virtudes,
7. Participantes de la gloria para ser reyes celestiales por toda la eternidad.

Es así como colaboramos con Dios para hacer volver Su gloria. Debemos por lo tanto aprender a ser instrumentos al igual que Ana, sabiendo cómo orar, discerniendo la verdadera necesidad de Dios. Luego debemos aprender a ser instrumentos como Samuel, para ser voceros de Dios que transmiten Su mensaje. Como iglesia tenemos que pedir seriamente: "Oh Señor, concede a tu pueblo profetas como Samuel. Derrama sobre tus santos en todas partes, espíritu de gracia y de suplicación."

Dios quiere igualmente que aprendamos a ser instrumentos semejantes a David, a quien el Señor le confió la visión del plano celestial para la casa de Dios. (véase 1.º de Crónicas 28:10-19). *"Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño."* (1.º de Crónicas 28:19). En el modelo celestial tenemos una participación y, como David, en las manos de Dios podemos ser también instrumentos suyos.

"Quitado éste, les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero." (Hechos 13:22).

En las meditaciones precedentes, vimos cómo Dios obra en nosotros –los creyentes–, para hacernos Sus colaboradores, los que harán volver Su gloria en medio de Su pueblo. Examinamos las causas por las que se fue la gloria de Dios en el tiempo del sacerdote Elí, y mencionamos a cuatro personas que Dios utilizó para traer de nuevo la gloria: Ana, Samuel, David y Salomón. Estas cuatro personas representan cuatro principios divinos importantes, los que se deben cumplir y vivir a fin de que la gloria de Dios vuelva, y el propósito de Dios para Su pueblo se realice.

En primer lugar, el Señor desea que colaboremos con Él, que seamos Sus compañeros, asociados a Él en Su obra. En el momento en que recibimos al Señor Jesucristo, cual nuestro Salvador personal, entramos en una comunión, una séptupla unión con Él. Ya vimos cómo en Cristo somos hechos partícipes de Su naturaleza divina, del Espíritu Santo, de Su santidad, de la herencia celestial, espiritual y gloriosa de los santos en luz, del llamamiento celestial, de todas las virtudes y gracias del Señor Jesucristo y de Su gloria venidera.

Durante mucho tiempo, Dios esperó con paciencia, preparando unos instrumentos mediante los cuales Él traería nuevamente Su gloria a Su casa. Por el ejemplo de Ana, sabemos que Dios quiere enseñarnos a orar por los suyos para que colaboren en el retorno de la gloria. Es la razón por la que los asaltos y ataques más terribles están dirigidos contra nuestra vida de oración. El enemigo tratará de paralizar y apagar nuestra vida de oración, por medio de toda clase de astucias y estratagemas.

Por Samuel aprendemos que Dios quiere hacer de nosotros Sus voceros, instrumentos por los cuales el mensaje y la voluntad de Dios se proclamen. Mediante el ministerio de Samuel, Dios reprendió y juzgó al sacerdote Elí, así como al rey Saúl. Se valió también de Samuel para hacer ver la hipocresía de los ancianos de Belén. Luego,

por Samuel, Dios introdujo a David, a quien Dios le confió la revelación del templo, tal como debía ser construido. *"Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño." (1.º de Crónicas 28:19).* Pero David tuvo que ser preparado a través de muchas pruebas, dificultades y experiencias muy dolorosas, antes de recibir este escrito, revelando el plano del templo. Con la ayuda del Señor, vamos a ver ahora cómo Dios escogió a David y lo formó para esta inmensa tarea.

"Dijo Jehová a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey. Y dijo Samuel: ¿Cómo iré? Si Saúl lo supiera, me mataría. Jehová respondió: Toma contigo una becerra de la vacada, y di: A ofrecer sacrificio a Jehová he venido. Y llama a Isaí al sacrificio, y yo te enseñaré lo que has de hacer; y me unguirás al que yo te dijere."

"Hizo, pues, Samuel como le dijo Jehová; y luego que él llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a recibirle con miedo, y dijeron: ¿Es pacífica tu venida? Él respondió: Sí, vengo a ofrecer sacrificio a Jehová; santificaos, y venid conmigo al sacrificio. Y santificando él a Isaí y a sus hijos, los llamó al sacrificio."

"Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su unguido. Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón."

"Entonces llamó Isaí a Abinadab, y lo hizo pasar delante de Samuel, el cual dijo: Tampoco a éste ha escogido Jehová. Hizo luego pasar Isaí a Sama. Y él dijo: Tampoco a éste ha elegido Jehová. E hizo pasar Isaí siete hijos suyos delante de Samuel; pero Samuel dijo a Isaí: Jehová no ha elegido a éstos. Entonces dijo Samuel a Isaí: ¿Son éstos todos tus hijos? Y él respondió: Queda aún el menor, que apacienta las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí: envía por él, porque no nos sentiremos a la mesa hasta que él venga aquí."

"Envió, pues, por él, y le hizo entrar; y era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer. Entonces Jehová dijo: Levántate y ungele, porque éste es. Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino

sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Rama." (1.º de Samuel 16: 1 a 13).

En este texto leemos de la manera que Dios guió a Samuel hasta David, a quien Él había elegido para que fuese un instrumento suyo. Dios habría podido decir a Samuel: —Ve a David que está en el campo, en tal lugar. Pero Dios no actúa de esa manera. Él no nos da a conocer toda Su voluntad de una vez. Dios quiere que le obedezcamos paso a paso. Si obedecemos al primer paso, Él nos indicará el siguiente. Es así que Dios nos guía.

Para empezar, Dios dijo a Samuel: —Ve a Belén, a la casa de Isaí. Le dirás que vienes para ofrecer sacrificio a Jehová. Isaí te presentará sus hijos, uno tras otro. "Hizo, pues, Samuel como le dijo Jehová" y, porque obedeció, le fueron dadas de seguida, otras instrucciones.

Queremos con nuestro celo humano hacer muchas cosas a la vez; hay demasiada actividad febril. Deseamos que Dios obre muy rápidamente en nosotros y en medio nuestro; somos impacientes. Por eso tienen grandes pérdidas los que dejan el camino de la voluntad de Dios. Muchos creyentes, si echan una mirada retrospectiva a sus vidas, tendrán que reconocer su impaciencia porque no supieron esperar que Dios les revelara Su plan.

Dios no dijo a Samuel: —Tengo necesidad de David, ve y llámalo. Antes por el contrario, con mucha tranquilidad esperó que Isaí hiciera pasar delante de Samuel a todos sus hijos. Primero vino Eliab. Por su porte y su alta estatura, Samuel pensó que, sin duda alguna, se hallaba ante él la persona cualificada para ser rey: el escogido de Dios: "Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante de Jehová está su unguento. Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón." (1.º de Samuel 16: 6,7)

Aun en la vejez, Samuel tuvo que aprender la paciencia. Esperó hasta que oyó la voz de Dios decirle muy claro: —Éste es el que Yo he escogido. Samuel conocía bien lo que ocurre en el corazón cuando Dios habla. Sabía muy bien discernir la voz de Dios, diciéndole en el fondo de su corazón: —No es éste, no es éste.

Este principio también se aplica a cada uno de nosotros. Si de veras queremos que el Señor nos utilice, tenemos que aprender a discernir la voz de Dios para estar perfectamente seguros de lo que Dios ordena, o nos hace saber y dice en nuestros corazones. Dios quiere que nos esforcemos en cerciorarnos de que tal cosa y tal otra es bien Su voluntad.

En los capítulos siguientes vemos cuán dura y difícil fue la escuela por la que David tuvo que pasar, al haber sido elegido. A propósito de David, Dios dice: "Quitando éste, les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero." (Hechos 13:22). Notad bien: "quien hará todo lo que yo quiero". Antes que David recibiese de Dios la revelación y el escrito concernientes al templo, le fue necesario aprender, durante un cierto tiempo, a ser paciente, a discernir, conocer y comprender cuál es la voluntad de Dios: "Hallé a David mi siervo; lo ungué con mi santa unción. Mi mano estará siempre con él, mi brazo también lo fortalecerá." (Sal.89:20-21)

Con este objetivo escogió Dios a David por medio de Samuel. Pero Dios tuvo primero que enseñar a uno y otro la paciencia. Samuel, el poderoso y gran profeta de Dios, era ya un anciano en ese tiempo. Había acumulado muchas experiencias. Con todo, no podía depender de su razonamiento, ni de sus propios medios para descubrir aquél que Dios había escogido. Los que estamos al servicio de Dios, cometemos a menudo una falta grave al dejarnos dirigir y gobernar por las apariencias, para elegir las personas que han de trabajar en la obra de Dios. Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos.

"Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos." (Isaías 8,9).

"Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para

deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia." (1.º Corintios 1: 26-29).

Cuando Dios guió a Samuel para designar a David, éste ya dejaba ver sus aptitudes y cualidades: *"Entonces uno de los criados respondió diciendo: He aquí yo he visto a un hijo de Isai de Belén, que sabe tocar, y es valiente y vigoroso y hombre de guerra, prudente en sus palabras, y hermoso, y Jehová está con él." (1.º de Samuel 16: 18).*

Era la opinión general que se tenía de David, en el momento en que Dios lo escogió. Decían de él: —Sabe tocar bien el arpa, es un hombre valiente y vigoroso, hombre de guerra, pero también prudente y hermoso. Sin embargo, si seguimos leyendo la historia, veremos que Dios tuvo que despojarle completamente de todas sus ventajas naturales, de su inteligencia y habilidad humanas, porque lo que nosotros estimamos muy elevado, es vil y sin valor a los ojos de Dios. Lo que llamamos sabiduría e inteligencia, Dios lo llama: heno, paja y rastrojo. En dos ocasiones, Dios condujo David a una era. Éste es un lugar en donde se trillan las mieses para separar el grano de la paja.

"Entonces David tomó consejo con los capitanes de millares y de centenas, y con todos los jefes. Y dijo David a toda la asamblea de Israel: Si os parece bien y si es la voluntad de Jehová nuestro Dios, enviaremos a todas partes por nuestros hermanos que han quedado en todas las tierras de Israel, y por los sacerdotes y levitas que están con ellos en sus ciudades y ejidos, para que se reúnan con nosotros; y traigamos el arca de nuestro Dios a nosotros, porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella. Y dijo toda la asamblea que se hiciese así, porque la cosa parecía bien a todo el pueblo.

Entonces David reunió a todo Israel, desde Sihor de Egipto hasta la entrada de Hamat, para que trajesen el arca de Dios de Quiriat-Jearim. Y subió David con todo Israel a Baala de Quiriat-jearim, que está en Judá, para pasar de allí el arca de Jehová Dios, que mora entre los querubines, sobre la cual su nombre es invocado. Y llevaron el arca de Dios de la casa de Abinadab en un carro nuevo; y Uza y Ahío guiaban el carro.

Y David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, arpas, salterios, tamboriles, cimbales y trompetas. Pero cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano al arca para sostenerla, porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió, porque había

extendido su mano al arca; y murió allí delante de Dios. Y David tuvo pesar, porque Jehová había quebrantado a Uza; por lo que llamó aquel lugar Pérez-uza, hasta hoy.

Y David temió a Dios aquel día, y dijo: ¿Cómo he de traer a mi casa el arca de Dios? Y no trajo David el arca a su casa en la ciudad de David, sino que la llevó a casa de Obed-edom geteo. Y el arca de Dios estuvo con la familia de Obed-edom, en su casa, tres meses; y bendijo Jehová la casa de Obed-edom, y todo lo que tenía." (1.º de Crónicas 13: 1-14)

Leemos aquí con cuánto celo quiso David traer el arca a la casa de Dios. Según la opinión general, David era un hombre de bien. Sin embargo, actuó a la inversa de la palabra de Dios, pues el arca sólo podían llevarla los levitas. Unas barras de madera de acacia recubiertas de oro pasaban por los anillos a los lados del arca, y es por medio de esas barras apoyadas sobre los hombros de los levitas que se transportaba. Los filisteos, por su parte, emplearon anteriormente su propio método para devolverla a Israel:

"Estuvo el arca de Jehová en la tierra de los filisteos siete meses. Entonces los filisteos, llamando a los sacerdotes y adivinos, preguntaron: ¿Qué haremos del arca de Jehová? Hacednos saber de qué manera la hemos de volver a enviar a su lugar.

Ellos dijeron: Si enviáis el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino pagadle la expiación; entonces seréis sanos, y conoceréis por qué no se apartó de vosotros su mano. Y ellos dijeron: ¿Y qué será la expiación que le pagaremos? Ellos respondieron: Conforme al número de los príncipes de los filisteos, cinco tumores de oro, y cinco ratones de oro, porque una misma plaga ha afligido a todos vosotros y a vuestros príncipes. Haréis, pues, figuras de vuestros tumores, y de vuestros ratones que destruyen la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel; quizá aliviará su mano de sobre vosotros y de sobre vuestros dioses, y de sobre vuestra tierra. ¿Por qué endurecéis vuestro corazón, como los egipcios y Faraón endurecieron su corazón? Después que los había tratado así, ¿no los dejaron ir, y se fueron?

Haced, pues, ahora un carro nuevo, y tomad luego dos vacas que crien, a las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced volver sus becerros de detrás de ellas a casa. Tomaréis luego el arca de Jehová, y la pondréis sobre el carro, y las joyas de oro que le habéis de pagar en ofrenda por la culpa, las pondréis en

una caja al lado de ella; y la dejaréis que se vaya. Y observaréis; si sube por el camino de su tierra a Bet-semes, él nos ha hecho este mal tan grande; y si no, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que esto ocurrió por accidente.

Y aquellos hombres lo hicieron así; tomando dos vacas que criaban, las uncieron al carro, y encerraron en casa sus becerros. Luego pusieron el arca de Jehová sobre el carro, y la caja con los ratones de oro y las figuras de sus tumores. Y las vacas se encaminaron por el camino de Bet-semes, y seguían camino recto, andando y bramando, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda; y los príncipes de los filisteos fueron tras ellas hasta el límite de Bet-semes.

Y los de Bet-Semes segaban el trigo en el valle; alzando los ojos vieron el arca, y se regocijaron cuando la vieron. Y el carro vino al campo de Josué de Bet-semes, y paró allí donde había una gran piedra; y ellos cortaron la madera del carro, y ofrecieron las vacas en holocausto a Jehová. Y los levitas bajaron el arca de Jehová, y la caja que estaba junto a ella, en la cual estaban las joyas de oro, y las pusieron sobre aquella gran piedra; y los hombres de Bet-semes sacrificaron holocaustos y dedicaron sacrificios a Jehová en aquel día. Cuando vieron esto los cinco príncipes de los filisteos, volvieron a Ecrón el mismo día." (1.º de Samuel 6: 1-16).

Este pasaje nos relata de qué manera los filisteos devolvieron el arca pues la ira de Dios se había descargado contra ellos. El arca es un tipo o figura del Señor Jesús. En 1.º de Crónicas 13, observamos que para traer el arca a Jerusalén, David adoptó por desgracia el método de los filisteos. En vez de preguntar a los levitas, consultó con los capitanes y todos los jefes. Guiado por su celo, David instituyó un orden natural, encargando a una escolta militar que acompañara el arca. No se ajustó al orden divino. Se rebajó pidiendo consejo militar. Se imaginaría sin duda, que de esta manera se causaría mucha impresión en el pueblo. "Y llevaron el arca de Dios de la casa de Abinadab en un carro nuevo; y Uza y Ahío guiaban el carro. Y David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, arpas, salterios, tamboriles, címbalos y trompetas." Era una gran procesión; una escolta militar seguía al arca. Sin embargo, todo era contrario al orden divino. Ellos tenían la palabra de Dios para gobernarles, pero en su celo natural usaron métodos mundanos.

Al llegar a la era de Quidón, Uza extendió su mano para sostener el arca porque los bueyes tropezaban (véase 1.º de Crónicas 13:9). Según la palabra de Dios, nadie podía tocar el arca. La ira de Dios se encendió contra Uza porque había extendido su mano al arca; y murió allí mismo. Este incidente se produjo en la era de Quidón. Allí Dios enseñó a David una lección muy importante, o sea que no podemos traer nuestra sabiduría a la casa de Dios. Por eso hallamos tanta esterilidad en el pueblo de Dios, en la casa de Dios.

Leemos luego, en el capítulo 15, que David se arrepintió. Es entonces que Dios quitó la paja y el heno de la mente de David. Lo que nosotros llamamos sabiduría e inteligencia, para Dios es como paja. Según Dios, había entonces mucho desecho en el cerebro de David. Es igual en cuanto a nosotros. Por fuera somos muy inteligentes, pero nuestra cabeza está llena de desperdicios que llamamos sabiduría e inteligencia de este mundo. Dios tiene que emplear toda clase de medios para liberar nuestro cerebro de todo ese desecho. Con este fin, Dios permitió que durante muchos años Saúl persiguiera a David, pues tenía que aprender a caminar dirigido por la voluntad de Dios, y a mantenerse en ella, en cada detalle de su vida.

En 1.º de Crónicas 13, leemos que David tomó consejo con los militares, pero ahora, en el capítulo 15, vemos que consulta a los levitas: "Vosotros que sois los principales padres de las familias de los levitas, santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y pasad el arca de Jehová Dios de Israel al lugar que le he preparado; pues por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová nuestro Dios nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza." (1.º de Crónicas 15: 11- 13). David dice: "por cuanto no le buscamos según su ordenanza". Había aprendido esta importante lección, a saber, que nuestro propio celo, nuestra inteligencia y habilidades naturales, lo mismo que nuestras actividades no traen más que la muerte en la obra de Dios. Por esa razón, Dios tuvo que obrar tan severamente con respecto a David.

"Así los sacerdotes y los levitas se santificaron para traer el arca de Jehová Dios de Israel. Y los hijos de los levitas trajeron el arca de Dios puesta sobre sus hombros en las barras, como lo había mandado Moisés, conforme a la palabra de Jehová." (1.º de Crónicas 15: 14,15). En lo sucesivo, el arca se llevaría de ese modo, conforme al

orden que Dios había establecido. Y cuando se respeta el orden divino, la alegría se hace patente en todas partes (véase 1.º Cr.15: 25-28).

Examinemos ahora la segunda vez que Dios llevó David a una era. Dios había ordenado que no se hiciera el censo del pueblo de Israel, porque para combatir al enemigo no debían confiarse en su propia fuerza, ni en la importancia de su armamento. David sabía muy bien que no era por sus fuerzas, ni por sus propios medios que podía vencer a los enemigos. Cuando tuvo que afrontar a Goliat el filisteo, él mismo testificó, diciendo: *"Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza: porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos."* (1.º de Samuel 17:47).

En efecto, fue por el poder divino que se logró esta victoria, y no por la fuerza de David. No obstante, después de tantos años, David tuvo la tentación de hacer el censo del pueblo, para conocer el número exacto de gente de guerra con la que podía contar en el país. Encargó entonces esta misión a Joab: *"Y dijo el rey a Joab, general del ejército que estaba con él: Recorre ahora todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Beerseba, y haz un censo del pueblo, para que yo sepa el número de la gente. Joab respondió al rey: Añada Jehová tu Dios al pueblo cien veces tanto como son, y que lo vea mi señor el rey; mas ¿por qué se complace en esto mi señor el rey? Pero la palabra del rey prevaleció sobre Joab y sobre los capitanes del ejército. Salió, pues, Joab, con los capitanes del ejército, de delante del rey, para hacer el censo del pueblo de Israel."* (2.º de Samuel 24: 2-4).

Resultó que la ira de Dios se encendió contra ellos y setenta mil hombres perecieron ese día: *"Y Jehová envió la peste sobre Israel desde la mañana hasta el tiempo señalado; y murieron del pueblo, desde Dan hasta Beerseba, setenta mil hombres. Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalén para destruirla, Jehová se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía al pueblo: Basta ahora; detén tu mano. Y el ángel de Jehová estaba junto a la era de Arauna jebuseo."* (2.º de Samuel 24: 15,16).

Para lograr la victoria y para toda necesidad, nuestra mirada debe estar fija solamente en el Señor. Hoy día notamos que muchos servidores de Dios, en vez de confiar en Dios haciéndole conocer sus necesidades, recurren a toda clase de artimañas y métodos humanos. Se sirven de fotos, de publicidad y de "zapatos rotos" para causar

impresión. En la India tenemos unas vacas que no dan fácilmente su leche. Se ha de apelar a especialistas para ordeñarlas, porque si otras personas se acercan, darán coces. En América, cuando se quiere reunir mucho dinero para la obra de Dios, emplean especialistas que se ocupen de "ordeñar" a la gente. No dependen de Dios a fin de obtener los fondos necesarios para Su obra. Se usa también toda clase de medios humanos, terrestres y mundanos para atraer la gente a las reuniones. Estos procedimientos no son escriturarios. No utilizan la palabra de Dios, ni los métodos de Dios para ejercer su ministerio. Es porque sus mentes están llenas de desecho, es decir, de paja, heno y rastrojo. Lo que llamamos inteligencia y sabiduría, Dios lo mira como desecho, como basura, y Él no puede obrar eficazmente con nosotros, si nos valemos de esos medios.

Hemos de mirar a Él solamente. Él satisfará nuestras necesidades. Ésa fue la primera lección que el Señor me enseñó, hace cuarenta y seis años, cuando me di a Su servicio. Me recomendó que no hiciese alusión alguna a nadie –en cualquier país que me encontrara–, acerca de las necesidades de la obra de Dios, o de las mías propias. Durante todos esos años nunca hicimos un llamamiento, ni enviamos circulares pidiendo dinero; ningún medio hemos usado con este fin. Sin embargo, Dios provee con abundancia a todas nuestras necesidades. Él es un Dios vivo.

Al fijar su vista en las energías naturales, David cesó por un momento de mirar al Dios vivo. Fue necesario que Dios le llevara, por segunda vez, a una era, la de Ornán el jebuseo, en el monte Moriah, a fin de que fuese definitivamente liberado de esos desechos, de esas barreduras de heno y paja que todavía subsistían en él. Es en el monte Moriah que Abraham fue probado en su fe. En ese mismo lugar, David pasó después por un profundo arrepentimiento. Al final, fue allí, en la era de Ornán el jebuseo, que Salomón erigió el templo: *"Comenzó Salomón a edificar la casa de Jehová en Jerusalén, en el monte Moriah, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo."* (2 Cr.: 3:1).

Desde ese momento, es decir, cuando David fue liberado de su inteligencia, sabiduría y celo humanos, Dios pudo darle con todo detalle la revelación del plano del templo. Después todo lo hacía conforme a la voluntad revelada de Dios: *"El hacer tu voluntad, Dios*

mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón." (Salmo 40:8). David se complacía en hacer la voluntad de Dios.

Estas importantes lecciones las aprendió a través de pruebas y persecuciones. A causa de los celos, el rey Saúl persiguió a David; Mical, su mujer, no pudo protegerle de la ira de su padre Saúl. Llegó el momento en que Jonatán, su mejor amigo, no pudo ayudarlo más. Su familia tampoco le pudo socorrer y los levitas de la casa de Dios, no pudieron igualmente hacer nada por él. No le quedó más remedio que irse a refugiar a la cueva de Adulam. Allí toda clase de gente afligida y endeudada se juntó con él:

"Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos, y tuvo consigo como cuatrocientos hombres." (1.º de Samuel 22:1,2).

¡Cuatrocientos hombres en dificultad, escondidos en esa cueva! No era un número pequeño, pero el ejército entero del rey Saúl, mucho más numeroso, vino a sitiar esa cueva. David disponía de cuatrocientos hombres y no tenía dinero. No podía salir de la cueva y nadie podía entrar. Pero Dios le dio fe, de modo que pudo confiarse en Él para todas sus necesidades. En esas circunstancias, después que el rey Aquís lo echó y se fue a la cueva de Adulam, huyendo del rey Saúl, escribió los Salmos 34 y 108.

"Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma. Lo oirán los mansos, y se alegrarán. Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre. Busqué a Jehová, y él me oyó. Y me libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen." (Salmo 34: 1-9).

En ese momento era su experiencia personal. Imagínense cuatrocientos hombres hambrientos, en una cueva cercada por el ejército enemigo. Todos los que habían venido junto a David eran

pobres, no tenían nada. Sin embargo, en esa cueva, día tras día, Dios proveía a todas sus necesidades de una manera o de otra. Ellos oirían ciertamente a los leoncillos rugir en el valle, reclamando su pasto, pues los leones cuando están hambrientos van y vienen rugiendo. Lo mismo ocurre con muchos servidores de Dios. Cuando necesitan mucho dinero, dependen de sus llantos, de sus lamentos y de toda clase de astucias para obtenerlo. Pero David dice: *"Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien." (Salmo 34:10).*

¿Cómo comenzaban ellos el día en esa cueva? Allí no tenían comida, no había nada; ni almacén, ni supermercado. Pero por fe empezaban el día con alabanzas: *"Mi corazón está dispuesto, oh Dios; cantaré y entonaré salmos; esta es mi gloria. Despiértate, salterio y arpa; despertaré al alba. Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos; a ti cantaré salmos entre las naciones. Porque más grande que los cielos es tu misericordia, y hasta los cielos tu verdad. Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra sea enaltecida tu gloria." (Salmo 108:1,5).* Cada mañana, en vez de murmurar, se ponían a tocar instrumentos musicales, y, de inmediato, tal vez por medio de ángeles, Dios proveía. Debían encomendarse a Dios para todo. Mientras cantaban, su fe se fortalecía.

David comprendió que debía conocer cuál era la voluntad de Dios en todas las cosas. Con la ayuda del sacerdote que estaba con él, se sirvió del efod, como leemos en el siguiente pasaje:

"Dieron aviso a David, diciendo: He aquí que los filisteos combaten a Keila, y roban las eras. Y David consultó a Jehová, diciendo: ¿Iré a atacar a estos filisteos? Y Jehová respondió a David: Vê, ataca a los filisteos, y libra a Keila. Pero los que estaban con David le dijeron. He aquí que nosotros aquí en Judá estamos con miedo; ¿cuánto más si fuéremos a Keila contra el ejército de los filisteos? Entonces David volvió a consultar a Jehová. Y Jehová le respondió y dijo: Levántate, descende a Keila, pues yo entregaré en tus manos a los filisteos. Fue, pues, David con sus hombres a Keila, y peleó contra los filisteos, se llevó sus ganados, y les causó una gran derrota; y libró David a los de Keila.

Y aconteció que cuando Abiatar hijo de Ahimelec huyó siguiendo a David a Keila, descendió con el efod en su mano. Y fue dado aviso a Saúl que David había venido a Keila. Entonces dijo Saúl: Dios lo ha

entregado en mi mano, pues se ha encerrado entrando en ciudad con puertas y cerraduras. Y convocó Saúl a todo el pueblo a la batalla para descender a Keila, y poner sitio a David y a sus hombres.

Mas entendiendo David que Saúl ideaba el mal contra él, dijo a Abiatar sacerdote: Trae el efod. Y dijo David: Jehová Dios de Israel, tu siervo tiene entendido que Saúl trata de venir contra Keila, a destruir la ciudad por causa mía. ¿Me entregarán los vecinos de Keila en sus manos? ¿Descenderá Saúl, como ha oído tu siervo? Jehová Dios de Israel, te ruego que lo declares a tu siervo. Y Jehová dijo: Sí, descenderá. Dijo luego David: ¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl? Y Jehová respondió: Os entregarán." (1.º de Samuel 23: 1-12).

Durante el período del Antiguo Testamento, los sacerdotes usaban una túnica de lino, por encima el manto azul, luego el efod de cinco colores, encima de éste el pectoral incrustado de piedras preciosas y en la cabeza llevaban la mitra. Dentro del pectoral había además dos piedras preciosas: Urim y Tumim. Con la ayuda de esas dos piedras, el sumo sacerdote podía conocer la voluntad de Dios para el pueblo. Hasta ahora no sabemos cómo funcionaban esas dos piedras. Aquí leemos que David mismo había aprendido a consultar a Dios y a conocer cuál era Su voluntad, con la ayuda del sacerdote que llevaba el efod.

A través de circunstancias difíciles y dolorosas, Dios enseñó progresivamente a David a conocer y descubrir en todo Su voluntad. Pero Dios tuvo antes que liberarlo de todos sus recursos, los que en él aún actuaban y le dirigían. En adelante, dependería por entero de la voluntad de Dios. Fue entonces que Dios le confió el escrito, en el cual figuraba el plano detallado de la construcción del templo.

El separarse simplemente de las denominaciones existentes y reunirse aparte, no basta para satisfacer a Dios. Según Dios nos va revelando, adquirimos paso a paso el conocimiento de Su voluntad y de Su plan perfecto. Entonces podremos ejecutar todas las cosas en perfecta armonía y en conformidad con el plan de Dios para nuestra vida personal, nuestro ministerio, el culto del domingo y para todas las actividades.

David tuvo, pues, que aprender cómo entrar en el plan de Dios, y ajustarse a él en todos los pormenores de la vida diaria. Esto presupone

una obediencia de todo corazón a la voluntad de Dios y a Su palabra. Esta misma lección enseñó el Señor a Sus discípulos, antes de subir al cielo:

"Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.

Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.

Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: Tú, ¿quién eres? Sabiendo que era el Señor." (Juan 21:1-12).

Después de su resurrección, éste fue el último milagro que hizo Jesús, antes de ascender al cielo. Por este milagro, el Señor quiso enseñar a los discípulos cómo servirle eficazmente. Ellos eran pescadores de mucha experiencia; desde la niñez habían ejercido este oficio. Sin embargo, no habían pescado nada en toda la noche. El Señor les mostraba que si dependían de sus capacidades, de su habilidad y propia cualificación, no pescarían nada. Les dijo entonces que echaran la red a la derecha de la barca. Sucedió que pescaron ciento cincuenta y tres peces grandes. Nos hacemos fecundos y fructuosos, cuando entramos en el plan de Dios en todos los detalles.

Ante todo hemos de aprender la obediencia. Cuando el Señor Jesucristo se les apareció en la playa, su primera pregunta fue: "Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No." Confesaron espontáneamente su esterilidad y fracaso. A continuación, vino la primera orden: "Echad la red a la derecha". Ellos obedecieron. La segunda orden fue: 'Pescados, soy vuestro Creador, obedecedme'. Éstos, cumpliendo la orden, se pusieron en movimiento. Los pescados no viven solitarios; siempre van juntos de todos los tamaños. El Señor dio entonces su tercera orden: 'Sólo quiero los peces grandes, de buen tamaño. Los pequeños, marchaos'. Y, obedeciendo, se fueron. Se adelantaron únicamente los grandes. Cuarta orden: 'Peces, avanzar en fila india'. Al mandato del Señor, vinieron bien ordenados y, apesar del gran número, la red no se rompió. De venir juntos desordenadamente, quizás los ciento cincuenta y tres peces grandes se hubieran atropellado o peleado por entrar, y la red se habría roto. Por esta razón el Señor les mandó: 'Venid, uno tras otro, sin reñir'. Tendremos asimismo fruto, si andamos según el orden divino.

En seguida llevaron los peces a la playa donde hallaron tres cosas: brasas encendidas, pescado y pan. El pescado no venía del mercado, ni el pan del panadero. El Señor, con Sus propias manos, había preparado brasas, pescado y pan. Él no tenía necesidad de ir al comerciante para procurarse alimento. Con sus manos, horadadas por los clavos, les había preparado la comida. Así, Él les garantizaba que si le obedecían, Él mismo satisfaría todas sus necesidades. Es inútil estar ansiosos o angustiados, porque Él es un Salvador lleno de amor y un Salvador vivo. Obedeciéndole de manera incondicional y confiando en Él de todo corazón, veremos nuestras necesidades satisfechas.

Viviendo, pues, en Su divino plan —plan perfecto—, tanto en el terreno individual como en el familiar y corporativo, podremos llevar mucho fruto. Por eso Dios necesita instrumentos como David, instrumentos que sepan vivir en perfecta armonía con el plan divino.

Que el Señor nos ayude para que seamos instrumentos —vasijas como David—, dispuestos a hacer toda Su voluntad, según Su plan celestial.

S A L O M Ó N

- INSTRUMENTO PARA LA EJECUCIÓN DEL PROYECTO DE DIOS -

"Dijo, pues: Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios." (1.º de Samuel 4:22).

"Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa." (2.º de Crónicas 7:1).

Hemos empezado a ver cómo quiere servirse el Señor de nosotros, a fin de volver a traer Su gloria en medio de Su pueblo. En el momento en que recibimos al Señor Jesucristo como nuestro Salvador, mediante el arrepentimiento y la fe en Su obra acabada, entramos de seguida en una séptupla participación de nuestro Señor, así como en Su propósito. Él perdona nuestros pecados, aunque sean muchos, y, al mismo tiempo, nos introduce en una colaboración con Él, y nos hace partícipes de Él eternamente. Es en efecto un gran misterio que nosotros, seres humanos, llenos de flaquezas, podamos ser obreros, colaboradores de Dios, asociados a un propósito muy grande y elevado. Ser Sus colaboradores es un gran honor que recibimos por fe.

Vimos cómo penetró el pecado en la casa de Dios, en el tiempo del sumo sacerdote Elí. En aquellos días, la palabra de Dios escaseaba y las visiones no eran nada frecuentes. Muy pocas personas conocían la voz de Dios, Sus caminos o Su palabra. Los hijos del sacerdote practicaban cosas inicuas, horribles. Se apropiaban con violencia de lo que estaba destinado a ser ofrecido a Dios. Por esta razón, el arca del pacto fue tomada y llevada de en medio de Israel, y la gloria se fue.

Hoy día podemos observar el mismo estado de cosas, las mismas condiciones en el pueblo de Dios, en general. Hay esterilidad, infantilismo y bancarrota espiritual a causa del pecado: la inmundicia, la rebelión, la desobediencia. Pero, ahora, el Señor Jesucristo quiere que seamos Sus colaboradores para traer de nuevo Su gloria en medio de Su pueblo.

Por Ana aprendemos a orar para conocer la voluntad de Dios y satisfacer Su necesidad misma, siendo de ese modo Sus colaboradores. Por Samuel, el Señor nos muestra cómo llegar a ser Sus voceros, cómo

conocer y oír Su voz, y obedecerle enteramente. Por el ejemplo de Samuel, aprendemos también a no ser gobernados por las circunstancias exteriores o las apariencias, sino por las realidades interiores. Por David aprendemos a entrar en el plan de Dios en cuanto a nuestra vida individual, familiar y corporativa. Por último, mediante el ejemplo de Salomón, aprendemos a servir a Dios en perfecta paz, y en completa obediencia y sumisión.

"Y cuando se edificó la casa, la fabricaron de piedras que traían ya acabadas, de tal manera que cuando la edificaban, ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro." (1.º de Reyes 6:7). Este edificio era único. No creo que en el mundo entero se encuentre otro que se le asemeje. Hasta para construir una simple choza, hacen falta martillos y otros instrumentos. Pero para ese edificio, la Escritura afirma que ni martillos ni hachas, ni ningún otro instrumento de hierro se oyeron en la casa mientras se estaba construyendo. Era un edificio de gran magnitud, para el que se usaron piedras grandes, labradas, de mucho valor: *"Y mandó el rey que trajesen piedras grandes, piedras costosas, para los cimientos de la casa, y piedras labradas." (1.º de Reyes 5:17).* Con mucha precaución, minuciosidad y exactitud, se fueron preparando todas esas piedras. Se labraron según el plano, el perfecto modelo que Dios había dado a David por escrito. *"Y los albañiles de Salomón y los de Hiram, y los hombres de Gebal, cortaron y prepararon la madera y la cantería para labrar la casa." (1.º de Reyes 5:18).*

En 1.º de Crónicas 28:19, hemos visto también que Dios reveló a David cada detalle de esta construcción. Cada detalle vino, pues, del cielo, escrito por Dios mismo. Hoy día, para construir un edificio importante, los arquitectos han de pasar mucho tiempo, a veces meses, para hacer los cálculos y trazar los planos. Pero para los planos del templo, Dios no empleó arquitecto ni ingeniero. Dios mismo dio el plano preciso y detallado de esta construcción, indicando sus dimensiones, sus materiales y cada detalle.

Por lo tanto, los obreros que se ocuparon de la preparación del material, los canteros y los carpinteros de armar, no tuvieron más que trabajar según el escrito de Dios, consultando constantemente este plano para ejecutarlo con fidelidad. Era una obra maravillosa. En cuanto las piedras estuvieron listas, el armazón fue preparado, cortado y pulido escrupulosamente según el plano divino, de modo que todo se

ajustó con exactitud perfecta, pues la mano de Dios estaba sobre todos los obreros: los canteros, los albañiles, los carpinteros, etc. Ellos no habrían podido ejecutar esta obra con su propia sabiduría, inteligencia o capacidades humanas. Así, todo este edificio hablaba de la mano de Dios, de Su sabiduría, del orden divino y del propósito de Dios.

Para tomar parte en la construcción del edificio de Dios —en el sentido espiritual—, cualquiera que sea nuestra participación, nuestra mente debe estar libre de codicia, de celos, de animosidad, de toda intención de discusión, disputa o riña. La obra de Dios puede progresar y realizarse solamente en la paz, la unidad y la humildad.

Desde el punto de vista humano, David estaba dotado de grandes cualidades cuando Dios lo escogió (véase 1.º de Samuel 16:18). Era un joven temeroso de Dios y lleno de celo por Dios, como vemos en 1.º de Samuel 17: 47, cuando dijo: *"Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanzas porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos."* Pero Dios ve las cosas más allá que el hombre. Había en David mucha sabiduría y capacidades humanas de las que debía primero ser liberado, para que se le confiara el diseño del templo. Por eso Dios lo estuvo preparando durante ocho años. Le tuvo que hacer pasar por toda clase de aflicciones, pruebas, sufrimientos y experiencias duras y difíciles. Incluso siendo ya rey, Dios le llevó por dos veces a una era —lugar en el que se separa el buen grano de la paja—, para quitar de su cerebro toda esa sabiduría, esa inteligencia y cualificaciones humanas. Allí aprendió importantes lecciones (véase 1.º de Crónicas 13:9 y 2.º de Samuel 24), pues lo que nosotros llamamos sabiduría e inteligencia, Dios lo llama paja y heno.

Por esta misma razón, Dios tuvo que guardar a Moisés cuarenta años en el desierto, antes de poderle revelar el modelo del tabernáculo; debía olvidar todo lo que había aprendido en Egipto. Con todo, Dios le advierte solemnemente: *"Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte." (Éxodo 25:40)*

Ni Moisés, ni David, ni Salomón podían cambiar o modificar el modelo revelado. Y, sin embargo, lo que Moisés y Salomón ejecutaron, no fueron sino sombra de esta construcción nueva y espiritual que Dios está llevando a cabo: *"los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés"*

cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: *Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.*" (Hebreos 8:5). Esta casa celestial Dios la está edificando ahora, con nuestra colaboración.

"Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios.

Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo, como hijo, sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.

Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron y vieron mis obras cuarenta años. (Hebreos 3:1-9).

Notemos bien lo que dice el versículo 6: *"la cual casa, somos nosotros"*. Lo que Moisés construyó y lo que Salomón edificó más tarde, duraron cierto tiempo. Aunque el tabernáculo y el templo fueron muy gloriosos en su época, tenían un día que dejar de existir. Pero lo que el Señor está construyendo ahora, con nuestra colaboración, permanecerá para siempre. En el tabernáculo y después en el templo, la gloria se manifestó por poco tiempo; mientras que ahora, esta gloria que el Señor desea revelar, será por la eternidad. Seamos vigilantes para seguir siendo Sus colaboradores, bajo la autoridad, la realeza y señorío del Señor Jesucristo; es nuestra responsabilidad. La advertencia que el Señor nos da es ésta: *"Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones"* (Hebreos 3:7,8). Todo lo que se construyó en el tiempo de Moisés y de Salomón, fue sólo sombra de la casa espiritual del Señor Jesucristo que se está edificando actualmente.

Veamos lo que sucedió al terminarse la obra del templo: *"Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas, y la gloria de Jehová llenó la casa."* (2.º de Crónicas 7:1). Fuego descendió del cielo, consumiendo el holocausto

y los sacrificios que estaban sobre el altar. Esto nos recuerda y nos habla del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el pecador que se acerca a Dios le es agradable. Todos esos sacrificios del pasado, aunque muy numerosos, nunca pudieron justificar a un solo pecador ante la presencia de Dios. Pero el Señor Jesucristo, por su sacrificio único y perfecto, nos lleva a la perfección para siempre. No tenemos ya necesidad de otro sacrificio; aún más Él mismo es nuestro Sumo Sacerdote para siempre en los cielos:

"Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar, mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo." (Hebreos 7:22-27)

Nuestro Señor Jesucristo, en calidad de Sumo Sacerdote, ejerce Su ministerio intercediendo sin cesar ante Dios, por nosotros, a causa de nuestros fallos y continuas flaquezas. Por el sacrificio único de sí mismo, el Señor Jesucristo nos hace completos para siempre. *"Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad."* (Colosenses:2:9,10).

"Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." (Hebreos 2: 16-18).

El Señor Jesucristo habría podido venir a la tierra en forma de ángel, si hubiese querido, pero el versículo 16 dice: *"socorrió a la descendencia de Abraham"*. Se hizo, pues, un hombre semejante a nosotros, y después de Su bautismo, durante cuarenta días, el diablo

hizo presión sobre Él con todas las tentaciones que pueden acosar a un ser humano, de cualquier edad y origen (véase Lucas 4:2). En la Biblia, el número cuarenta representa la prueba. El Señor Jesucristo dejó confuso al diablo, pues en su cuerpo humano hizo frente a tentaciones de toda clase, triunfando en nuestro lugar y a nuestro favor. Por eso cuando viene una tentación, de cualquier índole, podemos inmediatamente acudir al Señor y decirle: —Señor Jesucristo, tú eres mi Sumo Sacerdote, ayúdame por favor a triunfar de esta y de esa situación. Y el Señor contesta: —Sí, hijo mío, yo mismo he pasado por todas esas tentaciones que tú conoces ahora, y, por ti, he triunfado de todas. Entonces el Señor nos perdona, nos lava, nos purifica con su preciosa sangre, y de esa manera nos restablece y rehabilita: *"Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."* (Hebreos 2:18).

Le recibimos como nuestro Salvador, y al mismo tiempo como nuestro Sumo Sacerdote. Él es verdaderamente poderoso para salvarnos hasta la perfección, haciéndonos perfectos de sus celestes perfecciones. No es necesario que veamos el fuego descender sobre nuestros sacrificios, porque el Señor Jesús ya lo hizo en nuestro favor.

"Entonces Salomón reunió ante sí en Jerusalén a los ancianos de Israel, a todos los jefes de las tribus, y a los principales de las familias de los hijos de Israel, para traer el arca del pacto de Jehová de la ciudad de David, la cual es Sión. Y se reunieron con el rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Etanim, que es el mes séptimo, en el día de la fiesta solemne. Y vinieron todos los ancianos de Israel, y los sacerdotes tomaron el arca. Y llevaron el arca de Jehová, y el tabernáculo, los cuales llevaban los sacerdotes y levitas.

Y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel que se había reunido con él, estaban con él delante del arca, sacrificando ovejas y bueyes, que por la multitud no se podían contar ni numerar. Y los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. Porque los querubines tenían extendidas las alas sobre el lugar del arca, y así cubrían los querubines el arca y sus varas por encima. Y sacaron las varas, de manera que sus extremos se dejaban ver desde el lugar santo, que está delante del lugar santísimo, pero no se dejaban ver desde más afuera; y así quedaron hasta hoy." (1.º de Reyes 8: 1-8).

Cuando acabaron la obra, trajeron el arca y la pusieron en el lugar santísimo. Así, antes de que comprendamos el designio que Él ha concebido al salvarnos, hemos de dar al Señor Jesucristo un completo gobierno y dominación de todo nuestro ser.

El templo se componía de tres partes:

- el atrio,
 - el lugar santo,
 - el lugar santísimo.
- i) En el atrio estaba el altar de los sacrificios y la fuente de bronce en la que los sacerdotes debían lavarse los pies y las manos.
 - ii) En el lugar santo había tres objetos: el candelero de oro, la mesa de los panes de la proposición y el altar de oro para el incienso.
 - iii) En el lugar santísimo estaba el arca del pacto y, sobre el arca, sirviendo de tapa, el trono de misericordia o el propiciatorio sobre el que se hallaban dos querubines.
- En el atrio brillaba la luz solar.
 - El lugar santo era alumbrado por el candelero de oro día y noche.
 - En el lugar santísimo ninguna luz del exterior penetraba; allí brillaba exclusivamente la luz divina.

Una sola vez al año —el día de la expiación—, el sumo sacerdote podía pasar detrás del velo para entrar en el lugar santísimo. En ese día, el sumo sacerdote ofrecía la sangre del sacrificio y la esparcía sobre el propiciatorio, la cubierta de oro del arca.

La multitud de creyentes se reunía en el atrio y delante del templo; no les estaba permitido penetrar en el interior. Muchos traían animales para ofrecerlos como holocaustos, como sacrificios de paz, sacrificios por el pecado y de expiación. Todos estos sacrificios nos hablan del sacrificio único y completo del Señor Jesucristo. Luego debían poner sus manos sobre esos animales y confesar sus pecados. Los animales eran entonces sacrificados en su favor. El sumo sacerdote se ponía sus vestiduras sagradas, tomaba la sangre del sacrificio y la llevaba detrás del velo, en el lugar santísimo.

Ahora, imagínense al sumo sacerdote, rociando con esta sangre el propiciatorio que cubría el arca del pacto. De repente, desciende fuego del cielo, consumiendo la sangre rociada sobre el propiciatorio. Era la

prueba de que el Dios santo estaba satisfecho, de que el sacrificio a favor del pueblo —ofrecido por el sumo sacerdote—, había sido aceptado, de que los pecados del pueblo habían sido perdonados gracias a la sangre del sacrificio.

Fuera, el pueblo esperaba con ansiedad. El sacerdote salía entonces para decirles: —Pueblo, ¡regocijaos! El Dios santo ha perdonado vuestros pecados. Al ofrecer la sangre por vosotros, rociándola sobre el propiciatorio de oro, sobre el trono de misericordia, vi el fuego que descendió y consumió la sangre hasta la última gota. Dios ha perdonado todos vuestros pecados. ¡Regocijaos! ¡Regocijaos! ¡Regocijaos! Todos se ponían a cantar, pues era el día más feliz para toda la nación. Esto sucedía una vez al año; pero el Señor Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote eterno, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, celestial y eterno: *"y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención."* (Hebreos 9:12). Este acontecimiento tuvo lugar muy temprano, en la mañana de la resurrección.

En Juan 20: 17, leemos: *"Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"* Comparemos ahora este versículo, con Mateo 28:9: *"He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron."*

En el primer caso, el Señor dice a María Magdalena : "No me toques". Pero en el segundo caso, en esta nueva aparición que sucedió unos minutos más tarde, las mujeres se acercan y le abrazan los pies. El Señor Jesucristo permite entonces que le toquen. Estos dos sucesos tuvieron lugar en la mañana de la resurrección. ¿Por qué le dijo a María: "No me toques"? Él mismo nos da la respuesta: "porque aún no he subido a mi Padre". Dice claramente: "aún no he subido". Quiere decir que después de Su resurrección, antes que nadie pudiese tocarle, nuestro Señor tenía primero que subir al cielo con una intención muy precisa. ¿Para qué subió? En calidad de eterno Sumo Sacerdote fue al cielo para ofrecer Su propia sangre en nuestro favor: *"y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención."* (Hebreos 9:12).

En el Salmo 16:10, tenemos una profecía: *"porque no permitirás que tu amado vea la corrupción."* Esto significa que el cuerpo físico del Señor Jesucristo no se puede corromper como ocurre con el nuestro. En el instante mismo en que nuestro corazón cesa de latir, nuestro cuerpo sufre los efectos de la descomposición; es inevitable, por mucha fuerza y salud que hayamos tenido. Pero según esta profecía, el cuerpo del Señor Jesucristo no conoció la corrupción porque tenía un cuerpo santo. Nunca pecó; jamás conoció el pecado. Es el único que ha sido santo del todo. Nació por el Espíritu Santo y es perfectamente santo. Por esta razón, Su cuerpo nunca conoció la corrupción. No había ningún olor en el sepulcro del Señor. Por consiguiente, Su sangre no vio nunca la corrupción. Ahora, díganme: ¿qué ocurrió con la sangre del Señor Jesús?

Mientras oraba en el jardín de Getsemaní, la sangre salió de Su frente como gotas de sudor. Cuando le hincaron la corona de espinas, la sangre brotó de su cabeza. Le azotaron con látigos de hierro, y la sangre fluyó de Sus heridas. Cuando lo clavaron en la cruz, la sangre corrió de Sus manos y pies. ¿Qué sucedió con esta sangre? No podía quedar en tierra y secarse como la nuestra por ser incorruptible. Es una sangre santa en sumo grado. Muy temprano, en la mañana de la resurrección, el Señor Jesucristo, como Sumo Sacerdote, cogió Su propia sangre y la llevó al cielo en nuestro favor: *"Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive."* (Hebreos 9:17).

En calidad de Sumo Sacerdote celestial y eterno, Él cogió Su sangre y la llevó para presentarla una vez para siempre a nuestro favor. Es un sacrificio de un valor eterno, un sacrificio perfecto. Por esa sangre somos perdonados, purificados, lavados, reconciliados y santificados. Esta sangre hizo expiación por nosotros y jamás su eficacia podrá agotarse: *"¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"* (Hebreos 9: 14). Por eso tenemos una libertad tan grande para entrar en el Lugar Santísimo: *"Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo,"* (Hebreos 10: 19)

Volvamos al templo de Jerusalén. La obra está acabada, el sumo sacerdote puede entrar en el Lugar Santísimo, una sola vez al año, para

obtener el perdón y la reconciliación. Pero, ahora, nuestros pecados han sido perdonados, quitados, alejados de una vez para siempre. Por eso podemos acercarnos a Dios con toda seguridad, e invocarle. Por la virtud de la sangre preciosa del Señor Jesucristo, podemos venir a Dios y ser Sus colaboradores. Por medio de Su sangre podemos acercarnos a Él a cada instante, con cualquier necesidad, y contemplar la gloria de Dios por la eternidad.

En aquellos días, después de ofrecer, una vez al año, el sacrificio por el pecado, el sumo sacerdote tenía también el privilegio de oír la voz de Dios por medio del Urim y Tumim. *"Y pondrás en el pectoral del juicio Urim y Tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre delante de Jehová; y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante de Jehová." (Éxodo 28:30). "Él se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará por el juicio del Urim delante de Jehová; por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán, él y todos los hijos de Israel con él, y toda la congregación." (Números 27:21).*

El sumo sacerdote debía ponerse primero una bella túnica blanca de lino fino. Por encima, el manto azul con granadas y campanillas alrededor del borde. Sobre él, el maravilloso efod de cinco colores. Encima de éste, sobre el pecho, llevaba el pectoral con doce piedras muy preciosas. Dentro del pectoral estaban el Urim y Tumim, y en la cabeza llevaba la mitra con una lámina de oro puro por delante, a guisa de diadema.

Así, por medio del Urim y Tumim, el sumo sacerdote podía oír la voz de Dios, y contestar a las preguntas de los que venían a él para conocer la voluntad y el plan de Dios. Hasta hoy, nadie sabe cómo funcionaban el Urim y Tumim. Era el único medio del que disponía el sacerdote para conocer y discernir el pensamiento y la voluntad de Dios.

Ahora, para el creyente, el Señor Jesús mismo es este Urim y Tumim. *"Envía tu luz y tu verdad, éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas." (Salmo 43:3).* Dicho de otro modo: *'Haz que salgan tu luz y tu verdad, que ellas me conduzcan a tu santo monte, a tu tabernáculo, a tu morada.'* *"Entraré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo; y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío." (Salmo 43:4).*

El Señor Jesús es mi Urim y Tumim; Él es mi Luz y mi Verdad: *"Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." (Juan 8:12)*

"Jesús les dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." (Juan 14:6).

El Señor Jesucristo no es únicamente mi Salvador, mi Redentor y mi Sumo Sacerdote, Él es al mismo tiempo mi Urim y Tumim. Es con su ayuda que puedo oír la voz de Dios, y así tener mi parte y el cargo que he de desempeñar en la construcción de Su tabernáculo celestial. Siendo yo mismo una parte de esta morada celestial, puedo contemplar la gloria de Dios y llegar a ser una parte de esta gloria. Por eso, en nuestros días, la gloria de Dios puede verdaderamente descender en nosotros y sobre nosotros, a fin de que podamos oír la voz apacible y delicada de Dios, día a día.

"...pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo, si oyereis hoy su voz," (Hebreos 3: 6,7).

Estoy convencido de que cada creyente puede hoy oír la voz de Dios. Primeramente tenemos que ser lavados, purificados, santificados por Su preciosa sangre. Por esta razón, el Señor Jesús dijo a María: "No me toques". Antes debía subir al cielo, en calidad de Sumo Sacerdote, para limpiarnos con su sangre preciosa. Y ahora, cada creyente puede recibir y comprender el pensamiento de Dios, Su voluntad, Su plan, Su propósito. Al ser miembros de la casa de Dios, los creyentes pueden gozar de la presencia y la gloria de Dios, porque el lugar de morada de Dios está en su Iglesia. La plenitud de Dios se encuentra sólo en su Iglesia:

"Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo." (Efesios 1:22,23).

"...en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." (Efesios 2: 21,22).

"...para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales." (Efesios 3:10).

"para que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos, Amén." (Efesios 3: 17 a 21).

La morada de Dios es la Iglesia; y la multiforme sabiduría de Dios es dada a conocer sólo por medio de Su Iglesia. La plenitud del amor de Dios está en Su Iglesia, y es a través de ella que se puede ver. La gloria de Dios, en su plenitud y por la eternidad, se manifiesta en la Iglesia.

En vista de todo esto hemos aprendido, y debemos aprender a oír la voz de Dios, y, oyendo Su voz, tenemos parte en la casa de Dios. Esta casa, esta Iglesia, está destinada a expresar y a mostrar la gloria de Dios. Cada uno de nosotros puede participar en esta Iglesia, gozando de la perfecta paz de Dios, estando sumisos a su realeza y su señorío.

EL LUGAR CENTRAL DEL SEÑOR JESUCRISTO EN LA IGLESIA

"Dijo, pues: Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios." (1.º de Samuel 4: 22)

"Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa" (2.º de Crónicas 7: 1)

Desde el comienzo de nuestra santa convocación, estos pasajes de la palabra de Dios han atraído nuestra atención. Hemos mostrado que las condiciones que en aquellos tiempos prevalecían, son parecidas a los de hoy en día. Del mismo modo, los medios que en aquella época empleó Dios para hacer volver la gloria en Israel, son válidos y necesarios en nuestros días. Todo lo que Dios hace y hará en cualquier lugar, será teniendo como base el respeto al cumplimiento de las normas y ordenanzas que Él mismo ha establecido.

Como vimos, el estado del pueblo de Dios se caracteriza, hoy día, por la bancarrota espiritual: flaqueza, pobreza e infantilismo espirituales. Esta situación no podrá cambiar, a menos que cada uno de nosotros tome su parte en esta obra, que consiste en hacer volver la gloria de Dios en medio de su pueblo. Todos podemos ser colaboradores y compañeros de Dios en Su obra, y gozar de este privilegio.

Las cuatro personas que Dios utilizó, representan cuatro grandes principios espirituales que se deben poner en práctica y cumplir, con miras a traer de nuevo la gloria. El ejemplo de Ana nos enseña que hemos de aprender a orar según Su plan, como colaboradores y compañeros de Dios, conociendo Su propia necesidad. Observamos que en todo tiempo, donde quiera que Dios ha obrado, siempre lo ha hecho derramando, antes de nada, espíritu de gracia y de suplicación. Lo experimentamos en la India, hace muchos años, cuando Dios empezó a trabajar en medio nuestro.

Esto nos hace comprender, por qué el diablo ataca nuestra vida de oración en el comienzo mismo de nuestra vida cristiana. En todo el mundo las reuniones de oración, en el pueblo de Dios, son muy pobres.

Pocos son los que asisten en nuestros días; no por falta de tiempo, sino porque en sus corazones no hay carga de oración. Se repiten frases, pero sin saber realmente cómo orar en calidad de colaboradores y compañeros de Dios, con necesidad, con carga en los corazones, conociendo el pensamiento, la voluntad y el propósito de Dios.

Por medio de Ana, Dios introdujo a Samuel, el cual sería Su vocero para proclamar el mensaje de Dios a Su pueblo. Cuando en nosotros hay una carga de oración, entonces podemos oír con claridad la voz de Dios. Los creyentes se han vuelto sordos espiritualmente, porque no tienen esa carga para orar. Por tanto, Dios tiene que levantar siervos que sean Sus voceros, los que proclamen Su mensaje, Su voluntad y propósito. Nos damos cuenta de la necesidad que hay, en todo el mundo, de esos instrumentos, esos hombres de Dios. Para empezar no es el conocimiento de la palabra de Dios lo más importante, sino el que oigamos Su voz que nos habla. Leamos la Biblia de rodillas ante Dios, para oír a Dios hablarnos cada día. Hay muchos que pasan tiempo leyendo la Biblia y, con todo, no oyen la voz de Dios a través de lo que leen.

Por David aprendemos del modo que hemos de ser encauzados y formados para entrar en el plan, el propósito de Dios. Lo hemos de aprender como individuo, como familia y como asamblea. Después de haber sido liberado por entero de toda su sabiduría e inteligencia naturales, David pudo recibir de Dios la visión del plano celestial. De igual manera, nos damos cuenta de que Dios tiene que deshacer todos nuestros pensamientos e intenciones, antes de hacernos entrar en la visión de Su propósito celestial. Muchos de nosotros hemos aprendido y estamos aprendiendo a través de amargas experiencias, cómo Dios nos prepara para recibir el conocimiento de Su plan.

Finalmente, por David se introdujo a Salomón, hombre de paz, por el que se ejecutó la construcción del templo. Tuvo que ajustarse con exactitud a cada detalle del plano de Dios, antes de edificar el templo. Fue el único edificio, en el mundo entero, y a través de todas las edades, que se construyó de esa manera. Dios trazó cada detalle del diseño que dio a David (véase I.º de Crónicas 28:19). Todo lo hicieron conforme al plano de Dios, con mucha precisión y minuciosidad. Trajeron las piedras ya preparadas, en sus perfectas dimensiones, antes de colocarlas en el edificio. No se oyó ningún ruido de instrumento.

Dios demostraba que en Su casa se pueden hacer las cosas con calma, sin discusión ni envidia.

Para satisfacer las exigencias y necesidades de Dios, no basta con dejar una denominación y crear un nuevo grupo. En todas partes hay creyentes que abandonan sus denominaciones y se reúnen aparte, porque están simplemente descontentos e insatisfechos. Se imaginan que es mejor separarse de los demás y reunirse alrededor de la mesa del Señor, el domingo por la mañana, en otro lugar. Aunque se reúnan aparte, traen consigo todo lo malo que hay en los antiguos sistemas. Vemos en medio de ellos orgullo, celos y contiendas. No hay gozo real ni vida verdadera en sus reuniones. Muchos ambicionan la autoridad y el poder. Algunos se marchan de sus denominaciones porque no les gusta su pastor; otros porque no se les elige ancianos en su asamblea; otros porque ciertos mensajes les han molestado; otros porque nunca se pusieron de acuerdo con los demás; otros porque no quieren vivir una vida de separación, de santificación; otros porque había en sus corazones animosidad, odio y cosas semejantes. Por esta razón no hay paz en sus nuevos grupos. Pero Dios nos muestra que sólo ajustándonos a Sus divinos principios, llevaremos a cabo Su plan. No vamos a realizar el pensamiento de Dios conformándonos a un esquema teórico, como por ejemplo el plano de un ingeniero. Él ha de revelarnos Su voluntad y Su perfecto plan, y nosotros hemos de obedecerle y seguirle paso a paso, para poner por obra Su propósito. Veamos lo que sucedió cuando se acabó la construcción del templo.

Durante años, David padeció persecuciones del rey Saúl. Luego tuvo que hacer la guerra a los filisteos; pero también se nos dice que juntaron botines después de cada victoria: *"de lo que habían consagrado de las guerras y de los botines, para reparar la casa de Jehová."* (I.º de Crónicas 26:27). Su primer pensamiento fue: *"¿qué clase de materiales serán más útiles para la construcción de la casa de Dios?"* A través de todas esas batallas, todas esas guerras, reunieron materiales que más tarde sirvieron para edificar el templo.

Lo mismo ocurre espiritualmente con nosotros. Nuestra vida cristiana se compara con una guerra espiritual. Tenemos que pasar por muchas luchas interiores y exteriores. Es una batalla que dura toda nuestra vida acá. *"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en*

las regiones celestes." (Efesios 6:12). Cada vez que vencemos la tentación o que superamos de manera victoriosa las pruebas, juntamos material espiritual para edificar la casa de Dios. Sólo el Señor sabe la clase de material que debemos traerle para construir la nueva creación.

Por una palabra del Señor Jesucristo, vino a existir la antigua creación. "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca." (Salmo 33:6). Digámoslo otra vez: por una palabra del Señor fueron creados los cielos, y todo de la nada. Nuestro Señor habló y la cosa apareció. En el principio, sin que fuese necesario labrar y sembrar, todo se creó espontáneamente. "...dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así." (Génesis 1:11). Pero en lo que se refiere a la nueva creación, ésta no podrá ser creada sino por nuestra colaboración con el Señor. Por eso en la nueva creación seremos llamados la esposa del Señor. "Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido." (Apocalipsis 21:2,3).

En los siglos venideros, todos reunidos formaremos la nueva creación de Dios. Las pruebas, las aflicciones y las luchas por las que pasamos y que atravesamos victoriosamente, son ocasiones de juntar materiales para constituir la nueva creación de Dios. Es la razón por la que, en la palabra de Dios, somos llamados: especial tesoro, perlas preciosas y otros calificativos. "Porque Jehová ha escogido a Jacob para sí, a Israel como su tesoro especial" (Salmo 135:4 V.M.).

Leamos en Mateo 13: 44-46: "Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró."

En estas dos parábolas, la persona que va a comprar es el Señor Jesucristo. En el primer caso, compra un campo en el que hay un tesoro escondido; en el segundo caso, compra una perla preciosa. Para adquirir el campo y la perla, tuvo que vender todo lo que tenía. Pero nosotros no tenemos nada que dar ¡somos tan pobres por naturaleza! El

Señor Jesucristo se despojó enteramente, y se entregó a sí mismo para ser nuestro Salvador. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." (2.ª Corintios 8:9). A los ojos del Señor Jesucristo, cada creyente, quienquiera que sea, cualquiera que sea su debilidad o su estupidez, es un tesoro escondido en un campo, y una perla, porque para rescatarnos el Señor pagó el mismo precio por cada uno de nosotros, en particular.

Hemos sido escogidos por Él, como el campo y la perla, para que por nuestro medio se manifieste la riqueza de Su gloria, de Su belleza y magnificencia. Podemos regocijarnos en nuestras aflicciones, en nuestras pruebas, nuestras dificultades y sufrimientos, porque sabemos, ahora, que tenemos así el privilegio de dar a Dios materiales para la construcción de Su nueva creación. Esta verdad es para nosotros cada vez más real y eficaz, en la medida en que permanecemos bajo el señorío de nuestro Jefe supremo, el Señor Jesucristo.

Cuando se acabó la construcción del templo, trajeron el arca del pacto al lugar que le estaba destinado. Fue lo primero que hicieron. Esto significa que el Señor Jesucristo, quien en Su persona es este arca del pacto, debe ocupar el lugar que le corresponde en nuestra vida y en nuestro servicio. Pero vemos en nuestros días que, en muchos casos, el Señor no tiene la preeminencia en el ministerio, en el culto, la predicación y las actividades. Se da a los hombres el sitio privilegiado que pertenece al Señor Jesucristo. Sin embargo, leemos en la palabra de Dios que al terminarse la construcción del templo, en seguida trajeron el arca al lugar que debía ocupar:

"Acabada toda la obra que hizo Salomón para la casa de Jehová, metió Salomón las cosas que David su padre había dedicado; y puso la plata, y el oro, y todos los utensilios, en los tesoros de la casa de Dios.

Entonces Salomón reunió en Jerusalén a los ancianos de Israel y a todos los príncipes de la tribus, los jefes de las familias de los hijos de Israel, para que trajesen el arca del pacto de Jehová de la ciudad de David, que es Sión.

Y se consagraron con el rey todos los varones de Israel, para la fiesta solemne del mes séptimo. Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel, y los levitas tomaron el arca; y llevaron el arca, y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios del santuario que

estaban en el tabernáculo; todos los sacerdotes y los levitas los llevaron.

Y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel que se había reunido con él delante del arca, sacrificaron ovejas y bueyes, que por ser tantos no se pudieron contar ni numerar. Y los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo bajo las alas de los querubines. Pues los querubines extendían las alas sobre el lugar del arca, y los querubines cubrían por encima así el arca como sus barras." (2.º de Crónicas 5: 1-8).

Hemos leído que "metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar". Era lo primero que se debía hacer para que la gloria descendiera. El arca del pacto es un tipo del Señor Jesucristo; es decir una figura de Su encarnación y de que fue crucificado para ser nuestro Salvador y resucitado para nuestra justificación.

Antes, pues, de participar en la construcción de este edificio espiritual, y para volver a traer la gloria de Dios, tenemos que aprender la sumisión a Su señorío y a Su soberanía, día tras día. A veces hay personas que predicán muy claro, con vigor y energía acerca del señorío del Señor Jesucristo; pero si van ustedes a pasar algún tiempo con ellos, en su casa, verán entonces la diferencia. En realidad, la mujer es el jefe de familia y no el marido. En la asamblea, el hombre es la cabeza; pero en la casa, es su mujer. Es un mal corriente, una verdadera calamidad en los países occidentales. Mientras el marido se está en un rincón, silencioso, como un corderito, la mujer habla media hora sin parar. Esto es inconsecuencia. Por tanto, el Señor tiene que hacernos pasar por pruebas y sufrimientos para que aprendamos a estar bajo Su señorío; primero de un modo individual, luego como familia, y finalmente como asamblea. Todo ha de someterse continuamente al señorío, a la autoridad del Jefe supremo, el Señor Jesucristo.

Hay ancianos de asambleas que no se sujetan al señorío del Jefe; no obstante, elaboran planes para la obra de Dios. Es indispensable que los ancianos se reúnan y oren de rodillas para pedir a Dios que les de a conocer Su plan, por lo que se refiere al ministerio de cada día y del domingo. De lo contrario, habrán discusiones, animosidades y envidias. El honor le será dado a los hombres y no a Dios. Por eso, al acabarse la obra, lo primero que hicieron fue poner el arca en su lugar.

En muchos casos, el Señor Jesucristo está considerado como "la Cabeza", pero no lo es de veras, al menos en la práctica. En Inglaterra, por ejemplo, la reina es la "cabeza" del pueblo y del país, pero en la realidad, ella no tiene nada que decir; no tiene ningún poder, ninguna autoridad. Los que gobiernan hacen todo en el nombre de la reina, pero la pobre reina no es más que una muñeca o un juguete. Y, muchas veces, nos damos cuenta de que el Señor Jesucristo no es realmente la Cabeza, el Jefe supremo. Sin embargo, Él es la Cabeza: *"Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud"* (Colosenses 1:17-19). Es imprescindible que como individuos, familias y asambleas, nos entreguemos primero al señorío de este Jefe supremo, cumpliendo todas las cosas, después de haber buscado a conocer y comprender Su perfecta y entera voluntad. Pero es posible, si juntos pasamos de rodillas el tiempo necesario en oración. De otra manera, verán toda clase de prácticas y costumbres extranjeras invadir el pueblo de Dios, como leemos en Marcos 7: 1-13 :

"Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; los cuales, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban. Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos.

Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas? Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

*Este pueblo de labios me honra,
mas su corazón está lejos de mí.*

Pues en vano me honran,

enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.

Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes."

Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y : El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán, (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas."

A menos que aceptemos cada día el señorío del Señor Jesucristo en todo, de manera práctica, en experiencia, seguiremos siendo esclavos de las tradiciones humanas. Así que dejar simplemente una denominación para formar un nuevo grupo, no glorifica a Dios. Los que quieren salir de una denominación, deben comenzar aprendiendo a ser dirigidos y gobernados por Él, en todas las cosas.

En la India pasamos por toda clase de pruebas, de persecuciones y sufrimientos. Antes de salir de nuestras denominaciones, aprendimos por experiencia a no emprender nada, a no hacer nada, a no ir a ninguna parte sin estar convencidos y totalmente seguros del plan de Dios. Muchos de los que al principio nos siguieron, traían consigo la carga de las tradiciones y de antiguas costumbres. Tuvimos primero que predicar con autoridad y firmeza con respecto a todas las tradiciones hindúes, musulmanas, y otras. Lo mismo ocurre con las costumbres naturales hindúes, americanas y demás costumbres cualesquiera que sean.

Si queremos seguir la palabra de Dios, tal cual es, no podemos hacerlo sin sujetarnos al señorío del Señor Jesús. Recibiremos fuerza, inteligencia y sabiduría para seguirle, cediendo a Su señorío. Cuando pusieron el arca en su lugar, ofrecieron los sacrificios y adoraron. Asimismo, adoramos correctamente cuando nos rendimos a la Cabeza suprema, al Jefe. Tenemos que dar al Señor todo Su lugar. También es preciso apartar la mirada de los predicadores para fijarla sólo en Jesús. Además, el reloj no debe guiarnos en el culto. Debemos dar al Señor todo el tiempo que Él quiere para el culto de adoración o para otro servicio. Entonces gozaremos de una entera libertad en la adoración.

"Y cuando los sacerdotes salieron del santuario (porque todos los sacerdotes que se hallaron habían sido santificados, y no guardaban sus turnos; y los levitas cantores, todos los de Asaf, los de Hemán y los de Jedutún, juntamente con sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino, estaban con címbalos y salterios y arpas al oriente del altar; y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas),

cuando sonaban, pues, las trompetas, y cantaban todos a una, para alabar y dar gracias a Jehová, y a medida que alzaban la voz con trompetas y címbalos y otros instrumentos de música, y alababan a Jehová, diciendo: Porque él es bueno, porque su misericordia es para siempre; entonces la casa se llenó de una nube, la casa de Jehová.

Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios." (2.º de Crónicas 5: 11-14)

Es así, juntos, de común acuerdo, como un solo hombre, que ellos adoraban, magnificaban, exaltaban, glorificaban a Dios. En ciertos lugares hemos visto a algunos (que recién habían dejado sus denominaciones), pasar todo el tiempo cantando cánticos, imaginándose que eso es adorar. En inglés, la palabra que se usa para "adoración", significa en verdad: "cuán precioso es el Señor para mí". Éste es el verdadero sentido de la adoración: "Cuán precioso es el Señor para mí". No es cantando simplemente algunos coritos que se puede expresar esta realidad.

Les voy a dar una ilustración. En el norte de la India hay un comerciante que vende tapices persas. Un hombre muy rico entró un día en la tienda. Vio algunos tapices persas expuestos en los muros de la tienda y, en el centro, uno pequeño que llamó su atención. Preguntó su precio y la respuesta fue:

—Señor, este tapiz no está en venta.

Entonces, el adinerado cliente, dijo:

—Le doy cien rupias por él.

—Señor, este tapiz no está en venta —volvió a decirle el comerciante.

Esta vez el cliente le ofreció mil rupias. La respuesta fue la misma. En seguida el rico propuso diez mil rupias. Pero sin variación, la respuesta era:

—No, señor, no está en venta.

En definitiva, el cliente llegó a ofrecer hasta cien mil rupias. Al final, el comerciante le dijo:

—Este tapiz es muy precioso para mí; tanto que aunque me llenara usted la tienda y la casa de oro puro, no se lo vendería.

—Pero ¿por qué? —preguntó el cliente.

—Este tapiz —contestó el comerciante—, se ha transmitido en mi familia de generación en generación. Mi padre me dio este tapiz antes de morir, y me dijo: "Hijo mío, este tapiz forma parte de nuestra fortuna familiar desde hace muchas generaciones. No lo vendas por nada del mundo". Mi padre mismo lo recibió de su padre, y así de padre a hijo, desde hace muchas generaciones. Por esta razón, no nos separamos de él.

Esto es adoración. En inglés quiere decir, en cierto modo: "Esto es lo que tiene valor". Antes de la partición del pan en la cena del Señor, pasamos tiempo en adoración, y así decimos que el Señor Jesucristo es más precioso para mí que mi padre, mi madre, mi marido, mi mujer, mis hijos, mi trabajo, mi fortuna y todas las cosas. Debe ser una expresión personal de cada uno de nosotros. No es cantando, en ese momento, algunos cánticos, que adoramos en verdad. Cada uno puede, a su vez, expresar ante Dios con sus propias palabras cuán precioso es el Señor Jesucristo para él. Nuestra adoración debe expresarse de modo individual. Así es como entramos en la verdadera adoración. Con frecuencia se oye a los cristianos decir: "Señor, te damos gracias, te alabamos te adoramos." Pero debería ser una cosa personal: "¡Oh, qué precioso es Él para mí!". Cuanto más le obedecemos, tanto más le amamos, más le seguimos y más hallamos y descubrimos semana tras semana, cuán precioso es Él. Notaremos que nuestra mirada se aparta cada vez más de los predicadores, de las personas y de las cosas para fijarse en Él solo. En muchos sitios son siempre los mismos —tres o cuatro—, que toman parte en la adoración cada domingo; los demás se están callados. Si estamos sumisos al Señor Jesús, aprenderemos realmente a adorar.

Después que instalaron el arca del pacto en el Lugar Santísimo, la nube de la gloria de Dios descendió, llenó el templo, y todos los sacerdotes tuvieron que salir (véase 2.º de Crónicas 5: 12-14). Esto significa que el Señor Jesucristo, como Jefe supremo, debe tener todo el lugar en nuestras actividades; no solamente el domingo por la

mañana, sino día tras día, en nuestra vida privada, nuestra vida de familia y de iglesia.

En el 2.º de Crónicas, capítulo 6, se nos dice que el rey Salomón se puso a orar por toda clase de necesidades. Se humilló delante del pueblo para que no diesen gloria a Salomón por haber construido el templo, mas dieran gloria a Dios. De otro modo habrían honrado al rey Salomón, diciendo: —Es él que ha construido este hermoso templo. ¡Mirad qué gran rey es Salomón, qué templo tan magnífico ha edificado! Pero Salomón se humilló, se arrodilló delante de todo el pueblo. De esa manera decía: "Es Dios que ha dado la orden de construir este templo. Honremos a Dios en todas las cosas." No demos nunca a los hombres el honor que a Dios solo le corresponde. Hoy día, nos damos cuenta de que se da mucho más honor a los predicadores que a Dios mismo. La gente se imagina que exaltando y poniendo a los predicadores por las nubes, podrán de esa manera atraer más gente a sus asambleas. Por lo contrario hay más pobreza, y no hay crecimiento.

En cuanto a Salomón, siguió orando humildemente, y Dios contestó: *"Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar"* (2.º de Crónicas 7:12-15).

Después de realmente adorar, comenzamos a discernir y aprender lo que es la oración, cómo orar con humildad, con corazones quebrantados. En este terreno, también fallamos. No nos humillamos bastante en la presencia de Dios. La palabra de Dios dice: "Si se humillare mi pueblo, ... y oraren, y buscaren mi rostro". Cuando nos ponemos a orar, debemos buscar primero la presencia, el rostro de Dios. Entonces descubrimos y discernimos Su pensamiento, Su plan, y oramos conforme a Su propósito.

Más tarde, los sacerdotes pudieron entrar en la casa de Dios, y el sumo sacerdote ejercer su ministerio en debida forma. El pueblo venía

En definitiva, el cliente llegó a ofrecer hasta cien mil rupias. Al final, el comerciante le dijo:

—Este tapiz es muy precioso para mí; tanto que aunque me llenara usted la tienda y la casa de oro puro, no se lo vendería.

—Pero ¿por qué? —preguntó el cliente.

—Este tapiz —contestó el comerciante—, se ha transmitido en mi familia de generación en generación. Mi padre me dio este tapiz antes de morir, y me dijo: "Hijo mío, este tapiz forma parte de nuestra fortuna familiar desde hace muchas generaciones. No lo vendas por nada del mundo". Mi padre mismo lo recibió de su padre, y así de padre a hijo, desde hace muchas generaciones. Por esta razón, no nos separamos de él.

Esto es adoración. En inglés quiere decir, en cierto modo: "Esto es lo que tiene valor". Antes de la partición del pan en la cena del Señor, pasamos tiempo en adoración, y así decimos que el Señor Jesucristo es más precioso para mí que mi padre, mi madre, mi marido, mi mujer, mis hijos, mi trabajo, mi fortuna y todas las cosas. Debe ser una expresión personal de cada uno de nosotros. No es cantando, en ese momento, algunos cánticos, que adoramos en verdad. Cada uno puede, a su vez, expresar ante Dios con sus propias palabras cuán precioso es el Señor Jesucristo para él. Nuestra adoración debe expresarse de modo individual. Así es como entramos en la verdadera adoración. Con frecuencia se oye a los cristianos decir: "Señor, te damos gracias, te alabamos te adoramos." Pero debería ser una cosa personal: "¡Oh, qué precioso es Él para mí!". Cuanto más le obedecemos, tanto más le amamos, más le seguimos y más hallamos y descubrimos semana tras semana, cuán precioso es Él. Notaremos que nuestra mirada se aparta cada vez más de los predicadores, de las personas y de las cosas para fijarse en Él solo. En muchos sitios son siempre los mismos —tres o cuatro—, que toman parte en la adoración cada domingo; los demás se están callados. Si estamos sumisos al Señor Jesús, aprenderemos realmente a adorar.

Después que instalaron el arca del pacto en el Lugar Santísimo, la nube de la gloria de Dios descendió, llenó el templo, y todos los sacerdotes tuvieron que salir (véase 2.º de Crónicas 5: 12-14). Esto significa que el Señor Jesucristo, como Jefe supremo, debe tener todo el lugar en nuestras actividades; no solamente el domingo por la

mañana, sino día tras día, en nuestra vida privada, nuestra vida de familia y de iglesia.

En el 2.º de Crónicas, capítulo 6, se nos dice que el rey Salomón se puso a orar por toda clase de necesidades. Se humilló delante del pueblo para que no diesen gloria a Salomón por haber construido el templo, mas dieran gloria a Dios. De otro modo habrían honrado al rey Salomón, diciendo: —Es él que ha construido este hermoso templo. ¡Mirad qué gran rey es Salomón, qué templo tan magnífico ha edificado! Pero Salomón se humilló, se arrodilló delante de todo el pueblo. De esa manera decía: "Es Dios que ha dado la orden de construir este templo. Honremos a Dios en todas las cosas." No demos nunca a los hombres el honor que a Dios solo le corresponde. Hoy día, nos damos cuenta de que se da mucho más honor a los predicadores que a Dios mismo. La gente se imagina que exaltando y poniendo a los predicadores por las nubes, podrán de esa manera atraer más gente a sus asambleas. Por lo contrario hay más pobreza, y no hay crecimiento.

En cuanto a Salomón, siguió orando humildemente, y Dios contestó: *"Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar"* (2.º de Crónicas 7:12-15).

Después de realmente adorar, comenzamos a discernir y aprender lo que es la oración, cómo orar con humildad, con corazones quebrantados. En este terreno, también fallamos. No nos humillamos bastante en la presencia de Dios. La palabra de Dios dice: "Si se humillare mi pueblo, ... y oren, y buscaren mi rostro". Cuando nos ponemos a orar, debemos buscar primero la presencia, el rostro de Dios. Entonces descubrimos y discernimos Su pensamiento, Su plan, y oramos conforme a Su propósito.

Más tarde, los sacerdotes pudieron entrar en la casa de Dios, y el sumo sacerdote ejercer su ministerio en debida forma. El pueblo venía

luego para recibir la respuesta de Dios a sus problemas, por medio del sumo sacerdote.

Al terminarse la obra del templo, lo mismo que cuando se acabó la del tabernáculo, la voz de Dios se oyó de encima del propiciatorio, de entre los querubines, como leemos en Números 7: 89: *"Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él."* Hoy también podemos oír la voz de Dios, sometiéndonos ante todo a la autoridad y señorío del Jefe supremo, el Señor Jesús.

La sangre del sacrificio por el pecado se rociaba sobre la cubierta del arca del pacto, el propiciatorio. Esto significa que antes de orar, tenemos que reclamar la eficacia y el valor de la preciosa sangre del Señor Jesucristo. *"Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo"* (Hebreos 10: 19). Es únicamente la sangre preciosa del Señor Jesucristo que nos da libertad para entrar en Su presencia y hablarle. El Señor Jesucristo es este arca celestial. Por fe nos sometemos cada día a Su señorío. Pero antes de que oigamos Su voz que nos habla, venimos por la misma fe, bajo Su preciosa sangre, para que nos lave y nos purifique, porque podemos mancharnos con nuestros pensamientos, nuestras palabras o nuestros hechos. La palabra de Dios dice: *"Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios."* (Mateo 5: 8).

Sin embargo, en nosotros mismos no tenemos esta pureza. Sólo la preciosa sangre del Señor Jesucristo nos lava y nos hace blancos y puros. Al ser lavados con Su sangre, podemos oírle que nos habla. Esto es una realidad. Su sangre nunca pierde su poder, y, como ya vimos, el Señor Jesucristo llevó toda su sangre al cielo, en la mañana del domingo de resurrección. Lo hizo en calidad de Sumo Sacerdote. Ahora la sangre está guardada en los lugares celestiales, y desde allí es derramada en el corazón del creyente. Todos tenemos necesidad, día tras día, de ser purificados por la preciosa sangre. Hay pensamientos que no deseamos ni buscamos, pero que se hacen dueños de nosotros. Podemos mancharnos con lo que ven nuestros ojos, con nuestras palabras cuando nos irritamos; todas esas manchas han de ser lavadas, purificadas con la sangre preciosa del Señor. Entonces podemos orar, gozando de Su presencia, y hablarle cara a cara. Haciendo así, es decir viniendo siempre bajo la rociada de la preciosa sangre, para poder oír

la voz de Dios y conocer Su voluntad en cada detalle, nos daremos cuenta de que nuestra vida de oración llega a ser más eficaz .

En la época del Antiguo Testamento, el pueblo debía ir al sumo sacerdote para conocer la voluntad de Dios. Pero nosotros tenemos al Señor Jesús. Él es nuestro Sumo Sacerdote celestial. Él mismo es nuestro Urim y Tumim. Es nuestra luz y nuestra verdad. El Salmo 43: 3, dice: *"Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán"*. Somos guiados y dirigidos cada día, en todas las cosas, cuando aceptamos, por Su palabra, Su luz y Su verdad. El Señorío del Señor Jesucristo y el conocimiento de Su voluntad van juntos. Saber cuál es la voluntad de Dios, es nuestro mayor privilegio.

Hace cuarenta y ocho años que el Señor Jesucristo es mi Salvador. Si alguien me preguntara: — ¿Cuál ha sido su mayor privilegio, como creyente, durante todos estos años? Le contestaría: — Mi mayor privilegio ha sido y es conocer la voluntad de Dios y hacerla. En todas las cosas, a cada paso, en cualquier momento, en cualquier sitio, podemos saber cuál es la voluntad de Dios y cumplirla.

El Señor Jesucristo, nuestro sumo sacerdote, nuestro Urim y Tumim es un Salvador vivo. Resucitó para vivir en nosotros y, ahora, podemos hablarle como un hombre habla a su amigo, y preguntarle: — ¿Señor, puedo ir a hacer los recados? ¿Puedo ir a pasear? Puedo hacer una visita a tal o cual persona? Dame tu mensaje para alguna persona. Contesta a mis preguntas y resuelve mis problemas.

Usted verá que no tendrá libertad para hacer preguntas y recibir respuestas, si no conoce continuamente la purificación mediante la preciosa sangre. Es con esta condición y de esta manera que recibimos el conocimiento de la voluntad de Dios, en todo detalle.

Nuestra capacidad o facultad espiritual para conocer y hacer la voluntad de Dios, es en verdad la prueba y el criterio de nuestro crecimiento espiritual. Entonces, todas las otras preguntas reciben automáticamente su respuesta.

Veremos más tarde lo importante que es conocer la voluntad de Dios en todas las cosas, y cómo el Señor les ayudará a oír Su voz y comprender de manera clara Su voluntad.

"Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor." (Efesios 5:17).

Me senté en la fila del fondo. Cuando empezó la reunión, se levantaron para cantar un cántico y yo también me levanté. Se volvieron a sentar e hice lo mismo. Pero cuando el predicador comenzó su sermón, me dormí. Me dije: "No he venido a oír predicar, sino a demostrar que tengo libertad para ir a donde yo quiera. Acerca de Dios, sé mucho más que todos ellos. ¿Qué pueden ellos enseñarme de Dios? Nosotros, los hindúes, sabemos todo lo que hay que saber de Dios". Así, con todos esos orgullosos pensamientos, no presté ninguna atención a la predicación.

Al final del mensaje, se pusieron todos de rodillas para orar, y me quedé sentado, pensando: "No son mi pueblo; no conocen mi país, ni mi religión. No quiero vivir como ellos". Sin embargo, no me encontraba a gusto, y me dije: "No me parece bien quedar sentado, mientras ellos están orando; o me salgo o me tengo que arrodillar". Pero no podía salir porque había una persona de rodillas a mi derecha y otra a mi izquierda. Luego, pensé que en la India nunca habría molestado a nadie que estuviese orando. He visto, en la India, a gente de todos los rangos sociales orar en un jardín público, bajo un árbol, en la acera, o en la parada del autobús, y nunca los he estorbado. Por eso me dije: "Tengo que ser educado, respetuoso, y no incomodarles en su oración porque, a pesar de todo, se dirigen a Dios". Puse, pues, de lado mi orgullo.

Hay tres clases de orgullo: personal, nacional y religioso. Yo estaba convencido de que mi religión era la mejor, y que, nosotros, los hindúes, lo sabíamos todo con respecto a Dios. Al fin, venciendo mi orgullo, me arrodillé. En cuanto me puse de rodillas, sentí un poder divino caer sobre mí. Mi cuerpo empezó a temblar y de mi boca salieron estas palabras: "Oh Señor Jesús, bendito sea tu nombre, bendito sea tu nombre". No sé cómo pude pronunciar esas palabras, porque una vez afirmé néciamente, que fuera de la ciencia y del conocimiento no había nada. Pero en ese preciso instante sentí, sin duda alguna, un poder divino sobre mí. Cuando salí de la reunión, un hombre se acercó, diciéndome:

—¿Es usted cristiano?

—No, no soy cristiano —le dije—. Es la primera vez en mi vida que asisto a una reunión.

—Según su comportamiento —me contestó—, pienso que es usted cristiano.

Pasé tres meses en el Canadá, visitando varias regiones, y la gente fue muy amable conmigo; me trataron muy bien por todas partes. La mano de Dios me dirigía por dondequiera iba. Sin que yo lo supiera, el Señor Jesucristo me buscaba para encontrarme. Así es Él de longánime, paciente y amante. Sus caminos son inescrutables. Con qué paciencia y amor busca Él a un pecador testarudo y rebelde. Aunque había blasfemado contra Él durante unos diez años, Él seguía lleno de amor y de ternura para conmigo.

Volví al Canadá por segunda vez, en 1929, para terminar mis estudios de mecánica y de agricultura. Un día me encontré con un amigo, el señor Henson, director de Banco en la ciudad de Winnipeg. Le pedí si podía prestarme su Biblia. Muy extrañado me contestó:

—¿La Biblia? He oído decir que ustedes los hindúes no quieren la Biblia. ¿Por qué quiere usted una Biblia?

—Es cierto —le dije—. No la he querido nunca. Hasta he hablado mal de ella, pero desde hace más de un año amo el Nombre de Jesús. Deseo saber de Él, pues aún no sé nada. Por favor, déjeme una Biblia.

Entonces me dio un ejemplar del Nuevo Testamento, en inglés. Era el 14 de diciembre de 1929. Empecé la lectura en el primer capítulo del evangelio de Mateo. Estuve leyendo durante tres horas seguidas, y me dije: "Estando en la India, leí muchos libros de autores ingleses, pero nunca he visto un libro como éste. De la manera que este libro comienza, observando su estilo, examinando su contenido, me veo obligado a decir que ningún ser humano ha podido escribirlo. Cualquiera que sea la inteligencia o la cultura de una persona, no puede escribir así. Es un libro de Dios, no de los hombres. Por lo tanto, debo tener una actitud muy respetuosa cuando lo leo."

Fue con mucho respeto y reverencia que leí el Nuevo Testamento, versículo tras versículo. El jueves llegué al evangelio de Juan. Era el 16 de diciembre. Ese día me vino un pensamiento; me dije: "Es un libro muy bueno, pero es para los americanos y los europeos. Nosotros tenemos nuestros libros en la India; la Biblia está destinada sólo a los europeos y a los americanos."

Pensando estaba de esa manera, cuando sentí la presencia de Alguien que penetraba en mi habitación y se acercaba a mí. No pude ver esa Persona, pero estaba perfectamente consciente de Su presencia. Esta Persona me dijo:

—No hables así. Este libro también es para ti; de cierto, de cierto te digo.

Al oír esas palabras, mi corazón se puso a latir con fuerza. Me arrodillé y dije:

—Señor, en ese caso, soy un pecador. Sin conocer nada de la Biblia, la rompí y he hablado en contra de ella. Soy un gran pecador.

En ese momento, vi unas manchas negras en mi cuerpo, y un olor nauseabundo emanaba a la vez de mi persona. Entonces una voz me hizo oír estas palabras: "Bakht Singh, esas manchas y ese olor, provienen de tu pecado". Yo vi mis pecados. La Biblia dice: "*Mas si así no lo hacéis, he aquí habréis pecado ante Jehová; y sabed que vuestro pecado os alcanzará*" (Números 32:23). Ese día vi claramente mis pecados. El Espíritu de Dios los descubrió uno tras otro. Cosas que había olvidado desde hacía tiempo, volvieron a mi memoria en ese instante. Cuando el Señor Jesucristo saca a la luz nuestros pecados, es porque nos ama; es para perdonarnos y bendecirnos. Cuando los hombres descubren nuestros pecados, lo hacen para criticarnos.

Aquella mañana que vi mis pecados, me humillé, los confesé delante de Dios y dije:

—Señor, es verdad; aunque he ocultado mis pecados a los ojos de mis padres, de mi familia y de mis amigos, te los confieso a ti. Lo siento mucho. He hecho todas esas cosas vergonzosas; he mancillado mi cuerpo y he inventado toda clase de mentiras para disimular mis pecados. He engañado a mis padres para conseguir de ellos dinero, presentándoles cuentas falsas. ¡Oh Dios! dime, dime, ¿hay alguna esperanza para un pecador tan grande? Soy un desdichado. Tengo dinero, pero no tengo paz. Tengo cultura, educación, pero mi vida es un fracaso. Señor, dime: ¿existe verdaderamente esperanza para tan gran pecador? Una voz apacible y delicada me dijo:

—Éste es mi cuerpo que por ti fue partido, ésta es mi sangre que fue derramada para la remisión de tus pecados.

—Señor, esas palabras sobrepasan mi inteligencia, no puedo comprenderlas —contesté—, pero sé que ningún ser humano podría pronunciarlas. Nadie de mi familia, ni siquiera un sacerdote de mi religión sikh podría decir: "Mi cuerpo fue partido por tus pecados". Son, pues, *tus* palabras, Señor. Aunque no lo comprenda, *creo* que tu cuerpo fue partido por mí y tu sangre derramada para la remisión de mis pecados.

Al decir esas palabras, oí nuevamente la voz decirme:

—Hijo mío, ve en paz, tus pecados te son perdonados.

Y, como dice la Biblia, fui transformado completamente: "*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo*" (2.ª Corintios 5:17,18a)

A partir de ese instante, estas palabras fueron mi experiencia. Por aquel tiempo era esclavo de toda clase de vicios, de prácticas y pasiones malas: fumaba, bebía, bailaba y hacía toda clase de cosas viciosas. Todos esos deseos se fueron en un abrir y cerrar de ojos. El deseo de las cosas mundanas me dejó instantáneamente. Consideré a todos los hombres iguales, fuesen negros o blancos, ricos o pobres. Leí la Biblia en nueve semanas, del Génesis al Apocalipsis. Noté, en los cinco libros primeros de la Biblia, 558 veces las palabras: "Dios dijo, Dios habló, Dios apareció". Las encontramos 2000 veces hasta el libro del profeta Malaquías. Es el único libro en el mundo que contiene esas palabras. En ningún otro las hallará. Entonces oré, diciendo: —Señor, háblame. Desde ese día, hace ya 48 años, Dios me habla diariamente por este libro. Todos esos deseos mundanos desaparecieron en un segundo, y el Señor Jesucristo es cada día más y más precioso para mí.

Poco después asistí a un servicio cristiano en la ciudad de Winnipeg. Fui allí únicamente para terminar mis estudios, y hacer un cursillo práctico de ingeniero en mecánica. Un hombre alto, el señor Flint, estaba a la entrada. Viendo que era extranjero, se acercó para hablarme y saber quién era. Le dije:

—Soy cristiano y vengo de la India.

—¿Por qué no va usted a la India a predicar el evangelio? —me preguntó el señor Flint.

—Señor Flint, soy ingeniero —le contesté—. Además tartamudeo muchísimo; no puedo hablar normalmente. ¿Cómo podría ser predicador del evangelio un tartamudo como yo? He pasado muchos años estudiando para ser ingeniero. ¡No puedo predicar!

No me contestó, pero durante dos años, estas palabras: "¿Por qué no va a la India a predicar el evangelio? ¿Por qué no va? ¿Por qué no va?" me llegaban sin cesar a los oídos en mis momentos de quietud. Yo seguía diciendo: —Oh Señor, te prometo solemnemente que te daré todo lo que gane como ingeniero. No guardaré nada para mí. Lo decía

con mucha sinceridad. Imploré al Señor, diciéndole: —Señor, te suplico, no hagas de mí un predicador. No puedo predicar, estoy disminuido físicamente. No puedo hablar bien, ni cantar, pero te daré todo lo que gane, Señor. Acéptalo; ten piedad de mí, no hagas de mí un predicador. Pero el Señor me dijo: —No necesito tu dinero, te necesito a ti. Durante dos años luché así con Dios. No cesaba de decirle: —¿Cómo un hombre con esa desventaja podría ser un predicador? Pero el Señor sabe muy bien lo que hace.

En 1932, me hallaba en Vancouver. Un grupo de jóvenes me invitó para que les hablara. Uno de ellos me preguntó: —¿Podría darnos algunos informes acerca de la obra cristiana en la India? Me puse entonces a criticar a los misioneros. Aquella noche, en mi habitación, quise orar pero me fue imposible. El Señor me dijo:

—¿Con qué derecho te permites tú criticar a mis siervos? ¿Qué puedes decir de ti mismo?

—Señor, creo que para ser un predicador, estoy descalificado por completo en todos los aspectos —contesté—. Pero si de ese modo, todavía me quieres para tu servicio, estoy dispuesto. Iré a donde quieras y cuando quieras. No elijo nada por mí mismo.

El Señor me dijo de manera muy clara:

—Es con tres condiciones que te acepto en mi servicio:

- 1) Renuncia oficialmente a todos tus derechos de propiedad sobre los bienes que te pertenecen en la India; y en cuanto a tus necesidades de dinero o de otras cosas, no digas nada a nadie, no hagas ninguna insinuación o sugestión, ni te valgas de zapatos rotos.

(Mi padre poseía una fábrica, casas y una gran propiedad en el Norte de la India. En mi familia, somos seis hermanos. Me correspondía, pues, la sexta parte de todos esos bienes.)

- 2) No te unas a ninguna sociedad misionera, pero ayúdala a todas sin distinción.
- 3) No elabores tus propios planes, deja que te guíe día a día.

Era muy temprano. El 4 de abril de 1932, a las 2h 30 de la madrugada, respondí:

—Señor, estoy de acuerdo.

El asunto quedó resuelto.

Sin ningún otro proyecto en mi mente, regresé a la India en 1933. Mi padre y mi madre vinieron a recibirme a mi llegada a Bombay. Había escrito anteriormente a mi padre una carta de veintidos páginas, explicándole, con muchos versículos bíblicos, cómo el Señor Jesucristo había cambiado mi vida, perdonado mis pecados, y me había dado la paz verdadera. Cuando salí del barco, mi padre me dijo:

—Hijo mío, hasta ahora no hemos dicho a nadie que te has vuelto cristiano. Tu madre y yo solamente lo sabemos. Te pedimos que guardes el secreto cuando vengas a tu ciudad natal. No te vamos a impedir que leas la Biblia, que frecuentes las reuniones y te ocupes en la oración. Podrás ir a donde quieras para las reuniones o para orar, a condición que mientras estés en Sargodha, tu ciudad natal, no digas a nadie que eres cristiano.

—Supongamos que me tapo la boca y la nariz —repliqué—. ¿Cuánto tiempo podré seguir viviendo?

—No mucho —contestó mi padre.

—El Señor Jesucristo es mi vida —le dije—. Si Él no me hubiese salvado, viviría una vida de pecado, arruinada, fracasada. Pero el Señor Jesucristo ha salvado mi vida. Me ha perdonado mis pecados. Él es mi vida, mi gozo y mi paz, y me ha enviado a la India para ser Su testigo. ¿Cómo podría vivir renegándole?

—En esas condiciones —me contestó—, no puedes volver a casa.

A pesar de que volvía a casa después de siete años de ausencia, mi padre me dejó en ese momento en Bombay. Todo el dinero que tenía se lo di para mostrarle mi respeto. Es así que empecé mi peregrinación en la India, en 1933, hace cuarenta y cuatro años.

En esa época, iba simplemente repartiendo tratados a los transeúntes que encontraba en las calles de Bombay. No conocía a nadie. No tenía dinero para alojarme en un hotel, ni tampoco para comer. Si alguien se interesaba en el evangelio y me invitaba a tomar una taza de café o de té, esa era mi comida aquel día. Sin embargo, ¡qué feliz era! Fueron los momentos más felices de mi vida. El Señor era cada vez más precioso para mí, más querido de mi corazón. No tenía amigos, ni nadie con quien conversar, pero vivía feliz.

Por aquel tiempo, mi padre tuvo un sueño. Vio un anciano que se le acercó y le dijo: —Tu hijo ha hallado la paz, no lo aflijas. Yo estaba entonces en Karachi, en donde vivía una de mis hermanas. Cuando mi

padre vino, me llevó a casa, y así fueron cayendo las barreras, una tras otra.

A mi regreso a Karachi, un día di un tratado a un hindú, diplomado de universidad, que me dijo: —¿Por qué dan ustedes estos tratados evangélicos? ¿En qué son ustedes, los indios cristianos, mejores que los hindúes? Los cristianos van al cine como los hindúes. Nosotros no tenemos paz y ustedes tampoco. Nosotros nos peleamos, nos hacemos la guerra, pero los cristianos también. No tienen ustedes más paz que nosotros; ¿cómo puede usted pretender que los cristianos indios son mejores que los hindúes? Muéstreme en la ciudad de Karachi un solo cristiano indio que esté lleno del Espíritu, y ese día me convierto, me hago cristiano.

Había entonces dieciocho mil personas en Karachi que llevaban el nombre de cristianos: trece mil católicos romanos y cinco mil protestantes. No obstante, no pude encontrar en toda la ciudad ni un cristiano que estuviese lleno del Espíritu Santo. Esas palabras fueron para mí una verdadera provocación. Dios emplea medios muy sencillos para hablarnos y buscarnos. Desde el principio de mi conversión, creí la palabra de Hebreos 13: 8: *"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos."* Oré, diciendo: "Señor, tu palabra dice que Tú eres el mismo. ¿Por qué no vemos tu poder obrando en la India? Hay apenas tres de cada cien cristianos dignos de llevar este nombre." La palabra de Dios dice: *"Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él."* (Romanos 8: 9).

Oraba, y una vez a la semana ayunaba. Me dije: "Creo que la Biblia tiene la respuesta a cada pregunta. Es la palabra de Dios y dice que el Señor Jesucristo no cambia; Él es el mismo, en la India, en América, Europa y en todo el mundo. Tenemos que ver más poder en la India". En el evangelio de Lucas 6:12 leemos: *"En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios"*. Por esta palabra fui guiado a orar toda una noche con otro creyente. Orábamos así: "Señor, enséñanos y ayúdanos a orar toda la noche, porque ese hindú de Karachi nos ha desafiado diciendo: —Muéstreme un solo cristiano indio que esté lleno del Espíritu Santo, y me convierto en el acto. Creemos, Señor, en tu fidelidad. Danos la respuesta, respóndenos."

Tuvimos aún que perseverar durante un cierto tiempo, y creer en la fidelidad de Dios. Nosotros cambiamos, pero Dios no puede cambiar. Durante tres años enteros, dos o tres de entre nosotros insistimos en la oración. Cada vez que nos era posible, orábamos toda la noche. Al cabo de tres años, Dios comenzó a obrar. Empezó operando una profunda salvación en muchos corazones. En ciertos lugares, ocurrió incluso que los oyentes vieron caer fuego del cielo sobre algunas almas. La gente se revolcaba en el suelo llorando, convencida de pecado, arrepintiéndose. Iban de casa en casa, pidiendo disculpas y reparando el daño que habían hecho. Quemaron objetos que habían servido al pecado. Esas cosas sucedieron de 1936 a 1940 en setenta asambleas locales, en ciudades, pueblos y aldeas. Tuve el privilegio de ver millares de personas nacer de nuevo, auténticamente regeneradas con arrepentimiento sincero. Pero cuando unos meses más tarde volví a visitarlas, quedé sorprendido al ver que la mayoría había retrocedido. Eso fue un choque muy fuerte para mí. ¿Cómo era posible que habiéndose arrepentido con lágrimas, esas mismas personas se volvieran atrás? En esto me dije: "Nosotros, los evangelistas, somos responsables del crecimiento espiritual de estas personas." Después de orar semanas y meses, el Señor nos habló por Su palabra:

"Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios. Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído."

Pasando luego por Pisidia, vinieron a Panfilia. Y habiendo predicado la palabra en Perge, descendieron a Atalia. De allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido. Y habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Y se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos." (Hechos 14: 21-28).

"Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que

descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;

para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor." (Efesios 4: 8-16).

Por estos y otros pasajes, el Señor nos hablaba. Era en noviembre de 1940. El Señor nos hizo comprender que los creyentes no crecen espiritualmente por sus propios medios, ni por el ministerio de un hombre solo.

En aquel entonces iba de un lugar a otro a través de la India, dirigiendo numerosas campañas de evangelización, en todas las denominaciones del país. Mientras predicábamos en todas esas denominaciones, vimos que Dios obraba con poder. Pero, los creyentes de esas mismas asambleas, no tenían carga en su corazón por el crecimiento espiritual de los nuevos convertidos. Por lo cual toda clase de costumbres, tradiciones e instituciones humanas irrumpieron en esos sitios. Muy pocos sabían lo que enseña la Biblia acerca del nuevo nacimiento y de la salvación. Entonces nos pusimos algunos a orar otra vez: "Oh Señor, haz una obra nueva en la India, haz una obra nueva. Muéstranos tu Iglesia viva en la India". Y pedimos con fe: "Señor, da a tu Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para la edificación de los santos, como lo dice la Escritura."

Con esta carga en el corazón, participamos en numerosas reuniones de oración que duraban toda la noche: "Quiera Dios hacer una obra nueva entre los cristianos en la India". Entonces tuvimos de nuevo la promesa del libro de Isaías 43: 19: *"He aquí que yo hago cosa nueva;*

pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad."

Empezamos a darnos cuenta de que por medio de este quintuplo don que el Señor ha conferido a Su Iglesia, los creyentes crecían, se desarrollaban espiritualmente. Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, son los cinco dones que el Señor Jesucristo ha dado a Su Iglesia después de subir al cielo. Por medio de esos cinco dones, los creyentes pueden crecer a la medida de la estatura perfecta de Cristo. Este resultado no se obtiene por los milagros, las visiones, los sueños o por la sabiduría humana. Hemos visto muchos milagros, pero no nos gloriamos en ellos. Queremos ver la madurez espiritual entre los cristianos, y la Iglesia según su naturaleza celestial.

El Señor ha dicho: "Edificaré mi iglesia". Él no dijo: "Voy a edificar mi iglesia americana, india, china, japonesa, africana, alemana, francesa, etc.", sino: "Edificaré mi Iglesia". Queremos la iglesia de Dios. No nos interesan los edificios, las propiedades lujosamente amuebladas; queremos Su iglesia. Para ello hay que pagar el precio. Tenemos en primer lugar que ajustarnos a la palabra de Dios en todo detalle, y no a los preceptos humanos, para estar libres de las prácticas, ritos y tradiciones humanas. Después de muchas noches de oración, el Señor nos reveló Su plan celestial. Vimos que Dios preparaba instrumentos semejantes a Ana, Samuel, David y Salomón. Según esos cuatro principios, Dios comenzó a obrar en medio nuestro, con objeto de traer nuevamente Su gloria.

Comenzamos unos cuantos, dos o tres de entre nosotros, a orar seriamente. Pero poco a poco el número fue aumentando y muchos creyentes, en numerosos lugares de la India, se pusieron a orar noches enteras. Tenían una misma carga en el corazón. De ese modo, Dios comenzó una obra nueva por todas partes en la India. Todo ello produjo hambre y sed de la palabra de Dios. Se vendieron, en esos días, todas las Biblias existentes en la Sociedad Bíblica, en la India. Esto ocurrió tres veces. Muchos se pusieron a estudiar y a escudriñar las Escrituras. En el curso de una reunión, el Señor podía darnos hasta setenta y cinco versículos bíblicos por los cuales el Espíritu Santo testificaba: "Ved lo que Dios dice, ved lo que Él dice." Había sed de oír la voz de Dios a través de Su palabra; había hambre de la palabra de Dios en muchas partes de la India. Cada vez veíamos más personas con su Biblia, por dondequiera iban. En sus ratos libres se ponían de

rodillas para leerla y estudiarla, en cualquier momento del día. Esto hizo que deseáramos conocer y descubrir el plan y el pensamiento de Dios para nosotros.

Luego se elevó en medio nuestro esta oración: "Señor, revélanos cuál es nuestra parte en tu plan celestial. Muéstranos, Señor, tu orden celestial para tu Iglesia viva. No ambicionamos adquirir grandes edificios. Queremos únicamente ver tu Iglesia viva". Es una revelación divina que viene a nuestro corazón, después que nos hemos humillado, que hemos confesado nuestros pecados y puesto todas las cosas en orden.

El Señor levantó en aquel tiempo numerosas asambleas en la India y en el Pakistán. Y, ahora, nuestra carga, nuestra oración es: "Señor, dignate hacer una obra nueva en Francia, Alemania, Inglaterra y en todas partes, para que sepamos lo que es la Iglesia, la Morada de Dios, la vasija de Dios, el instrumento de Dios mediante el cual tú quieres mostrar tu gloria; por el que la multiforme sabiduría de Dios será dada a conocer a las potestades y autoridades en los lugares celestiales". Dios busca, desea la Iglesia. Nuestra oración, nuestra carga en estos días es: "Oh Dios, haz una obra nueva en el mundo entero."

Dios puede manifestar Su gloria cuando hay una Iglesia viva. Es un gran privilegio, un honor formar parte de esta Iglesia. Hoy día se pueden ver grandes edificios religiosos, con bello mobiliario y magníficos órganos, pero sin vida. Les pido que oren para que el Señor establezca Su Iglesia viva en Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Suiza, España y por todas partes. Es entonces que, gracias a la plenitud de Dios en Su Iglesia, se verá la madurez espiritual entre los creyentes. *"y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo"* (Efesios 1: 22,23). *"en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu."* (Efesios 2: 21,22).

La morada eterna de Dios es la Iglesia. En una iglesia viva se debe sentir la presencia de Dios, oír Su voz, conocer Su pensamiento, experimentar Su poder y comprender Su propósito. También se debe gozar en ella de una verdadera unidad entre los creyentes. La multiforme sabiduría de Dios se manifiesta a través de una iglesia así.

"para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales" (Efesios 3:10).

Quiera el Señor establecer y afirmar tal iglesia en Francia, en la que cada cual tome parte. Tomamos parte en el amor, la oración, la comunión fraternal, y por otros medios. Así, en estos días del fin en que vivimos, Dios podrá manifestar Su gloria entre todas las naciones. Cada uno de nosotros puede participar, por lo menos en la oración.

En la India hemos visto personas muy simples ser poderosos instrumentos de Dios, porque saben cómo orar y adorar, cómo conocer y hacer la voluntad de Dios. Saben lo que es la Iglesia. Quieren vivir una vida separada para Él, quieren conocer la plenitud de Dios para Su pueblo.

Que el Señor nos ayude, de modo que lleguemos a ser esos instrumentos para Él.

"Y le dijo Jehová: Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre; y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días." (1.º de Reyes 9:3)

Después que Salomón acabó la construcción de la casa, Dios le habló. Era la segunda vez que Dios le aparecía (véase 1.º de Reyes 9:2). La primera vez fue antes de empezar la construcción. Ahora, habiendo terminado la obra según el plano divino, con todo detalle, Dios le aparece para hacerle saber que sus oraciones y súplicas habían sido oídas.

Dios le dice: "Yo he oído tu oración y tu ruego". Esto significa que el Dios de gracia, de misericordia y de amor, estaba dispuesto a contestar a sus oraciones. La oración que Salomón hizo, sobre diversas necesidades, la hallamos relatada en el capítulo 8 de 1.º de Reyes. Es una oración maravillosa. Leámosla:

"Luego se puso Salomón delante del altar de Jehová, en presencia de toda la congregación de Israel, y extendiendo sus manos al cielo, dijo: Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón; que has cumplido a tu siervo David mi padre lo que le prometiste; lo dijiste con tu boca, y con tu mano lo has cumplido, como sucede en este día.

Ahora, pues, Jehová Dios de Israel, cumple a tu siervo David mi padre lo que le prometiste, diciendo: No te faltará varón delante de mí, que se siente en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden mi camino y anden delante de mí como tú has andado delante de mí. Ahora, pues, oh Jehová Dios de Israel, cúmplase la palabra que dijiste a tu siervo David mi padre.

Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? Con todo, tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, oh Jehová Dios mío, oyendo el clamor y la oración que tu siervo hace hoy delante de ti; que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual

has dicho: Mi nombre estará allí; y que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar. Oye, pues, la oración de tu siervo, y de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, también tú lo oirás en el lugar de tu morada, en los cielos; escucha y perdona.

Si alguno pecare contra su prójimo, y le tomaren juramento haciéndole jurar, y viniere el juramento delante de tu altar en esta casa; tú oirás desde el cielo y actuarás, y juzgarás a tus siervos, condenando al impío y haciendo recaer su proceder sobre su cabeza, y justificando al justo para darle conforme a su justicia.

Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante de sus enemigos por haber pecado contra ti, y se volviere a ti y confesaren tu nombre, y oraren y te rogaren y suplicaren en esta casa, tú oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y los volverás a la tierra que diste a sus padres.

Si el cielo se cerrare y no lloviere, por haber ellos pecado contra ti, y te rogaren en este lugar y confesaren tu nombre, y se volvieran del pecado, cuando los afligieres, tú oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, enseñándoles el buen camino en que anden; y darás lluvias sobre tu tierra, la cual diste a tu pueblo por heredad.

Si en la tierra hubiere hambre, pestilencia, tizoncillo, añublo, langosta o pulgón; si sus enemigos los sitiaren en la tierra en donde habiten; cualquier plaga o enfermedad que sea; toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga en su corazón, y extendiere sus manos a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres); para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres.

Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que viniere de lejanas tierras a causa de tu nombre (pues oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo extendido), y viniere a orar a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te

teman, como tu pueblo Israel; y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué.

Si tu pueblo saliere en batalla contra sus enemigos por el camino que tú les mandes, y oraren a Jehová con el rostro hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que yo edificué a tu nombre, tú oirás en los cielos su oración y su súplica, y les harás justicia.

Si pecaren contra ti (porque no hay hombre que no peque), y estuvieres airado contra ellos, y los entregares delante del enemigo, para que los cautive y lleve a tierra enemiga, sea lejos o cerca, y ellos volvieran en sí en la tierra donde fueran cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de los que los cautivaron, y dijeren: Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad; y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti con el rostro hacia su tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia.

Y perdonarás a tu pueblo que había pecado contra ti, y todas sus infracciones con que se hayan rebelado contra ti, y harás que tengan de ellos misericordia los que los hubieren llevado cautivos; porque ellos son tu pueblo y tu heredad, el cual tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro.

Estén, pues, atentos tus ojos a la oración de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo Israel, para oírlos en todo aquello por lo cual te invocaren; porque tú los apartaste para ti como heredad tuya de entre todos los pueblos de la tierra, como lo dijiste por medio de Moisés tu siervo, cuando sacaste a nuestros padres de Egipto, oh Señor Jehová.

Cuando acabó Salomón de hacer a Jehová toda esta oración y súplica, se levantó de estar de rodillas delante del altar de Jehová con sus manos extendidas al cielo." (1.º de Reyes 8: 22-54)

Esta casa fue un lugar de oración para todos los pueblos. Cuando la gloria de Dios desciende sobre Su pueblo, éste tiene atrevimiento y confianza para invocar Su Nombre, orando día y noche, cualquiera que sea la necesidad; acude a Él en todo momento, consciente de la presencia de Dios, de Su gracia y Su fidelidad. El profeta Isaías dice también acerca de la casa de Dios: "Yo los llevaré a mi santo monte, y

los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (Isaías 56:7).

La casa de Dios debería ser una casa de oración para todo el mundo. Es lo que Dios nos ha mostrado en la India, hace treinta y siete años; a saber, que el lugar de adoración debe estar abierto día y noche, para que todo el que lo desee pueda entrar y traer sus necesidades a Dios. Por la misma razón, Dios nos enseña a no tener lista de miembros, de los que asisten a nuestras reuniones para el culto de adoración o para la oración, para el ministerio o cualquier otro servicio. Decimos a los creyentes:

—La casa de Dios es casa de oración para todos los pueblos. A ustedes les corresponde decidir si su asistencia va a ser regular u ocasional. No reclamamos ningún derecho, como si fuesen nuestros miembros. Ustedes son miembros del Cuerpo del Señor Jesucristo. Él es su Rey, su Señor y su Jefe; le pertenecen a Él. Nosotros somos siervos de Dios. Estamos a su disposición para ayudarles en cualquier momento, sea de día sea de noche.

No hacemos ninguna diferencia entre los que vienen ocasionalmente a nuestras reuniones y los que asisten con regularidad. Cualquiera que sea la necesidad, si podemos ayudarles, lo hacemos. El caso es que la gente viene día y noche con toda clase de cargas y necesidades. Por ese medio, Dios nos ha abierto muchas puertas en hogares y corazones, por todas partes en la India. El lugar de reunión debe ser de tal naturaleza, de tal santidad, que todos los que entren puedan sentir realmente la presencia de Dios día y noche. En las paredes hemos puesto versículos de la palabra de Dios, de manera que las miradas se fijen en ellos y no en los que asisten. Muchas personas han testificado que al entrar la primera vez en el local de reunión, en el mismo instante, les sobrecogió el sentimiento de la presencia de Dios.

Algunos vienen a las reuniones sólo para oír un buen sermón; otros van a la casa de Dios para cantar; otros para encontrarse con sus amigos, y otros para dar la impresión de que son gente de bien; pero pocos para oír en verdad la voz de Dios. Oyendo Su voz, recibiendo la revelación —el conocimiento de Su voluntad—, en Su casa, crecemos espiritualmente. Entonces obtenemos un conocimiento nuevo y más profundo sobre la voluntad de Dios al salvarnos.

Tener el deseo de conocer la voluntad de Dios, sentir la necesidad de estar en Su voluntad es, para los creyentes, el secreto del crecimiento espiritual. Es necesario que procuremos saber cuál es Su voluntad. En el capítulo primero de la epístola a los Efesios, se mencionan cuatro veces las palabras: "la voluntad de Dios", "Su voluntad":

"Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso" (Efesios 1:1)

"...en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Efesios 1:5)

"...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo" (Efesios 1:9)

"En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Efesios 1:11)

Y además en el capítulo cinco:

"Por tanto, no sedis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor." (Efesios 5:17).

Muchas personas cuando oran, dicen: "Que se haga Tu voluntad". Pero, según la Escritura, Dios espera también que nos aseguremos de cuál es Su voluntad. *"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." (Romanos 12:2)* En este versículo se nos exhorta a que comprobemos cuál es la voluntad de Dios, a que la experimentemos y no a contentarnos con decir: "Que se haga Tu voluntad". La voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta. Seremos preservados de muchas caídas, de muchos errores, de pérdidas y perjuicios, si aprendemos la manera de conocer la voluntad de Dios.

Los hay que pasan su tiempo en palabras vanas (véase Mateo 12:36); otros malgastan su dinero sin preguntar a Dios cuál es Su voluntad; otros gastan sus energías sin ningún provecho o ganancia espiritual. Pero Dios nos dice que no somos dueños de nosotros mismos, porque hemos sido comprados a gran precio: *"¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios? Y no sois dueños de vosotros mismos; porque fuisteis comprados a gran precio; glorificad pues a*

Dios con vuestro cuerpo y con vuestro espíritu que son de Dios" (1.ª Corintios 6:19,20 V.M.).

Notad bien estas frases: "No sois dueños de vosotros mismos" y, "fuisteis comprados a gran precio". Si somos auténticos creyentes, entonces somos del Señor Jesucristo; Él mismo nos compró. El Señor lo dejó todo, se dio enteramente por nosotros para salvarnos, para rescatarnos, perdonarnos y purificarnos. Le pertenecemos.

Al principio de mi vida cristiana, solía llevar en mi bolsillo algunas piececitas de moneda, porque en la India hay muchos mendigos. Un día, al acercarse uno de ellos, metí la mano en el bolsillo para darle una monedita, como tenía por costumbre, cuando Dios me dijo:

—Ese dinero es mío; no tienes derecho a gastarlo como quieras.

En aquel tiempo, pensaba que dando al Señor la décima parte de mi dinero, podía hacer del resto lo que quería. Generalmente daba más del diezmo, y en cuanto al resto, lo gastaba en el servicio de Dios; pero lo hacía sin saber cuál era Su voluntad. Ese día, Dios me dijo:

—Es mi dinero. Que gastes mucho o poco, da lo mismo; es mío.

En ese momento, las palabras: "No sois dueños de vosotros mismos", acudieron a mi pensamiento. Y Dios me dijo:

—Tu cuerpo me pertenece, tu dinero me pertenece, el tiempo que tienes para vivir me pertenece. No puedes emplearlo a tu antojo. Te compré, eres mío.

Entonces me arrepentí y Dios me perdonó. Consultar a Dios sobre cómo gastar el dinero, las energías o el tiempo, es ahora una gran bendición para mí.

Un hombre vino una vez a verme, y me dijo:

—Hace mucho frío ¿no tendría una manta para abrigarme esta noche?

—Espere un momento —le contesté—, voy primero a orar.

Oré, pues: "Señor, este hombre tiene frío. No tiene con qué cubrirse esta noche ¿qué se puede hacer?". El Señor me contestó:

—Tienes una manta, dásela.

—Señor, es una manta nueva —le dije—. No tiene ni un boquete; está muy nueva ¿cómo se la voy a dar?

—Esa manta es mía y no tuya —me respondió.

Se la di, y ese hombre se fue muy contento. Luego me puse a pensar: ¿Con qué me voy a tapar esta noche? Voy a tener que acostarme vestido.

Aquella misma noche, después de haber estado en la ciudad, trabajando para el Señor al aire libre, entré en mi cuarto y vi encima de la cama un paquete voluminoso. No se mencionaba el remitente, pero estaban escritas estas palabras: "El Señor nos ha hablado, diciéndonos que le enviemos este paquete." Lo abrí y encontré en él una manta del mismo tamaño, del mismo color, y tan nueva como la que había dado. De esa manera el Señor me hablaba día tras día. Todo lo que tengo le pertenece. Mi tiempo, mi dinero, mis fuerzas, todo es suyo. No soy dueño de mí mismo.

Es buscando la manera de conocer la voluntad de Dios que aprendí, y que podemos aprender, cómo evitar muchas pérdidas. Antes de gastar dinero, antes de ir a cualquier sitio, busquemos saber cuál es Su voluntad. Consultemos al Señor para descubrir su perfecto plan.

El Señor también me habló por el evangelio de Juan. Después de haber saciado la multitud con unos pocos panes y pececillos, el Señor Jesucristo dijo a sus discípulos: "*Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.*" (Juan 6:12). Aquí se trataba de unos pedazos de pan. Había allí más de cinco mil personas. Mientras se repartía el pan, algunos trozos cayeron en el suelo y, conforme a la orden del Señor, tuvieron que recogerlos para que no se perdiera nada. El pan de cebada era la comida de los pobres; este cereal se utiliza en tiempos de hambre para hacer pan. Los trozos que quedaron provenían, pues, de pan de cebada que no tiene gusto. Sin embargo, el Señor dijo que aun los restos de este pan, no se debían perder.

Ahora nos preguntamos: ¿Qué se hizo de esos pedazos de pan? De quedarse allí se lo habrían comido los pájaros. Por tanto se recogieron con una intención. Desde hacía tres días y tres noches, una gran multitud estaba con el Señor Jesucristo. Muchos de ellos habían dejado sus hogares o sus trabajos para seguirle y oír Sus enseñanzas. Al volver a sus casas tuvieron que soportar a madres, a mujeres o maridos malhumorados y, si una esposa, enojada, decía a su marido: —¿Dónde has estado estos tres días? Entonces, como respuesta, el marido metía un trocito de pan en la boca de su mujer y, este pan, aun siendo de cebada, tenía un gusto tan delicioso —pues había sido bendecido por el

Señor—, que quitaba el enfado de la esposa. De ese modo no se desperdició nada.

Nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Nuestro dinero y nuestras energías pertenecen al Señor. En todo lo que tenemos y en todo lo que hacemos, el Señor quiere que llevemos mucho fruto para Él. Por esa razón, y con ese objetivo, debemos aprender a conocer diariamente y en cada detalle, cuál es la voluntad de Dios.

Sabemos que en la época del Antiguo Testamento, el pueblo de Israel consultaba al sumo sacerdote para conocer la voluntad de Dios. Hemos visto cómo se volvió espiritualmente sordo, el sumo sacerdote Elí. Por eso, en aquel entonces, el pueblo no sabía adonde ir para conocer la voluntad de Dios. Pero, ahora, tenemos al Señor Jesucristo. En él no hay ninguna flaqueza, ningún fallo. Él es el Salvador y el Señor inmutable. Él es el mismo hoy, ayer y para siempre. Él es ahora nuestro Urim y Tumim. Podemos acercarnos a Él para recibir Su consejo, Su guía y el conocimiento de Su voluntad. Haciendo Su voluntad, disfrutamos plenamente de lo que Dios nos ha preparado, pues en el Señor Jesucristo tenemos toda bendición espiritual en los lugares celestiales: "*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*" (Efesios 1:3)

Noten bien el pasado: "Dios... nos bendijo". No porque lo merecemos, sino porque es Su voluntad. A fin de llevar a cabo Su voluntad para con nosotros, Él proveyó con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Cuanto más deseen hacer la voluntad de Dios, más se darán cuenta de que reciben de Él todo lo necesario. Tenemos que aprender a descubrir de modo claro y preciso, la voluntad perfecta de Dios para nosotros. Es muy importante, urgente y necesario que aprendamos este secreto, sino sufriremos pérdidas y perjuicios.

Si desean estar seguros de la voluntad de Dios para sus vidas, retengan, por favor, tres cosas esenciales:

- a) La séptupla importancia del conocimiento de la voluntad de Dios.
- b) Las siete condiciones necesarias para que podamos conocerla.
- c) Las siete pruebas que nos dan la certeza de que conocemos la voluntad de Dios.

Para empezar, veamos:

a) La séptupla importancia y urgencia de conocer la voluntad de Dios.

1. *"Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra." (Juan 4:34)*
"No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre." (Juan,5:30)
"Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió." (Juan 6:38).

El Señor Jesucristo vivió toda Su vida, teniendo como base la voluntad revelada del Padre. El conocimiento de la voluntad de Dios dirigía Sus planes y actividades.

2. *"El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta." (Juan 7:17).*

Nuestro conocimiento del propósito que tiene Dios al salvarnos, depende de nuestra capacidad para conocer y hacer la voluntad de Dios. No podemos conocer Su voluntad por nuestra inteligencia o sabiduría naturales, ni porque sabemos griego o hebreo. Pero cuanto más dispuestos estamos a hacerla, tanto más comprendemos los misterios de Su palabra. Hay muchos misterios escondidos en la palabra de Dios, que nos serán revelados en nuestra meditación diaria.

"Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron." (Mateo 13: 16,17).

Estos secretos que fueron ocultados a los ojos de los profetas y de los justos, no se pueden ver o comprender por la sabiduría e inteligencia naturales. El Señor Jesús dijo: *"Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta."* Cumpliendo, pues, la voluntad de Dios con gozo, día a día, descubriremos cada vez más los secretos de esos misterios.

3. *"Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye." (1.ª Juan 5:14)*

Dicho de otro modo, Dios nos oye, si lo que le pedimos está de acuerdo con Su voluntad. Nuestra vida de oración es más fecunda cuando hacemos la voluntad de Dios. Como vimos con el ejemplo de Ana, satisfaremos las necesidades de Dios, si permanecemos en Su plan. Podemos orar mucho tiempo cuando lo hacemos según Su voluntad. Hay cristianos que son incapaces de orar más de cinco minutos. Se ponen de rodillas para orar, pero poco después se distraen, les duelen las espaldas, las rodillas, el corazón, y se van a dormir. No pueden orar mucho tiempo. Si nos quedamos orando para conocer la voluntad de Dios, seremos capaces de pasar mucho rato en oración y lo haremos gozosa, victoriosamente y con fe. La oración es entonces vigorizante; nos fortalece porque es una oración inspirada.

4. *"Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios." (Romanos 8:14)*

Nuestro desarrollo y madurez espirituales dependen del conocimiento que tengamos de la voluntad de Dios. El conocimiento bíblico no es de ningún modo una prueba de madurez y de crecimiento. Podrá usted juzgar de su madurez espiritual, según su capacidad para conocer y hacer la voluntad de Dios. Llevamos con más facilidad una carga espiritual, cuando nos comprometemos conscientemente a hacer la voluntad de Dios. Muchos cristianos siguen siendo niños, no maduran en el terreno espiritual. Para crecer verdaderamente, tenemos que estar en la voluntad de Dios, y hacerla cada día con conocimiento de causa.

5. *"Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre." (Mateo 12:48,50)*

El Señor pregunta: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" y también da la respuesta: "Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre". Esto quiere decir que cuanto más hagamos la voluntad de Dios, más gozaremos del afecto divino. Es haciendo Su voluntad que experimentamos en realidad el favor de Dios. Su amor se derrama sobre nosotros dondequiera vamos, si es conforme a Su voluntad. Esto lo vivimos solamente haciendo la voluntad de Dios.

6. "Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad.

Voz de Jehová sobre las aguas; truena el Dios de gloria, Jehová sobre las muchas aguas.

Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria.

Voz de Jehová que quebranta los cedros; quebrantó Jehová los cedros del Líbano. Los hizo saltar como becerros; al Líbano y al Sirión como hijos de búfalos.

Voz de Jehová que derrama llamas de fuego; voz de Jehová que hace temblar el desierto; hace temblar Jehová el desierto de Cades.

Voz de Jehová que desgaja las encinas, y desnuda los bosques; en su templo todo proclama su gloria." (Salmo 29: 2-9).

Si quieren que en todos los aspectos de sus vidas el poder de Dios se revele, hagan la voluntad de Dios. No vamos a crecer de manera espiritual ni se va a mostrar el poder de Dios, porque veamos milagros o tengamos visiones y sueños, sino porque oímos Su voz y hacemos Su voluntad día tras día. "Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Éste es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda." (Isaías 30:21). Es así que se manifiesta el poder de Dios.

7. "Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos. Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado.

Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quitame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse. Y volviendo el ángel de Jehová la segunda vez, lo tocó, diciendo: Levántate y come, porque largo camino te resta.

Se levantó, pues, y comió y bebió, y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el

monte de Dios. Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida.

Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado." (1.º de Reyes 19: 2-12)

Elías era un hombre de Dios poderoso, sin embargo lo vemos ahora desanimado, echado debajo de un enebro. Por haber dado muerte a los profetas de Baal, la malvada reina Jezabel le había lanzado un desafío, diciendo que antes de veinticuatro horas le quitaría la vida. Elías pensaría, sin duda, que Dios haría caer fuego sobre Jezabel para castigarla. Pero no hubo fuego. Dios no obra nunca como nos lo imaginamos, porque sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Él actúa a Su manera y a Su hora. En aquel momento, Elías no había comprendido este principio; por eso se desanimó y vino a sentarse debajo de un enebro. Entonces pidió a Dios que le quitara la vida, como diciendo: "No quiero más ser profeta; esta malvada reina me quiere matar y tú no haces nada, tú "duermes".

Si es usted empleado de una administración y decide abandonar el cargo que desempeña, tendrá que notificarlo un mes antes, pero Elías dio solamente un día. Estaba desanimado porque no conocía el pensamiento de Dios. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Él no iba a castigar a Jezabel en el momento que Elías había fijado, sino que lo hizo a la hora que Él mismo había determinado.

Dios llevó luego a Elías a un alto monte, y allí vino un viento grande e impetuoso, pero Dios no estaba en ese viento; en seguida hubo un terremoto, pero Dios no estaba en el terremoto; después vino un fuego, pero Dios no estaba en el fuego. Elías pensaba tal vez que Dios tendría necesariamente que enviar fuego para mostrar Su ira. En efecto, el fuego vino, pero Dios no vino. Tras el fuego, vino un silbo

apacible y delicado, y Dios habló. Le mostró que Él sabía lo que hacía; Él no "dormía". Dios le reveló entonces Su plan celestial para los años venideros.

Cuando conocemos la voluntad de Dios y la hacemos, entramos en el conocimiento de Su pensamiento y no nos desanimamos ni nos echamos debajo de un enebro. Hay cristianos con caras tristes, que se sienten desanimados, fracasados, porque Dios no actúa como ellos quieren. Si conocemos el pensamiento de Dios, no tendremos pena, ni temor ni dudas.

Veamos ahora:

b) Las siete condiciones que se han de cumplir para que podamos conocer la voluntad de Dios.

1) *"Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud" (Salmo 143: 10)*

Estar dispuesto a aprender, es la primera condición. Dios nos ha dado, a cada uno, una voluntad libre. Él nunca nos obligará. Por ejemplo, Dios nos ha dado ojos para ver, pero nos podemos negar a mirar. Dios nos ha dado una boca para comer, pero podemos rehusar el alimento. Dios nos ha dado piernas para andar, pero nos podemos negar a caminar. Dios nunca nos forzará a hacer Su voluntad. Nosotros debemos aceptarla por fe, y cada día decirle: —Señor ¿querrías, en tu bondad, mostrarme tu voluntad para hoy? Entonces Dios nos enseñará. El Señor no nos obligará a que vengamos a Él, porque ha dado a cada ser humano un libre albedrío, la facultad de decidir libremente.

2) *"El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón." (Salmo 40: 8)*

Tenemos que estar dispuestos a hacer la voluntad de Dios con gozo, y no refunfuñando. El conocer y hacer la voluntad de Dios, debería ser nuestro placer, nuestro privilegio y nuestro honor. Como ya he dicho, desde que Jesucristo es mi Salvador —hace cuarenta y ocho años—, es para mí un gran privilegio conocer y cumplir la voluntad de Dios. Siento un gozo muy grande, cada vez que descubro cuál es la voluntad de Dios para cualquier asunto, y en todo detalle. Si meditamos mucho la palabra de Dios, nos daremos cuenta de que nos

será más y más fácil saber cuál es Su voluntad. Retengamos también este hecho importante:

"Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú". (Mateo 26: 39).

Vemos aquí al Señor orando y diciendo: "no como yo quiero, sino como tú". Nosotros también tenemos que estar dispuestos a decir cada día: —Señor, no mi voluntad sino la Tuya; no mi plan sino el Tuyo; no mis pensamientos sino Tus pensamientos; no mis caminos sino Tus caminos. Hemos de decirlo con sinceridad, añadiendo: —Señor, Tu voluntad, cueste lo que cueste; sólo Tu voluntad.

3) *"Fiate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia." (Proverbios 3:5).*

Tal vez sea usted muy inteligente en los asuntos de este mundo, y haya adquirido muchos diplomas, pero todo eso no le servirá de nada para poder conocer la voluntad de Dios. Él dice: "No te apoyes en tu propia prudencia".

Existe una sabiduría humana y una sabiduría divina. Según 1.ª Corintios 1:30, el Señor Jesucristo es nuestra sabiduría. Él es la sabiduría celestial. Por fe nos asimos del Señor Jesucristo como nuestra sabiduría divina, a fin de descubrir la voluntad de Dios. Lo hacemos por fe, y por esa fe decimos: —Oh Señor, no quiero depender de mis capacidades naturales y de mis diplomas para conocer Tu voluntad; quiero Tu conocimiento, Tu entendimiento. Dame Tu sabiduría y ayúdame a descubrir Tu voluntad.

4) *"Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:6)*

Esto significa: acércate a Dios en todo tiempo, para todas las cosas, incluso para los detalles insignificantes de tu vida. "Reconócelo en todos tus caminos". Tenemos que aprender a decir: —Señor, ¿Puedo salir a pasear? ¿Puedo ir de compras? ¿Puedo hacer cierta visita? ¿Puedo escribir una carta a mi madre? ¿Puedo ir a ese sitio? Póngalo en práctica, pida consejo de Dios en todos los pormenores de su vida.

- 5) *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional."* (Romanos 12:1).

Esto quiere decir: Guarden sus cuerpos puros, libres de toda mancha. Presenten sus cuerpos a Dios como sacrificios vivos, santos y agradables a Sus ojos. Nuestros cuerpos se manchan oyendo y viendo cosas indignas. Nuestros pensamientos y nuestro espíritu se manchan leyendo libros de este mundo, mirando programas impuros en la televisión. Las amistades y compañías humanas indignas, manchan nuestros corazones. Las costumbres impuras, nos manchan. Las palabras de ira o de irritación, y ciertas aspiraciones, nos manchan igualmente. Debemos guardarnos puros, limpios de toda mancha, por medio de la sangre preciosa del Señor Jesucristo, para poder oír Su voz.

- 6) *"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."* (Romanos 12:2).

No imiten a la gente de este mundo en su modo de vestir mundano, en su conducta, su manera de vivir y sus costumbres mundanas. Somos un pueblo celestial. La palabra de Dios debe dirigirnos y no la moda de este siglo:

"Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada franja de los bordes un cordón de azul. Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra; y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos, en pos de los cuales os prostituyáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios." (Números 15: 37-41).

Dios había mandado a Sus hijos que llevaran un cordón azul en el borde de sus vestidos. Por ese medio les quería recordar que eran un pueblo celestial, un pueblo santo, el pueblo de Dios. No debían vestirse, cortarse el cabello y comportarse como los otros pueblos. En este aspecto hay una tentación común, en el pueblo de Dios, de imitar a

la gente de este mundo; de esa manera el pueblo de Dios se mancha. Debemos guardarnos puros y sin mancha, para oír claramente la voz de Dios.

- 7) *"...para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."* (Romanos 12:2b)

A Dios no le satisface que se haga simplemente lo que Él permite. Debemos, por lo contrario, asegurarnos con todas las pruebas posibles que tal cosa es en verdad la voluntad de Dios. No basta decir: "Señor, que se haga Tu voluntad". Como cristianos maduros espiritualmente, es nuestro privilegio y nuestro derecho decir: "Señor, dame todas las pruebas posibles, a fin de que tenga la certeza de Tu voluntad en todas las cosas".

Veamos ahora las siete pruebas que ponen de manifiesto Su voluntad, cuando con fe y paciencia buscamos conocerla.

- c) Las siete pruebas que nos aseguran el conocimiento de la voluntad de Dios.

- I. *"Envió, pues, por él, y le hizo entrar; y era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer. Entonces Jehová dijo: Levántate y úngelo, porque éste es."* (1.º de Samuel 16:12).

Ésta es la primera prueba o sea el testimonio del Santo Espíritu en nuestro espíritu. Dios es Espíritu. Nosotros también tenemos un espíritu. Tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu. Si hemos sido lavados por la sangre preciosa, nuestro espíritu es sensible a la voz de Dios. Sucede entonces que, cuando oramos pidiendo al Señor que nos muestre Su voluntad, nos damos cuenta de que el Santo Espíritu comienza a impresionar profundamente nuestro espíritu, al revelarnos la voluntad de Dios.

Es así que Dios habló a Samuel a propósito de la elección de David. Anteriormente Isai había hecho pasar a sus hijos mayores delante de Samuel, y cada vez Dios decía: —No es éste, no es éste. Después vino David, y Dios dijo: —Úngelo, éste es. En ese instante, el Espíritu Santo produjo una profunda impresión en el espíritu de Samuel. Si tenemos regularmente nuestro tiempo de meditación a solas ante el Señor, y nos quedamos de rodillas hasta que experimentamos Su presencia, diciéndole por fe: "Oh Señor, que Tu pensamiento sobre

este asunto se haga muy claro para mí. Muéstrame Tu voluntad", el Espíritu de Dios hará también una impresión en nuestro espíritu.

II. *"Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre." (Isaías 32: 17).*

Dios es un Dios de paz. Cuando Dios nos revela Su voluntad, el Santo Espíritu produce en nuestro espíritu un sentimiento de paz celestial que irá aumentando. Si usted comprueba que esta paz se intensifica cada vez que se pone a orar, una, dos, tres veces sobre la cuestión o la necesidad por la que está preocupado, puede estar seguro de Su voluntad. Ésta será la segunda prueba. Tendrá además un sentimiento creciente de la presencia de Dios en usted. No obstante, para estar más seguros de la voluntad de Dios, podemos tener aún otras pruebas.

III. *"Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino." (Salmo 119: 105).*

La tercera prueba es el testimonio de la palabra de Dios en nuestro espíritu. Mientras leemos la Biblia, en nuestra porción diaria, el Señor subrayará un pasaje de Su palabra o un versículo para confirmarnos Su voluntad. Por ejemplo, cuando a nuestros hermanos aquí, les vino al corazón el pensamiento de celebrar una santa convocación en Francia, ellos se pusieron a orar muy seriamente a primeros de este año, diciendo: "Señor, ¿quieres Tú que tengamos una santa convocación en Francia? Fue por medio de varios versículos de la palabra de Dios, en relación con este asunto, que tuvieron la seguridad de que en efecto el plan de Dios era que esta santa convocación tuviese lugar. Por eso lean la Biblia de rodillas, lenta y metódicamente. Oren antes de comenzar la lectura, y oren al terminarla. Mediante un versículo o parte de él, el Señor puede confirmarles Su voluntad; pero esto requiere paciencia.

IV. *"Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no pereciesen con los otros sabios de Babilonia. Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo." (Daniel 2:17-19).*

Cuando Daniel y sus compañeros oraron unidos, Dios reveló a Daniel el sueño y su explicación. Es la cuarta prueba que se obtiene orando entre creyentes, en común. El testimonio de otros creyentes espiritualmente maduros, puede ser una prueba más que viene a confirmar la voluntad de Dios.

Es así que nuestros hermanos oraron aquí, para estar seguros de la voluntad de Dios. Asimismo, en la India, cuando tenemos un proyecto sobre una campaña de evangelización, oramos juntos como servidores de Dios, y pacientemente esperamos en el Señor hasta que todos tenemos el mismo pensamiento, el mismo testimonio. Pero esta unidad se origina en nosotros, cuando estamos de rodillas, y no sentados o echados en un diván. Oramos unidos. El Señor nos da el conocimiento de Su voluntad cuando juntos oramos, como colaboradores y servidores de Dios.

V. *"...quien viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles. Al oír esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén. Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor." (Hechos 21: 11-14).*

Dios había dicho a Pablo que tenía que ir a Jerusalén. Referente a esto, no tenía ninguna duda. En el camino vino a verle un profeta llamado Agabo, que tomó el cinto de Pablo, y atándose las manos y los pies, dijo: "Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto". Al oírlo, los compañeros de Pablo le rogaron, diciendo: —Por favor, no vayas, tenemos mucha necesidad de ti. Pero Pablo les contestó: "¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús." Entonces dijeron: "Hágase la voluntad de Dios".

Cuando se conoce la voluntad de Dios, no se tiene temor ni ansiedad, sino una fe firme, pues Él se hace cargo de todas nuestras necesidades, de todo lo que nos concierne.

VI. *"Jehová, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela, y me habló y me juró, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra; él enviará su ángel delante de ti, y tú traerás de allá mujer para mi hijo. Y si la mujer no quisiere venir en pos de ti, serás libre de este mi juramento; solamente que no vuelvas allá a mi hijo.*

Entonces el criado puso su mano debajo del muslo de Abraham su señor, y le juró sobre este negocio. Y el criado tomó diez camellos de los camellos de su señor, y se fue, tomando toda clase de regalos escogidos de su señor; y puesto en camino, llegó a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor. E hizo arrodillar los camellos fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, la hora en que salen las doncellas por agua.

Y dijo: Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham. He aquí yo estoy junto a la fuente de agua, y las hijas de los varones de esta ciudad salen por agua. Sea, pues, que la doncella a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos; que sea ésta la que tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi señor." (Génesis 24: 7-14).

Es la sexta prueba del conocimiento de la voluntad de Dios, o sea una señal que debe cumplirse. Aquí vemos a Eliezer, el criado de Abraham, en busca de una esposa para Isaac. Abraham había orado pidiendo a Dios que guiara a su criado hacia la persona que Él había escogido. Cuando Eliezer llegó al pueblo en donde vivía Rebeca, también oró. Pidió a Dios: "que la doncella a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos; que sea ésta la que tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi señor."

Era una prueba difícil para la joven. Eliezer no quería dejarse impresionar ni gobernar por la apariencia de la persona o de su familia. Quería que Dios le guiara. También nosotros podemos pedir una señal, y esperar con paciencia hasta que se cumpla. Nuestros propios deseos son a veces muy fuertes, y pueden fácilmente engañarnos o desviarnos,

pero para guardarnos en Su perfecta voluntad, Dios nos conduce en lo que Él sabe de antemano. *"Que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Isaías 46:10).*

Por lo tanto, dejar que Dios se encargue por entero de nuestros proyectos o intenciones, es para nosotros una seguridad.

VII. *"Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén." (Hebreos 13: 20,21).*

El Nombre de nuestro Señor Jesucristo ha de ser sumamente glorificado y magnificado por aquello para lo cual buscamos conocer la voluntad de Dios, según está escrito: "...Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos."

Debemos decir por fe: —Oh Señor, ¿será tu Nombre glorificado, si me caso con esta persona? No se dejen guiar por sus sentimientos, sus emociones, las apariencias o por lo que les atraiga. Déjense guiar por la sabiduría de Dios. Digamos: —Señor, si acepto ese consejo, esa sugestión o si me comprometo en aquel plan, ¿será tu Nombre sumamente glorificado? Busquen de esta manera saber cuál es la voluntad de Dios; pónganlo en práctica para tener la certeza o las pruebas del conocimiento de Su voluntad; recibirán una gran bendición.

Para el creyente del Antiguo Testamento, su mayor privilegio era venir al sumo sacerdote a fin de conocer la voluntad de Dios. Pero ahora, por fe venimos bajo el señorío del Jefe supremo, nuestro Señor Jesucristo. Le hemos recibido primero como nuestro Salvador, luego Él pasa a ser nuestro Señor, nuestro Sumo Sacerdote y nuestro Rey, que va a volver. A veces vivimos todas esas experiencias en poco tiempo, pero en muchos casos es después de muchas pruebas y sufrimientos que entramos en esas realidades.

Que el Señor nos ayude a discernir y a conocer Su voluntad en todas las cosas.

*"Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"
(Hechos 4:20)*

"Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida" (Hechos 5:20)

"Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial." (Hechos 26:19 V.M.)

"Y él contestó: He aquí, yo hago pacto delante de todo tu pueblo; haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de Jehová; porque será cosa tremenda la que yo haré contigo." (Éxodo 34:10)

"He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad." (Isaías 43:19).

Éstas son algunas de las palabras que el Señor nos dio, hace treinta y siete años, cuando se empezó la obra en Madrás, en el sur de la India. Fueron en particular los pasajes siguientes: "no fui desobediente a la visión celestial" y "He aquí que yo hago cosa nueva".

Ayer tarde les hablé de cómo el Señor nos capacitó para dirigir campañas de despertar en muchos lugares de la India, de 1936 a 1940. Durante esos cinco años tuvimos el privilegio de ver que Dios actuaba con poder en ciudades y pueblos, y entre todas las clases sociales. Fue un gozo muy grande ver multitudes de almas nacer de nuevo. En esos días, Dios realizaba milagros en medio de esas personas. Sin embargo, al volver a visitarlas poco tiempo después, nos dimos cuenta de que muchas de ellas habían retrocedido y vuelto al mundo.

Entonces se originó en nosotros una carga especial de oración por conocer la voluntad y el pensamiento de Dios, sobre la manera de evitar esta situación en el futuro. Las palabras: "He aquí que yo hago cosa nueva", vinieron con insistencia en aquel tiempo a nuestro espíritu. Teníamos la profunda impresión de que el Señor iba a hacer una cosa nueva para restaurar Su testimonio en la India.

Con esta carga en nuestros corazones, el Señor nos guió a organizar noches enteras de oración en muchos sitios. La carga era tan grande que, en cierto lugar, tuvimos diecinueve noches seguidas de oración, en las que no nos parábamos ni para beber una taza de té o de café. Comenzamos orando por diferentes partes de la India. Nos dividimos en varios grupos, y cada grupo oraba por una región precisa de la India. Enseguida nos repartimos el mundo entero entre todos los grupos. Uno oraba por América, otro por África, otro por Asia, y así sucesivamente, de modo que el mundo entero fue traído ante el Señor. Pedíamos a Dios que hiciera una cosa nueva en todas las partes del mundo. Esta carga de oración hizo que tuviésemos hambre y sed de conocer la voluntad de Dios en Su palabra, pues no sabíamos cómo ni dónde empezar. Con esta carga muchos de nosotros nos reuníamos para orar todo un día o toda una noche. Hermanos y hermanas, hemos de ser perseverantes, pues es a ese precio que Dios puede verdaderamente obrar.

Estuvimos ocupados en la oración durante horas y horas, pero Dios no contestaba. Una noche le dije: —Señor, te prometo que pagaré el precio. Te daré todo lo que me pidas; haré todo lo que me mandes; iré a donde me envíes o me quedará aquí si es eso lo que Tú deseas. No tengo ninguna preferencia, ningún deseo particular por algún lugar; sólo deseo hallarme en tu perfecta voluntad. Estaré contento si quieres servirte de mí en favor de una sola alma. También lo estaré si quieres que me quede aquí, sin hacer nada. No quiero más que una cosa: estar en tu perfecto plan y en tu perfecta voluntad. No tengo preferencia ni plan personal. Señor, pagaré el precio. Aquella misma noche, después de decirle esas cosas, el Señor me habló. Me dio esta palabra: "He aquí, yo hago pacto delante de todo tu pueblo; haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna". Y acto seguido esta otra: "no fui desobediente a la visión celestial." Esa noche, el Señor me habló con mucha insistencia por medio de estos versículos. Desde ese momento tuvimos el convencimiento de que Dios iba a hacer una cosa nueva, de un modo nuevo.

Entonces nos pusimos a orar, diciendo: —Oh Señor, no queremos una iglesia india, americana, inglesa u otra, sino Tu Iglesia viva. No queremos lanzarnos de una manera inconsiderada, queremos obedecerte paso a paso. El Señor nos dio entonces esta palabra: "Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a

teman, como tu pueblo Israel; y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué.

Si tu pueblo saliere en batalla contra sus enemigos por el camino que tú les mandes, y oraren a Jehová con el rostro hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que yo edificué a tu nombre, tú oirás en los cielos su oración y su súplica, y les harás justicia.

Si pecaren contra ti (porque no hay hombre que no peque), y estuvieres airado contra ellos, y los entregares delante del enemigo, para que los cautive y lleve a tierra enemiga, sea lejos o cerca, y ellos volvieran en sí en la tierra donde fueran cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de los que los cautivaron, y dijeren: Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad; y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti con el rostro hacia su tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia.

Y perdonarás a tu pueblo que había pecado contra ti, y todas sus infracciones con que se hayan rebelado contra ti, y harás que tengan de ellos misericordia los que los hubieren llevado cautivos; porque ellos son tu pueblo y tu heredad, el cual tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro.

Estén, pues, atentos tus ojos a la oración de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo Israel, para oírlos en todo aquello por lo cual te invocaren; porque tú los apartaste para ti como heredad tuya de entre todos los pueblos de la tierra, como lo dijiste por medio de Moisés tu siervo, cuando sacaste a nuestros padres de Egipto, oh Señor Jehová.

Cuando acabó Salomón de hacer a Jehová toda esta oración y súplica, se levantó de estar de rodillas delante del altar de Jehová con sus manos extendidas al cielo." (1.º de Reyes 8: 22-54)

Esta casa fue un lugar de oración para todos los pueblos. Cuando la gloria de Dios descende sobre Su pueblo, éste tiene atrevimiento y confianza para invocar Su Nombre, orando día y noche, cualquiera que sea la necesidad; acude a Él en todo momento, consciente de la presencia de Dios, de Su gracia y Su fidelidad. El profeta Isaías dice también acerca de la casa de Dios: "Yo los llevaré a mi santo monte, y

los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (Isaías 56:7).

La casa de Dios debería ser una casa de oración para todo el mundo. Es lo que Dios nos ha mostrado en la India, hace treinta y siete años; a saber, que el lugar de adoración debe estar abierto día y noche, para que todo el que lo desee pueda entrar y traer sus necesidades a Dios. Por la misma razón, Dios nos enseña a no tener lista de miembros, de los que asisten a nuestras reuniones para el culto de adoración o para la oración, para el ministerio o cualquier otro servicio. Decimos a los creyentes:

—La casa de Dios es casa de oración para todos los pueblos. A ustedes les corresponde decidir si su asistencia va a ser regular u ocasional. No reclamamos ningún derecho, como si fuesen nuestros miembros. Ustedes son miembros del Cuerpo del Señor Jesucristo. Él es su Rey, su Señor y su Jefe; le pertenecen a Él. Nosotros somos siervos de Dios. Estamos a su disposición para ayudarles en cualquier momento, sea de día sea de noche.

No hacemos ninguna diferencia entre los que vienen ocasionalmente a nuestras reuniones y los que asisten con regularidad. Cualquiera que sea la necesidad, si podemos ayudarles, lo hacemos. El caso es que la gente viene día y noche con toda clase de cargas y necesidades. Por ese medio, Dios nos ha abierto muchas puertas en hogares y corazones, por todas partes en la India. El lugar de reunión debe ser de tal naturaleza, de tal santidad, que todos los que entren puedan sentir realmente la presencia de Dios día y noche. En las paredes hemos puesto versículos de la palabra de Dios, de manera que las miradas se fijen en ellos y no en los que asisten. Muchas personas han testificado que al entrar la primera vez en el local de reunión, en el mismo instante, les sobrecogió el sentimiento de la presencia de Dios.

Algunos vienen a las reuniones sólo para oír un buen sermón; otros van a la casa de Dios para cantar; otros para encontrarse con sus amigos, y otros para dar la impresión de que son gente de bien; pero pocos para oír en verdad la voz de Dios. Oyendo Su voz, recibiendo la revelación —el conocimiento de Su voluntad—, en Su casa, crecemos espiritualmente. Entonces obtenemos un conocimiento nuevo y más profundo sobre la voluntad de Dios al salvarnos.

Un día, vinieron a verme unos doce pastores y dirigentes. Perteneían a diferentes denominaciones: bautista, presbiteriana, luterana y anglicana. Me dijeron:

—Desde luego, estamos agradecidos a Dios por la obra que han realizado ustedes predicando el evangelio en nuestra ciudad, de manera que muchas almas han sido salvadas. Sin embargo, tenemos que hacerles dos reproches grandes. El primero: ¿Por qué dan ustedes un segundo bautismo?

—Les ruego —contesté—, hagan el favor de mostrarme en las Escrituras un solo pasaje en el que se hable de un bautismo de niño. Hay en la palabra de Dios cincuenta y una referencias de bautismos de adultos, creyentes, pero no se menciona, en toda la Biblia, un solo bautismo de niño. Muéstrenme, pues, un ejemplo al menos.

—Nuestros abuelos que eran hombres piadosos y temerosos de Dios —replicaron—, siempre bautizaron a los niñitos. Díganos ¿estaban todos equivocados?

—Mi abuelo era también un hombre muy piadoso —les dije—. ¿Debo yo obedecer a mi abuelo o a la Biblia? No me digan lo que dicen los abuelos, díganme lo que dice la Biblia. Enséñenme dónde está escrito que bautizaron a un niñito.

—No estábamos preparados para esto —contestaron.
Entonces les dije:

—Fijen otro día en un lugar preciso, y vengan con todos los pastores y miembros de las juntas de iglesias que quieran; yo vendré solo. Pero, por favor, traigan sus Biblias para que todo lo que se diga pueda ser confirmado y testificado con la palabra de Dios.

Se fijó el lugar y el día, pero nadie vino. El segundo reproche era:

—¿Por qué celebran ustedes la Cena del Señor?

—¿Quién me ha llamado al servicio de Dios? —les contesté—. Ninguno de ustedes. Es el Señor Jesucristo quien me ha llamado a su servicio. ¿A quién debo obedecer a Él o a ustedes? Él me ha llamado. Él es mi Dueño y Señor, y es a Él que quiero obedecer. Muéstrenme en la Biblia, si hago algo en contra de la palabra de Dios.

No hubo respuesta. En seguida me dijeron:

—¿Por qué tienen sus reuniones, el culto del domingo por la mañana a las mismas horas que nosotros?

—Nosotros no tenemos miembros ni nos valemos de publicidad para atraer a las personas —les dije—. Ésta es la casa de Dios, abierta

para todos. ¿Cómo puedo yo decir a la gente que no venga? Es casa de Dios abierta para todos los pueblos; no les podemos negar la entrada. No los atraemos ni los arrastramos hasta aquí, vienen por sí mismos. No queremos su dinero, pero a pesar de que nuestras reuniones duran de seis a siete horas, vienen porque quieren oír la palabra de Dios.

Cuanto más aumentaba la oposición, tanto más nos bendecía el Señor. Si obedecen a Dios, Él hará que todo redunde en favor de ustedes.

En aquel tiempo tuvimos que sufrir oposición y persecución de pastores, misioneros y dirigentes cristianos de toda la ciudad. Damos gracias a Dios por habernos protegido como Él sabe hacerlo. Nunca permitió que una sola arma triunfara sobre nosotros. Además, no tomamos en cuenta las acusaciones, la oposición y todo lo que hacían en contra de nosotros. Si Dios les habla, obedézanle sin temor a nada, pero estén preparados para aguantar esa oposición, esas críticas y esos perjuicios. El Señor les recompensará con abundancia.

Un día, después de haber tenido una campaña de evangelización, nos paramos en una ciudad donde vivía una familia cristiana. Queríamos pasar una o dos horas en compañía de esos hijos de Dios. Estábamos con ellos descansando un poco, cuando alguien vino y me dijo:

—Hay gente esperando, han venido para la reunión.

—¿Qué reunión? —pregunté—. No hemos anunciado que hubiera reunión. Estamos aquí de paso y queremos solamente pasar unas dos horas en comunión con esta familia.

—Pero ¡hay mucha gente fuera! —me dijo.

Salí y hablé unas quinientas personas que esperaban con sus Biblias.

—¿Quién les dijo que estábamos aquí? —les pregunté—. Nosotros no hemos anunciado ninguna reunión.

—Nuestro pastor nos ha dicho: "Bakht Singh ha venido, sobre todo no vayan" —contestaron.

Pero la gente seguía viniendo y pronto se reunieron allí unas dos mil personas. Hoy, en esa misma región, tenemos más de doce asambleas. De ese modo el Señor nos empujaba para enviarnos aquí y allá. No tenemos ningún plan. Nos dejamos gobernar sencillamente por

Él. No empleamos ningún método ni recursos humanos para atraer a la gente; no obstante, el Señor ha hecho una gran obra.

Nuestra primera santa convocación duró diecinueve días, porque nos habíamos dado cuenta de que muchos creyentes no gozaban de comunión fraternal. A causa del trabajo estaban dispersados; vivían aislados, en lugares muy retirados. Por eso muchos de ellos no podían reunirse en comunión fraternal, ni siquiera con dos o tres personas. Por tanto, preparamos nuestra primera santa convocación para esos cristianos, en 1941. Decidimos no fijar ningún precio de participación. Los recibíamos a todos, sin distinción, fuesen ricos o pobres. El Señor sabe cómo cubrir nuestras necesidades. Durante los cuarenta y dos años pasados no hemos mencionado nunca la palabra 'dinero' en nuestras reuniones, ni entre nosotros ni entre las demás personas. El Señor satisface toda necesidad con abundancia. En la ciudad de Hyderabad, en ciertas santas convocaciones participan hasta diez mil personas. Damos comida y alojamiento a siete mil de ellas, y comida para las otras tres mil. El Señor provee. Nosotros oramos solamente: "Señor, bendice la comida y multiplícala". Y el Señor lo hace. Siempre queda y en cantidad; nunca hay racionamiento.

Aunque hemos bautizado a millares de creyentes en la India, en ningún tiempo hemos hecho estadísticas. Los creyentes no nos pertenecen, son la propiedad del Señor Jesucristo. No tenemos nombre, ni denominación, ni lista de miembros, ni etiqueta. Poco a poco hemos ganado terreno en todo el territorio de la India y del Pakistán.

Estamos convencidos de que el Señor prepara a muchos de ustedes para llevar una responsabilidad semejante en diversas partes del país, en Europa y en América. Quisiéramos solamente pedirles una cosa: obedezcan cuando Dios les hable. No tengan miedo de pagar el precio, merece la pena. Dios no les va abandonar. Digan como Pablo: "No fui desobediente a la visión celestial".

En Filipenses 4:9, leemos: "Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros." Estoy seguro de que han visto ustedes algo, que han oído algo; obedezcan y sean fieles a esta visión celestial.

"Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído"
(Hechos 4:20)

"Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida" (Hechos 5:20).

"Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre." (Hechos 20:27,28).

Los que son responsables de asambleas y tienen almas a su cargo, noten bien la expresión: "todo el consejo de Dios". Den todo el mensaje de Dios, denlo por entero. Entonces habrá una rica, una abundante bendición.

Que el Señor les bendiga.

Dos maneras de honrar a Dios

"El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?" (Malaquías 1:6). Notad bien la frase: "Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?"

"Porque yo Jehová no cambio, por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos." (Malaquías 3:6). Él es el Dios que no cambia.

"...porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco." (1.º de Samuel 2:30b). Dios dice: "yo honraré a los que me honran". Tenemos que honrar a Dios con nuestras palabras, nuestras acciones, nuestra conducta y nuestra actitud. ¿Por qué nos arrodillamos para orar? Cuando oramos, nos ponemos de rodillas pues reconocemos que Él es nuestro Rey y nuestro Sumo Sacerdote celestial, y le honramos.

Un día, mientras viajaba en avión, tuve mi culto personal. Abrí la Biblia, me arrodillé y oré. Sentado a mi lado estaba un indio no cristiano. Cuando me volví a sentar, me preguntó:

—¿Por qué se pone usted de rodillas para orar? ¿Le duele el estómago?

—Me encuentro muy bien —le contesté.

—Entonces, ¿por qué se arrodilla usted? —me volvió a preguntar.

Le expliqué que cuando oramos, somos conscientes de la presencia del Señor Jesucristo. Le hablamos como un hombre habla a su amigo. Los que no son cristianos recitan oraciones aprendidas de memoria, pero los cristianos hablamos al Señor como se habla a alguien cara a cara.

Él es un Dios vivo. En tres lugares del Nuevo Testamento, el Señor Jesucristo lleva el título de Rey de reyes y Señor de señores. Ahora, supongamos que me presento delante de un rey de esta tierra. Debo rendirle el honor que le corresponde. Al Señor Jesucristo, siendo como

es Rey de reyes y Señor de señores, debemos honrarle de la manera que la palabra de Dios nos muestra. Por eso si vengo ante Su presencia, le he de honrar con mi actitud. Observamos en la palabra de Dios que los creyentes se arrodillaban cuando oraban:

"Cuando acabó Salomón de hacer a Jehová toda esta oración y súplica, se levantó de estar de rodillas delante del altar de Jehová con sus manos extendidas al cielo." (1.º de Reyes 8:54). "Porque Salomón había hecho un estrado de bronce de cinco codos de largo, de cinco codos de ancho y de altura de tres codos, y lo había puesto en medio del atrio; y se puso sobre él, se arrodilló delante de la congregación de Israel, y extendió sus manos al cielo,..." (2.º de Crónicas 6:13). Leemos en estos pasajes que el gran rey Salomón ora de rodillas delante de Dios, en presencia de todo el pueblo.

"Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes." (Daniel 6:10). En ese momento Daniel era el hombre más importante de todo el reino, después del rey. No obstante, se le podía ver orando de rodillas delante de la ventana abierta, tres veces al día.

"Y a la hora del sacrificio de la tarde me levanté de mi aflicción, y habiendo rasgado mi vestido y mi manto, me postré de rodillas, y extendí mis manos a Jehová mi Dios" (Esdras 9:5)

"Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro hacedor." (Salmo 95:6)

Vemos en la palabra de Dios que cualquier personaje, fuese profeta fuese rey oraba de rodillas. Se podría objetar que se trataba del Antiguo Testamento, pero es igual en el Nuevo:

"Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró" (Lucas 22:41) Al Señor Jesús que amamos, del que predicamos y llevamos el Nombre, también le vemos orando de rodillas.

"Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió." (Hechos 7:60) Aunque había sido atacado y apedreado, Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, ya moribundo, se puso de rodillas para orar.

"Entonces, sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró." (Hechos 9:40a). También el apóstol Pedro oraba de rodillas.

"Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos." (Hechos 20:36). El apóstol Pablo y los ancianos de la iglesia de Efeso se pusieron de rodillas y oraron.

"Cumplidos aquellos días, salimos, acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos." (Hechos 21:5). Hombres, mujeres, niños y el apóstol Pablo, todos juntos oraron de rodillas en la playa.

"Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios" (Romanos 14:11). El Señor dice aquí: "ante mí se doblará toda rodilla". Es decir las rodillas francesas, japonesas, chinas, indias, rusas, españolas y todas las otras rodillas. Aquí no dice sólo las rodillas francesas, sino todas las rodillas deben doblarse.

"Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos y en la tierra, y debajo de la tierra" (Filipenses 2:10)

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Efesios 3:14)

"Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:14).

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, sean reyes sean profetas, sacerdotes u hombres y mujeres del pueblo, los hallamos a todos de rodillas para orar. No es una cuestión de legalismo sino de actitud ante Dios.

Dios mismo dice: "Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?" Si honramos a los hombres, ¿por qué no a Dios? Cuando estamos en presencia de una personalidad de este mundo, tomamos la actitud que conviene. Nos mantenemos derechos o nos inclinamos haciendo una reverencia como se requiere. Nuestro Dios es un Dios vivo; Él es Rey de reyes y Señor de señores, y debe ser honrado en nuestro caminar, nuestra conducta, nuestra actitud y con nuestros labios.

En el ejército, cada vez que un soldado pasa delante de un oficial, tiene que mantenerse derecho y saludarle, aunque lo encuentre cien

veces al día. El Señor Jesucristo es infinitamente superior a todos los reyes de la tierra. Él es Rey celestial; es el Rey de reyes. Él es digno de que toda rodilla se doble ante Él. Por eso le honramos arrodillándonos, como nos enseñan las Escrituras. No tengan, pues, vergüenza de arrodillarse ante Él, en todo momento.

Leemos también en 1ª Corintios 11:1-10: "Sed imitadores de mí, así como yo lo soy de Cristo. Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí; y retenéis las instrucciones tal como os las entregué. Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.

Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza; porque lo mismo es que si se hubiese rapado. Porque si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra.

Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles."

Lo mismo que nos arrodillamos para orar, a fin de honrar al Señor Jesús como Rey de reyes, encontramos en este texto una segunda manera de honrar al Señor Jesucristo como Señor de señores. Aquí nos está indicado que los hombres deben honrar al Señor con la cabeza descubierta, mientras que las mujeres le honran cubriéndose la cabeza.

En la India todos los que practican la religión hindú, musulmana o sikh, cuando entran en un lugar de culto, se cubren la cabeza. Supongan ahora que yo me esté delante de ustedes, durante el culto, con un sombrero en la cabeza. Todos me mirarán muy extrañados y se preguntarán ¿pero qué le pasa? ¿por qué se cubre la cabeza? La Biblia nos enseña que al descubrirse la cabeza cuando ora o profetiza, el hombre rinde así honor y gloria al Señor Jesucristo. La mujer, por el contrario, al cubrirse la cabeza rinde así honor y gloria al Señor Jesucristo. No importa que sean indias, japonesas, chinas, francesas, alemanas, belgas, españolas, italianas, africanas, blancas o negras, ricas

o pobres, *todas* las mujeres deben honrar al Señor cubriéndose la cabeza. No es una costumbre oriental, es un orden escriturario.

Estamos aquí en el Nombre del Señor Jesucristo; oramos en el Nombre del Señor Jesucristo; predicamos en el Nombre del Señor Jesucristo. No es para estudiar intelectualmente un tema que nos reunimos. Por eso les digo, queridas hermanas, no les dé vergüenza cubrirse la cabeza en las reuniones. He observado que en los países occidentales, las mujeres usan diferentes modelos de sombreros, a veces de forma muy cómica, y no les da vergüenza llevarlos. Pero si ustedes se ponen un velo o pañuelo en la cabeza, honran a Dios y no a los hombres. Es muy fácil llevar en su bolsillo un velo o un pañuelo de la cabeza. Se darán cuenta de que reciben bendición del Señor honrándole con su conducta, con su actitud y por todos los medios que la palabra de Dios nos indica.

Con frecuencia hemos notado en las reuniones que, en cuanto las mujeres honran al Señor cubriéndose la cabeza, se experimenta un sentimiento particular y muy real de la presencia de Dios. Por otra parte, donde quiera que esto no se practica, se percibe desgraciadamente un sentimiento de mundanalidad, de espíritu de rebelión y de orgullo. Permitidme, queridas hermanas en Cristo, que les exhorte a honrar al Señor cubriéndose la cabeza. Ustedes van a sentir la aprobación del Señor.

Sobre la venida del Señor

"Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis." (Juan 14:3). Nuestro Señor dice: "vendré otra vez". Pronunció estas palabras, poco antes de que vinieran a prenderle para ser crucificado. Él dijo que vendría otra vez para tomarnos con Él, pues desea que estemos donde Él mismo está.

¿Dónde está Él ahora? "...la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero." (Efesios 1:20,21). Esto significa que nuestro Señor Jesucristo, en este mismo instante, ocupa en los cielos el lugar más

elevado, muy por encima de todo principado, de todo poder y señorío en los lugares celestiales.

El Señor desea que estemos unidos a Él en esta posición elevada. Es con este objetivo que vendrá otra vez. Hay en la palabra de Dios doscientas cincuenta y una referencias de Su segunda venida. En ese día habrá regocijo en los cielos, en presencia del Señor Jesucristo.

"Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo." (Filipenses 1:6). Será un día de gran importancia en los cielos. Primeramente, porque esta obra de salvación que el Señor Jesucristo comenzó, será perfectamente acabada ese día, en los cielos, por el Señor mismo. Es Él quien comenzó esta obra, y Él sólo puede acabarla. No es por un factor humano que la obra de la salvación empezó en nosotros. El Señor Jesús mismo es responsable del comienzo en nosotros de la obra de la salvación. Él ha dicho: *"No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros"* (Juan 15:16a)

Él mismo vino al mundo para buscar y salvar a los pecadores. Sin que lo sepamos, Él nos busca de todas las maneras, y cuando vuelva, está escrito que seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es: *"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es."* (1ª Juan 3:2). A Su regreso, le veremos en toda la plenitud de Su gloria y Su belleza.

La primera vez el Señor vino como un niño, en un cuerpo humano, limitándose a sí mismo; pero volverá en un cuerpo glorioso e inmortal, en la plenitud de Su gloria, como Rey de reyes y Señor de señores. Él desea que ese día seamos vestidos con un cuerpo inmortal, glorificado y celestial. Seremos transformados instantáneamente y hechos semejantes a Él, según 1ª Corintios 15:51-53 : *"He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad."*

No sólo seremos hechos inmortales ese día, sino que también seremos vestidos de una belleza y una gloria sin mancha. Será a la verdad, el día más feliz para el Señor Jesucristo y para el cielo entero. *"Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría"* (Judas 24). Tomen nota de estas palabras: "presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría". Esto va a suceder a Su regreso.

Imagínense al Señor Jesucristo, descendiendo del cielo, ese día, en calidad de Rey de reyes y Señor de señores. En primer lugar, las trompetas celestiales van a tocar: *"He aquí que viene"*. En seguida dirá el Señor: *"Ciertamente vengo en breve"*. Entonces los creyentes dirán: *"Amén; sí, ven, Señor Jesús"* (Apocalipsis: 1:7; 22:20).

Imagínense, pues, al Señor Jesús, descendiendo del cielo en la plenitud de Su gloria. Viene acompañado de Sus ángeles: *"Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder."* (2ª Tesalonicenses 1:7). Notad bien estas palabras: "Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de Su poder."

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor." (1ª Tesalonicenses 4:16,17). Esto va a ocurrir el día de Su venida.

El Señor bajará después que se hayan tocado las trompetas. Hay tres trompetas: primero, todos los ángeles gritarán: *"He aquí que viene"*. Seguidamente el arcángel Miguel exclamará: *"He aquí, Él viene"*. Luego el Señor mismo exclamará: *"Ciertamente vengo en breve"*. Y entonces, el Señor descenderá con toda Su gloria acompañado de todos Sus ángeles y de todos Sus santos. Los que durmieron en Él, serán llevados de nuevo con Él; los que en Su venida estén vivos en la tierra, serán arrebatados súbitamente con un cuerpo inmortal para recibir al Señor y, de repente, al verlo cara a cara, serán transformados a Su imagen. Todos juntos irán al encuentro del Señor en el aire. Esta reunión tendrá lugar en el aire.

Figúrense ahora al Señor Jesucristo en el centro; a un lado todos los ángeles, al otro los creyentes. El Señor Jesús los va presentando,

uno tras otro, a los ángeles, y dirá: —Mis queridos ángeles, quiero presentaros a Fulano, de París. ¿Veis en esta persona la menor mancha, la menor imperfección? Miradla desde la cabeza hasta los pies, por delante, por detrás, por arriba y por abajo. ¿Veis algo reprobable en ella, alguna falta o arruga? Los ángeles mirarán por todos los lados y contestarán: —No Señor, no vemos ninguna falta, nada reprobable en esta persona. Hasta dirán al Señor: —Vemos en esta persona una gloria superior a la nuestra. Es porque cuando le veamos, seremos semejantes a Él. El Señor nos da Su propia belleza, Su propia gloria, Su propia majestad. Por eso nuestro Señor estará tan feliz. Es Él quien comenzó esta obra y es Él también quien la acabará.

Los ángeles dirán incluso: —Señor, conocíamos a este parisiense desde hace mucho tiempo. Sabemos cuánto pecó, cuántas veces incurrió en falta, se puso furioso con su mujer, se irritó y codició ciertas cosas. ¿Cómo es posible que semejante persona, habiendo acumulado tantas faltas, ahora pueda ser tan bella y gloriosa, aún más que nosotros mismos? Y el Señor contestará: —Es por mi gracia, a causa de mi sangre, que es lo que es: *"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo."* (1ª Corintios 15:10).

¿Comprendemos, ahora, por qué ese gran día de Su venida es el más feliz para el Señor? En ese día Él se regocijará con todos Sus ángeles, porque siendo nosotros como trapos de inmundicia, nos buscó, nos atrajo a Él, y en los cielos seremos más gloriosos que los mismos ángeles.

La mesa del Señor: un testimonio

El Señor nos ha dejado el testimonio del pan y del vino, a fin de que nos preparemos para ese gran día. Diariamente deberíamos prepararnos con vistas a ese día glorioso. *"Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga."* (1ª Corintios 11:26).

Somos preparados, día tras día, por lo que hemos comprendido y por lo que el pan y el vino simbolizan. Es de esta manera que seremos hallados listos ese día. El Señor Jesús puede venir en cualquier

momento, y Él desea que estemos preparados. Él emplea medios muy simples para exhortarnos a estar listos.

La mesa del Señor es un testimonio, no una ceremonia. "Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan" (1ª Corintios 11:23). El Señor Jesucristo dio personalmente a Pablo esta revelación. Pablo dice: —Lo que recibí del Señor os he transmitido. No participamos en un rito, ni en una ceremonia. Es un testimonio que nos ayuda a acordarnos de lo que Él hizo, hace, y hará cuando vuelva. Además nos recuerda que estamos destinados a ocupar con Él, en los cielos, el lugar más elevado.

"y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí." (1ª Corintios 11:24). El Señor Jesucristo no dijo: —Tenéis que derramar lágrimas a causa de mis sufrimientos y por todo lo que padecí por vosotros, sino que agradece sencillamente. También nosotros damos gracias sencillamente por el don de sí mismo a nuestro favor.

El apóstol Pablo da este testimonio: "lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20b).

Impulsado por Su amor, el Señor se ofreció y se dio voluntariamente por nosotros: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre." (Juan 10:17,18).

Por Su poderoso amor y de voluntad, el Señor se dio a sí mismo por nosotros. Nadie habría podido echarle mano. Cuando los soldados vinieron a prenderle en el jardín de Getsemaní, Él les dijo; "¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy... Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron a tierra." (véase Juan 18:4-6). No pudieron acercarse a Él. Pero en pleno conocimiento de causa y por Su propia voluntad, se entregó a ellos.

Damos gracias al tomar el pan, pues Su muerte es una victoria celestial, eterna, poderosa. Por Su sacrificio, ha llevado a la perfección a todos los que se acercan a Él. Por Su sacrificio único, ha hecho que

todo pecador —de cualquier país, cualquiera que sea su mancha y grado de corrupción—, pueda venir a Él simplemente. Así, todo pecador, quienquiera que sea, cualquiera que sea su pecado, puede acudir al Señor. Él lo salvará, lo perdonará, limpiará, transformará y recibirá.

Sus ojos vieron de antemano la inmensa bendición que resultaría de Su sacrificio: "que anunció lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero." (Isaías 46:10). Sí, a través de las edades, Sus ojos vieron desde la antigüedad, los millones y millones de almas que serían salvas por Su sacrificio en el futuro. Es por eso que el Señor mismo dio gracias, partió el pan y dijo: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí." Así, pues, damos gracias antes de participar del pan.

Cada uno de nosotros tiene el privilegio de tomar este pan. Por este medio también empezamos a comprender, cómo por el sacrificio único, perfecto, poderoso y maravilloso del Señor, somos hechos perfectos. El pecador, quienquiera que sea, por este solo sacrificio es hecho perfecto como Él mismo: "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad." (Colosenses 2:9,10).

El Señor desea que seamos llenos de Su plenitud, para que seamos perfectos, nosotros mismos, en Su perfección. Él dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." (Mateo 5:48). Esta perfección no se puede alcanzar por el esfuerzo humano. El Señor Jesucristo mismo, quien murió y resucitó, es nuestra perfección. Es por Su perfección que somos preparados para la plenitud de Dios. "Y de conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios." (Efesios 3:19).

¡Qué gran salvación! ¡Qué inmenso amor! Y ahora, por fe nos alimentamos de Él, nuestro pan vivo y bebida viva. Por eso le expresamos nuestra gratitud, le alabamos y le exaltamos antes de participar de estos símbolos visibles que son el pan y el vino. No le agradecemos por bendiciones terrestres en estos instantes; pues es únicamente en las glorias venideras que estamos ocupados. Todas las cosas terrestres sirven sólo para prepararnos con miras a esta asociación celestial y eterna con Él. Así, por fe le comemos, y por fe le

bebemos, para ser semejantes a Él en el futuro. Todos podemos tener esta misma esperanza.

Por eso, en segundo lugar, tenemos que examinar nuestro propio corazón y entonces participar: *"Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa."* (1ª Corintios 11:28).

En esta ocasión recordamos que todos formamos parte de un solo cuerpo; somos una misma familia en el Señor. *"Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan."* (1ª Corintios 10:17).

A pesar de nuestra falta de cultura, nuestro estado de ignorancia o nuestra estupidez, somos todos necesarios y preciosos a Sus ojos, y tenemos la misma importancia para Él. *"Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros "* (1ª Corintios 12:18-21).

¡Qué misterio! Hasta el Señor Jesucristo que es la Cabeza, no puede decir: —Yo no tengo necesidad de esa persona. Como en el cuerpo humano todos los miembros son necesarios e indispensables, tienen la misma importancia y el mismo valor, lo mismo todo creyente de todo país y de toda edad tiene el mismo valor a los ojos del Señor. Sea cultivado sea inculto, sea docto sea analfabeto, inteligente o ignorante, viejo o joven, blanco o negro, alto o bajo, todos son igualmente necesarios e importantes a Sus ojos, porque el Señor Jesucristo pagó el mismo precio para rescatar a cada uno de ellos. Así, participamos y damos gracias, para que en Su venida estemos preparados y no seamos avergonzados ante Él:

"Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados." (1ª Juan 2:27,28).

"Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro." (1ª Juan 3:3)

De este modo participamos de la mesa del Señor. Juntos damos testimonio de que en Él estamos plenamente satisfechos. Él es nuestra satisfacción celestial. *"Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás."* (Juan 6:35).

Por este testimonio afirmamos que no tenemos ya hambre ni sed de los rudimentos del mundo, de la música del mundo, de la lectura del mundo, de las amistades del mundo y de las posiciones en el mundo. Por desgracia nos damos cuenta de que hay, en nuestros días, familias cristianas, padres, madres e hijos que se arrastran, por decirlo así, delante de esos programas malos y abominables de la televisión, porque para su satisfacción tienen necesidad de esos programas impuros. Es obvio que tales personas no pueden participar de la mesa del Señor. Si con todo, participan, el testimonio de ellas será falso y, por esa participación indigna, se acarrean juicio y condenación: *"Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí."* (1ª Corintios 11:29).

Por tanto, al participar de la mesa del Señor, testificamos que el Señor Jesús es nuestra satisfacción celestial, nuestro pan celestial, nuestra bebida celestial. Para cada uno de nosotros esto significa: "Yo le espero y confío en Él. Estoy preparado, puede venir en cualquier momento. Estaré muy feliz en Su presencia y en Su compañía. No hay nada de que tenga que avergonzarme."

Asimismo damos testimonio de que cada uno de nosotros tiene una entrada libre e idéntica en Su presencia. Es la razón por la que la mesa del Señor debería colocarse en medio de la asamblea, y de esa manera testificar que tenemos todos el mismo acceso, indistintamente: *"Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo"* (Hebreos: 10:19).

A causa del valor de la preciosa sangre del Señor Jesús, cada creyente tiene, pues, la misma libertad y el mismo privilegio en el Lugar Santísimo. Tenemos derecho a entrar con cualquier carga, necesidad o dificultad.

Adoremos al Señor de rodillas.